

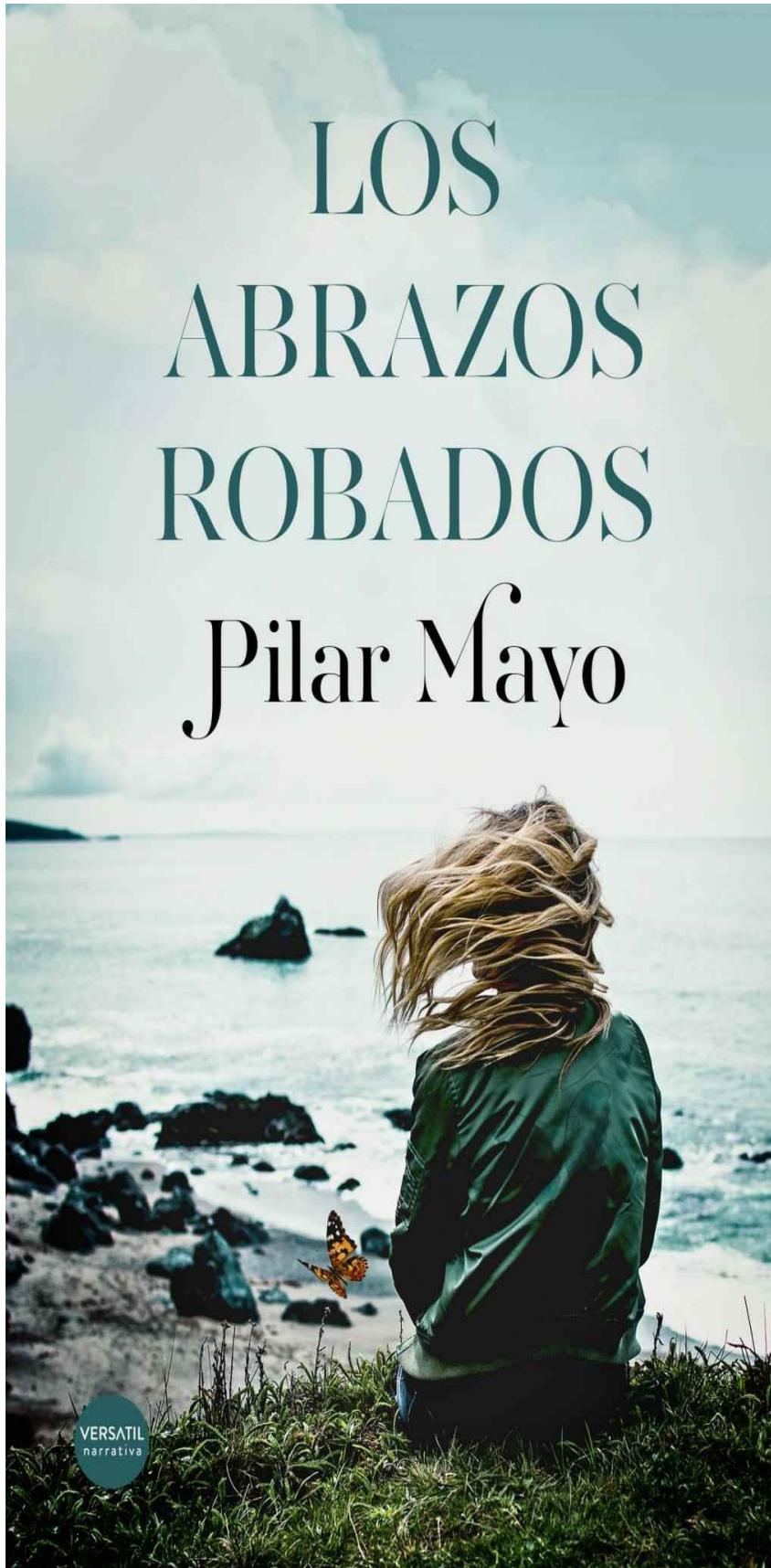
LOS ABRAZOS ROBADOS

Pilar Mayo



LOS ABRAZOS ROBADOS

Pilar Mayo



VERSATIL
narrativa

Título: *Los abrazos robados*

© Pilar Mayo, 2019

Cubierta:

Diseño: Ediciones Versátil

© Shutterstock, *de la fotografía de la cubierta*

1.ª edición: mayo 2019

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2019: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601 planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

A mis padres, por construir mi maravillosa familia. Y a mi hijo Daniel, por enseñarme más de lo que yo le he enseñado a él.

Índice de contenido

[1. SOSPECHAR](#)

[2. MENTIR](#)

[3. CURIOSIDAD](#)

[4. ENVIDIA](#)

[5. MIEDO](#)

[6. RENCOR](#)

[7. CONFIDENCIA](#)

[8. SOLA](#)

[9. Nostalgia](#)

[10. RESILIENCIA](#)

[Agradecimientos](#)

1. SOSPECHAR

Sospechar: Imaginar algo por conjeturas fundadas en apariencias o indicios. Desconfiar de algo o de alguien. Considerar a alguien como posible autor de un delito o una falta.

Mi madre dice que la noche en que nací cayó una lluvia de estrellas y que por eso seré afortunada, que tendré una vida llena de cosas buenas y que la mala suerte pasará por mi lado sin apenas rozarme.

Estoy agachada delante de la lavadora con una camisa de Mario en la mano, vuelvo a olerla por milésima vez y pienso que la mala suerte, esa que dice mi madre, ha entrado en mi vida a lo grande. Me pongo de pie y la extiendo encima del mármol buscando algún resto de pintalabios, pero no encuentro nada, solo ese leve olor a perfume unido al del suavizante que utilizo siempre. Vuelvo a llevármela a la nariz y aspiro con fuerza cerrando los ojos. A lo mejor no es lo que pienso, puede ser que haya abrazado a una compañera. Aunque yo sé que no es ninguna compañera. Las señales de alarma se disparan en mi cabeza de golpe, una detrás de otra, como ese día en que le pedí su móvil porque me había olvidado el mío en casa y quería llamar a Sara: no se separó de mi lado hasta que le devolví el teléfono. O esa prisa al deshacer la bolsa de deporte cuando viene del gimnasio; antes no lo hacía nunca. ¿Y por qué está tan contento? No se enfada nunca ni protesta por nada.

Puede ser que esté viendo fantasmas, pero creo que no. ¿Por qué, si no, hace tanto tiempo que no hacemos el amor? Nunca hemos sido muy activos en la cama, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que no recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos sexo. Tampoco lo he echado de menos, estaba tranquila porque no me molestaba. Se queda dormido en el sofá y

siento alivio porque así no tendré que poner una excusa; después lo oigo meterse en la cama de madrugada, con tanto cuidado al levantar las sábanas para no despertarme, que me doy cuenta de que no hace falta ninguna excusa.

Dejo la camisa en el cesto de la ropa sucia otra vez. No la lavo; no sé por qué, pero decido no meterla en la lavadora.

Me voy a la habitación y abro los cajones de su mesilla, los registro buscando indicios de algo que me parezca sospechoso, pero no encuentro nada. Me sudan las manos y el corazón me late tan fuerte que parece que se me va a salir por la boca. Meto las manos en los bolsillos de sus americanas con el mismo resultado. Tengo que sentarme en la cama porque creo que voy a vomitar.

Esto es irracional, seguro que no será nada, ¿por qué me he puesto así? Porque en el fondo sé que si sigo buscando no encontraré nada, porque él no es tonto, pero no encontrar no significa que no haya. Me levanto y cierro la puerta para verme reflejada en el espejo de cuerpo entero que hay pegado detrás. Me miro primero de lejos y después me acerco. Me levanto la camisa, me pongo de perfil y me pellizco el michelín que asoma por encima del pantalón. La imagen que me devuelve el espejo no me gusta: la flacidez por la falta de ejercicio, unas caderas demasiado anchas y, lo peor de todo, los pies. Corro a ponerme unas zapatillas; no me gustan mis dedos, no los enseño nunca. Si me preguntaran qué parte de mi cuerpo detesto, diría los pies, sin pensarlo.

Tampoco ayudan este color tan blanco de piel ni la ropa. Maldita la hora en que olí la camisa. Me veo fatal, y si me comparo con las madres de las amigas de Sara, parezco diez años más vieja que ellas.

Oigo abrirse la puerta de la entrada, me bajo la camisa rápido y me recojo el pelo; cualquiera diría que a la que han pillado en falta es a mí.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —digo asomando la cabeza por la puerta.

Sara entra en la habitación y me roza la mejilla con los labios; en otra

ocasión le habría dicho que me diera un beso en condiciones, hoy me callo.

—Estoy muerta, toda la tarde buscando algo para la fiesta del sábado. Se deja caer en la cama bocarriba y abre los brazos, para levantarse enseguida y sacar un vestido de la bolsa que deja en el suelo—. Mira, ¿te gusta?

—Muy bonito, estarás muy guapa, pero ¿no te parece que es demasiado estrecho? —contesto mientras ella se cuelga la percha por la cabeza y da vueltas sujetando el vestido con las manos en la cintura.

—Me lo pruebo y me coges el bajo.

—Venga, coge los zapatos voy a buscar unos alfileres.

—Mamá, ¿estás bien?

—Claro, ¿por qué no voy a estarlo?

—No sé, estás rara.

—¿Rara? ¿Por qué voy a estar rara? —contesto intentando que mi voz suene natural.

—Me pareció, por eso te pregunto.

No contesto porque ella ya ha salido de la habitación olvidándose de mí.

Mientras le pongo los alfileres, Sara no deja de hablar de la fiesta del sábado.

—Mamá, ¿me estás escuchando?

—Sí.

—Pues no lo parece, te he dicho que lo quiero más largo.

—Más largo te arrastrará.

—Se llevan así.

—¿Quieres ir recogiendo todos los escupitajos que vayas encontrando por el camino, además de todas las meadas de perro? —digo en voz baja. No tengo ganas de discutir.

—Siempre estás igual, nunca te parece bien nada de lo que te digo; déjalo, ya se lo llevaré a la madre de Carla —dice dando un tirón del vestido y saliendo enfadada de la habitación.

Nunca nos ponemos de acuerdo en nada. A veces pienso que soy

demasiado estricta con ella, pero mis padres lo fueron conmigo y no he salido tan mal. No me gusta que vista con ropa tan estrecha y que esté todo el día con el dichoso móvil en las manos; será cosa de la edad, pero no me acostumbro, y a ella parece que no le gusta que se lo diga.

Salgo con la excusa de buscar el pan para la cena. Necesito estar sola un rato. No presto atención a lo que me dice la dependienta, porque no paro de darle vueltas a la camisa. Al salir me siento en un banco y hago un repaso de todos nuestros años de relación para saber por qué Mario ha decidido engañarme, si es que lo ha hecho, y encuentro mil motivos. Porque esto que tenemos no es lo que se supone que esperas cuando decides compartir tu vida con otra persona. Nos hemos acostumbrado el uno al otro, a nuestras manías, a la rutina, al desamor. ¿Estoy enamorada? No debería dudar para responder, pero lo hago, porque no estoy segura. Desde luego, la pasión se agotó hace tiempo. ¿Será normal estar deseando que se quede dormido en el sofá por las noches? ¿Y fingir que estoy dormida cuando se acuesta? No salimos nunca con otras parejas porque a mí no me gustan sus amigos y porque yo debo de gustarles menos a ellos; no hacemos casi nada juntos.

Tengo ganas de llorar y, aunque soy de lágrima fácil, esta vez se resisten a salir; es como si no quisiera hacerlo porque no hay motivos para ello. Me digo que soy tonta, que estoy imaginando de más; sin embargo, aunque Mario no me haya engañado, debería llorar, porque hace mucho tiempo que nuestra relación está deteriorada.

Vuelvo a casa, y desde el recibidor veo su cabeza, de pelo negro y abundante, y la espalda grande y fuerte donde imagino que ahora una intrusa apoyará la cara mientras le rodea la cintura con los brazos. ¿Cuánto tiempo hace que no tengo yo ese gesto con él? Demasiado, porque no logro recordarlo. ¿Cómo hemos llegado a este desinterés del uno por el otro? Yo no soy cariñosa, pero él nunca me ha demandado nada, no se ha quejado. Se acostumbró. Pero ¿acaso alguien se acostumbra al desapego, a la escasez de besos y caricias cuando lo que más le gusta es el exceso de ellas?

Al principio de nuestra relación me agobiaban tantas muestras de afecto. Debo de ser un espécimen raro, pero no soportaba que me tocara todo el tiempo. Antes de que naciera Sara, cuando él llegaba de trabajar, me buscaba. Si estaba en la cocina, me besaba el cuello y empezaba a quitarme la ropa; nunca cedí, le daba un manotazo y le decía que tenía que ducharme o cualquier otra excusa tonta, y me escurría como una anguila. Nunca hemos hecho el amor en un lugar que no fuera la cama, nada de esas escenas de película donde los amantes dan rienda suelta a su pasión por toda la casa, incluso en lugares públicos. Ahora que lo pienso, es como si nunca hubiéramos estado recién casados, como si desde el primer día ya hubiéramos llevado muchos años juntos; y lo que mata la rutina en nuestro caso ya estuviera muerto desde el primer día. ¿Quiero a Mario? Sí, claro que lo quiero; si no, no estaría ahora dándole vueltas al olor del maldito perfume.

Me entretengo al quitarme los zapatos y colgar la chaqueta en el perchero; es como si me diera miedo entrar, porque llevo escrito en la frente: «Sé lo que haces».

Respiro hondo y entro al comedor. Mario se levanta, deja lo que está haciendo en el ordenador y viene hacia mí, pero no me besa. No me sorprende; hace ya mucho tiempo que los besos fueron haciéndose más escasos, hasta desaparecer.

—¿Quieres cenar ya? —La vista se me va a la pantalla del portátil; el paisaje de una playa se burla de mí. Sea lo que fuera que estaba haciendo, no lo veo—. Voy a preparar la cena —dice caminando hacia la cocina. Desde hace tiempo la prepara siempre él. Costumbres adquiridas.

—No voy a cenar.

—¿Por qué? —pregunta sin girarse.

—No me encuentro bien, voy a ducharme y me voy a la cama. —Debería decirle que no tengo hambre, porque pienso que está engañándome, que creo que se acuesta con otra y que por eso no tiene ganas de hacer el amor conmigo.

—Entonces para mí solo me hago cualquier cosa. Sara ya ha cenado. Además, tengo que terminar unas cosas del trabajo; así voy adelantando. — Dice todo esto desde la cocina y, aunque es una tontería, me parece que se siente más cómodo por no compartir espacio conmigo.

No le contesto. Me meto en el baño y me siento en el filo de la bañera, apoyo los codos en las rodillas y me tapo la cara con las manos, aunque no lloro.

Después de darme una ducha, me voy a la cama; ni siquiera paso por el comedor para decirle que me voy a dormir ni desearle buenas noches, y a él ni siquiera le extraña. Otra costumbre adquirida.

Aunque hace calor, me tapo con la sábana. Doy vueltas porque no puedo dormir, cosa impensable en mí hasta esta mañana, cuando descubrí esa fragancia que me persigue todo el tiempo. Son más de las tres y sigo despierta. Cuando oigo que entra en la habitación me pongo tensa; él se mete en la cama con cuidado para no despertarme, como siempre.

Debería preguntarle si no tiene nada que contarme, pero no lo hago, porque me diría que no. Pasa un rato y no deja de dar vueltas; antes se quedaba dormido enseguida. Otra señal.

No quiero moverme, para que piense que estoy dormida. Me parece absurdo; no sé si ha pasado algo, si me ha engañado o no, y estoy aquí envenenándome por dentro.

Me levanto temprano porque tengo planes. Cuando él se despierta, ya estoy vestida. Me mira extrañado, porque nunca salgo antes que él.

—¿Qué haces arreglada tan temprano?

—Tengo que ir al médico con mi madre. Si no necesitas el coche, me lo llevo yo.

—No, iré en metro. ¿Quieres que te acerque yo?

—No, aprovecharé para ir al centro comercial después. Nos vemos a la noche.

Salgo sin darle un beso; él tampoco hace ademán de darme ninguno.

Entro en el coche, abro la guantera y revuelvo el interior. Voy sacando papeles que descarto cuando los leo: unas gafas de sol viejas, recibos de aparcamiento, un paquete de chicles de los que compra Sara. No encuentro nada sospechoso. Acercó la nariz al reposacabezas del asiento del copiloto buscando algún rastro de perfume. No huele a nada, a mi colonia de siempre y a coche. Busco algún pelo de diferente color al mío, pero no encuentro nada.

No voy a casa de mi madre, voy a la oficina de Mario. Dejo el coche en un aparcamiento que hay a dos manzanas, porque no quiero que lo vea. Busco un sitio para esperar, desde donde veo la entrada pero puedo pasar inadvertida.

Diez minutos antes de su hora de entrada, lo veo llegar. Se para un momento, saca el móvil y teclea algo; a pesar de la distancia que nos separa, puedo vislumbrar una sonrisa en la cara. Me quedo escondida desde donde puedo observar sin ser vista. Espero.

Empiezan a salir algunos compañeros que conozco; es la hora del almuerzo y es una oficina pequeña, así que no hay peligro de que salga y no lo vea.

¡Ahí está! El corazón me da un vuelco, estoy tentada de irme. ¿Qué hago aquí, espiando a mi marido? Sin embargo, no me voy; tengo que averiguar qué está pasando, aunque lo que vaya a descubrir no me guste. Se sienta en una terraza y, aunque no oigo lo que le pide al camarero, sé que es un café solo. Le llevan la taza y lo veo sacudir el sobre de azúcar antes de abrirlo, en un gesto que le he visto hacer miles de veces. Saca el móvil, escribe algo y vuelve a sonreír. No viene nadie, sigue solo. Sigue escribiendo en el móvil, sonriendo tontamente. Se acaba el café y entra de nuevo en la oficina. De momento vamos bien. Siento las piernas y los brazos laxos, como si fueran de goma, igual que esos muñecos que tenía Sara cuando era pequeña, a los que estiraba y estiraba y en cuanto los soltaba volvían a su postura original. Pero yo no podré volver a ser como antes, porque si descubro algo, todo cambiará,

y si no lo hago, me sentiré mezquina por haber desconfiado de mi marido hasta el punto de espiarlo.

Debería irme a casa, olvidar esta absurda idea que se me ha metido en la cabeza; sin embargo, me quedo sentada, esperando, porque ya no falta tanto para la hora de comer.

Tres horas, tres horas bajo este sol achicharrante sin hacer nada más que mirar la puerta, sin desviar la mirada de ella ni un segundo, y no me muevo a pesar de que no soporto el sol. Hace años que no voy a la playa. Menos mal que llevo los brazos cubiertos y pantalón largo.

Se abre la puerta y empieza a salir gente: su jefe con otro hombre que no conozco, los compañeros que se sientan en la misma mesa donde almorzaron; ni rastro de él. No ha podido salir sin que lo vea; imposible, no he apartado la vista de la puerta. El último. Se detiene en la mesa, aunque no se sienta con ellos. Les dice algo, mira el reloj, le da una palmada en la espalda al que tiene más cerca y se va.

Tengo que levantarme aunque no quiera; si me quedo aquí, todo este tiempo no habrá servido para nada y mañana no podré volver. Me conozco, no tendré paciencia y esta noche le escupiré todo el veneno que llevo dentro sin saber siquiera si tengo algo que reprocharle; y ya no habrá marcha atrás.

Lo sigo a una distancia prudencial para que no me vea. El alivio casi me hace llorar cuando lo veo entrar a una librería. Qué tonta, qué insegura y malpensada. Le gusta leer. En casa hay montones de libros que a mí no me ha dado por abrir nunca; en realidad, pienso en las pocas cosas que tenemos en común. Me apoyo en el capó de un coche, saco la botella de agua y le doy un trago. El agua parece caldo. Estoy sudando y me siento fatal por haberlo seguido. No está bien. Me incorporo para irme cuando lo veo salir. No lleva nada en las manos y se detiene en la puerta a esperar, mirando a un lado y otro de la calle. Enseguida sale una mujer que cierra con llave y se van juntos. No se dan la mano ni nada por el estilo; caminan uno al lado del otro hablando y riendo. De vez en cuando, ella le da un manotazo en el brazo,

como si lo riñera por alguna cosa que le ha dicho él. Vuelvo a apoyarme en el coche y me quedo quieta viéndolos alejarse, porque no estoy preparada para ver más. Por hoy ya he tenido bastante.

Si hace dos días alguien me hubiera dicho que a las diez de la mañana iba a estar en camisón, sin ni siquiera haberme lavado la cara ni haber hecho las camas, me habría reído en su cara. Sin embargo, aquí estoy, sentada delante de la taza de café con leche. Me aprieto el cinturón de la bata y pienso que ninguna mujer de cuarenta y dos años debe de tener una bata de verano. Desde luego, la rubia de ayer seguro que no. Desde que la vi no dejo de compararme con ella. ¿Será verdad lo que me dice Sara, que soy una antigua? En mala hora fui ayer a investigar; anteayer vivía mejor que hoy: no sabía, no pensaba, no sufría, no...

Me levanto y tiro el café con leche al fregadero. No tengo nada que hacer. Podría pintar las rayas de los azulejos del cuarto de baño, pero no tengo ganas; tampoco hace falta, están impolutas. Como todo en esta casa. Bueno, como casi todo, porque mi matrimonio necesitaría una capa de chapa y pintura. No puedo estar toda la mañana sin hacer nada, aquí sentada. Ayer no me habría importado quitar las cortinas para lavarlas, aunque hubieran estado limpias, o sacar la ropa de los armarios para ordenarla, aunque tampoco tuviera necesidad. De qué me ha servido tanto orden y limpieza, ser tan buena ama de casa; él ha preferido a una fulana rubia con pinta de tener la casa como una cuadra.

Me quito la bata, que cuelgo en el galán de noche, y de nuevo pienso que no debe de haber nadie de mi edad que tenga un galán de noche. Y a mí qué me importa. No conozco a esa mujer y ya me hace plantearme mi forma de ser.

Decido volver para asegurarme de que lo que vi es lo que pienso. Le he dado muchas vueltas y puede que sea una clienta a la que le llevan las cuentas y fue a darle unos papeles, o la mujer de un compañero; en realidad no vi

nada.

Abro el armario para buscar algo que ponerme y elijo una camisa blanca cerrada de media manga, no me gusta enseñar los brazos, y un pantalón negro clásico. Nunca llevo vestidos: tengo las piernas muy blancas y los tobillos anchos.

Salgo de casa preguntándome si estaré haciendo lo correcto al volver allí, pero ¿acaso es correcto que tu marido te ponga los cuernos? De camino a la librería entro en unos chinos y me compro unas gafas de sol grandes que me tapan media cara. Miro el reloj y veo que aunque tengo tiempo no puedo entretenerme si no quiero que Mario me encuentre si vuelve a la misma hora de ayer. Tengo el estómago encogido y a medida que me acerco me da la sensación de que va haciéndose más pequeño.

Al llegar, antes de entrar, miro el escaparate; libros, no me llama la atención ninguno, no me gusta leer. A través del cristal veo que no hay nadie. Empujo la puerta y suena una campanilla de esas que ya no quedan en ninguna tienda. Es un local pequeño, con las estanterías de madera decapadas en blanco y el suelo de tarima envejecida. Un par de mesas enormes con libros encima llenan el espacio; al fondo, un mostrador pequeño con una caja registradora antigua y un timbre de esos que tienen en los hoteles que salen en las películas. Miro alrededor aprovechando que no hay nadie, y es como si al haber cruzado la puerta hubiera viajado hacia atrás en el tiempo. No hay ordenador ni lector de código de barras para cobrar; las lámparas son antiguas, como todo en este sitio. Nada de fluorescentes que den mucha luz; hay la indispensable para poder leer los títulos de los libros. Aunque no es la decoración que yo habría elegido, he de reconocer que es bonita.

No sale nadie. No toco el timbre, no me atrevo; no sé cómo reaccionaré cuando la vea. Doy una vuelta y paso el dedo por encima de los libros para ver si tienen polvo. Están limpios.

—¡Hola! —Me asusto al escuchar la voz—. Perdona, no te oí entrar, estaba ordenando unas cajas.

—Hola.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias; estoy mirando.

Me muevo un poco para esconderme detrás de los libros y poder observarla sin ser vista, y lo que veo no me gusta. Debe de tener mi edad, aunque no tiene nada que ver conmigo. Es rubia, teñida, por supuesto; lleva el pelo demasiado largo para su edad; cuando se van cumpliendo años, hay cosas que ya no pegan. El escote deja ver el sujetador de blonda cada vez que se mueve. Pasa por mi lado para dejar una pila de libros encima de una mesa y un olor a fruta madura queda suspendido en el aire. Aspiro con fuerza para ver si es el mismo aroma que olí en la camisa; juraría que sí. Empiezan a temblarme las manos, así que dejo el libro que había cogido para disimular porque temo que se me caiga al suelo.

Cuando se aleja, la observo de nuevo. Vestida da el pego, supongo que desnuda el paso del tiempo habrá hecho su trabajo. ¿La habrá visto Mario desnuda? ¿Se habrán acostado o hará poco tiempo que se conocen? Qué más da eso; la rubia tiene pinta de irse a la cama en la primera cita.

Suena el teléfono y a medida que habla, el tono de su voz va cambiando. A pesar de oír solo lo que dice ella, me doy cuenta de que no son buenas noticias. La veo sacar el bolso de debajo del mostrador y acercarse a mí. Me meto las manos en los bolsillos para evitar que vea cómo me tiemblan.

—Lo siento, pero tengo que cerrar. Me han llamado del hospital; mi madre está allí, tengo que irme.

—No pasa nada, ya volveré.

Salimos juntas y, cuando he andado unos pasos, me doy la vuelta.

—Que no sea nada —digo.

—Gracias. —Levanta la cabeza para contestar, porque está agachada echando la llave a la persiana, y puedo ver reflejada la preocupación en su rostro.

No me da ninguna pena; yo también estoy preocupada por su culpa. Me

voy a casa contenta. Si Mario viene hoy, se encontrará la tienda cerrada. La madre de la rubia me cae de fábula.

El día se me hace eterno esperando a que Mario llegue del trabajo. He tenido que hacer un esfuerzo enorme para que Sara no me encuentre rara. No le he prestado atención a nada de lo que me ha dicho, aunque tampoco me explica mucho; debe de ser cosa de la edad. Prefiero pensar eso a que no tiene confianza conmigo, pero si soy honesta sé que la relación que tenemos no es la que a ella le gustaría. Seguro que piensa que soy demasiado severa y que soy una antigua.

Entro en la ducha y me meto bien el pelo dentro del gorro de plástico para evitar que se moje. Antes de salir, paso una bayeta por la mampara para limpiarla.

Al echar la ropa dentro del cesto para lavar, veo la camisa en el fondo y me pregunto cómo estará la madre de la rubia. ¿Será algo grave? ¿Si se muere irá Mario al entierro a consolarla? Qué cosas pienso. Tendrá culpa la pobre mujer de que la hija sea una fresca.

Cenamos en la mesa pequeña, delante del sofá. Sara se sienta en el suelo, encima de unos cojines. Estoy incómoda por la cercanía de Mario, lo siento como un extraño. No me parece la misma persona que era hace un par de días. El padre y la hija no paran de hablar y una punzada de envidia hace su aparición para instalarse durante un rato conmigo en el sofá, porque aunque debería alegrarme de que se lleven bien, me molesta que tenga más complicidad con su padre que conmigo. ¿Lo querría tanto si supiera que me es infiel? Sin dudar ni un segundo, yo sola me contesto que sí; lo defendería y justificaría su actitud, lo sé sin necesidad de preguntárselo. Cuando Sara se va a su habitación y nos quedamos solos, evito mirarlo; él no para de hablar de tonterías, nada importante. Está nervioso. Se delata sin querer, lo noto porque son muchos años juntos y, como yo, evita mirarme a los ojos. Me voy a la cama, porque no sé cómo actuar, y pienso que si me quedo más rato meteré la pata, diré algo inconveniente, y no quiero. Ahora necesito descubrir la

verdad.

IRENE

Las doce. Me duele la cabeza. Estoy segura de que es porque tengo que ir a casa de mi madre. No es la primera vez que me pasa, es como si el cuerpo sintiera un rechazo y me lo hiciera saber. Si voy a verla, el dolor será monumental, se expandirá desde los ojos hasta la parte de atrás de la cabeza para volver otra vez hacia delante en oleadas cada vez más grandes. Ordeno unos libros que han traído y le pregunto a la única clienta que hay en la tienda si necesita ayuda. Dice que no. Mejor, no tengo ganas de hablar.

El día en que repartieron a las madres me tocó el premio gordo. Ya hace un mes desde la última vez que la vi. Me apena decirlo, pero no me apetece nada ir a su casa. Montó un numerito de telenovela, se tiró al suelo desmayada después de decirme llorando que no le hacemos caso, que está sola, que nos crió a mi hermano y a mí sin que nos faltara nada, que estamos deseando que se muera para quedarnos con el piso y con el dinero, y montones de cosas más. No podía levantarla, tampoco quería llamar al médico; sabía que era cuento, así que me fui y la dejé tirada en el suelo, llena de remordimientos y con el miedo de que me llamara alguna vecina al cabo de unos días para decirme que la habían encontrado muerta. El timbre del teléfono me devuelve al presente. Número privado.

—¿Sí?

—Hola, ¿puedo hablar con Irene, por favor?

—Sí, soy yo.

—La llamo del hospital, su madre está aquí. No es nada grave, un brazo roto, pero sería conveniente que vinieran a buscarla.

Después de colgar el teléfono, cojo el bolso y las llaves del coche. Me acerco a la mujer que entró hace un rato y da vueltas sin decidirse y le digo que tengo que cerrar.

¿Qué le habrá pasado? ¿Se habrá caído en la bañera? No creo, me habría llamado a mí desde casa; ha tenido que pasarle algo en la calle.

Entro a urgencias y pregunto en el mostrador, donde me indican el número del box en el que está mi madre. Cuando descorro la cortina, la veo sentada en un sillón, con los ojos cerrados. Tiene el brazo izquierdo enyesado y con la mano derecha se sujeta la frente en actitud doliente.

—Mamá.

Abre los ojos, me mira, y vuelve a cerrarlos, quedando en la misma postura que antes.

—¿Qué te ha pasado?

—¿Y qué más te da? ¿Te importa algo lo que me pase? Podría estar muerta y a ti te daría igual.

—No digas eso. No empecemos, te lo pido por favor.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —pregunta ella ahora.

—A mí nada. Me he asustado cuando me han llamado para decirme que estabas aquí.

Abre los ojos y, por la forma en que me mira, sé que va a dar su golpe de gracia.

—Ya. Como has venido tan deprisa, pensé que creías que ibas a heredar ya.

—¿Vas a contarme cómo te has roto el brazo?

—La gente, que no tiene educación.

No quiero escuchar lo que va a decirme. ¿La gente? Pensaba que se habría caído en la calle. Me siento en una silla que hay a su lado, aunque no pregunto; según lo que le diga, se limitará a cerrar los ojos y no abrir la boca, así que decido esperar. No tengo que hacerlo mucho rato, enseguida empieza a hablar; le encanta contar historias que ella amolda a su conveniencia, le da la vuelta a todo para quedar siempre como la víctima.

—He ido a comprar el pan, y al pasar por el lago que hay en la plaza de al lado del médico, había un niño bañándose en calzoncillos con un perro. Le he

dicho que saliera del agua, que estaba sucia y que iba a coger una infección. Entonces ha venido un hombre, digo yo que sería el padre, porque era igual de feo que el niño, y ha empezado a gritarme, aunque no entendía lo que me decía; eran extranjeros. He pasado tanto miedo, con ese hombre tan grande y el perro ladrando... No le he dicho nada más, te lo juro; entonces, me ha empujado y me he caído al suelo. Luego se ha ido y me han recogido para llevarme al ambulatorio. Desde allí me han traído aquí en una ambulancia.

—¿Cuántas veces te he dicho que no te metas en lo que no te importa? Si ese niño coge una infección no es tu problema.

Murmura algo en voz baja, que no llego a oír, y me muerdo la lengua, porque hoy no tengo ganas de discutir y no me hace falta preguntarle a nadie de los que estuvieran allí para saber que lo que me ha contado es la versión *light* de lo que ha ocurrido. La buena, la que pasó de verdad, no tiene nada que ver con lo que acaba de narrar. Sí que habrá ido a comprar el pan y en el lago estarían el niño y el perro, pero ella no le habrá dicho: «Niño, sal del agua, que vas a coger una infección», ella le habrá dicho: «Niño, sal del agua ahora mismo, ¿no te da vergüenza? En calzoncillos, seguro que te has meado en el agua, qué asco. ¿Te piensas que estás en la selva? ¿Es qué ves a algún niño en el agua? Y el perro suelto, seguro que está lleno de pulgas. Diles a tus padres que te den educación, que aquí no nos bañamos en las fuentes». Entonces, habrá venido el padre, pero ella no se habrá callado, habrá seguido insistiendo, dándole golpecitos con el dedo índice en el pecho, hasta que él la habrá empujado. Si no ha sido así exactamente, se acercará mucho.

Me levanto y la ayudo a incorporarse. Salimos de la habitación y hacemos el trayecto hasta el coche en silencio. La ayudo a subir y, cuando arranco, no hemos dicho ni una sola palabra.

¡Me gustaría tanto que mi madre fuera normal! Es tan excesiva que agota. Le cuenta su vida a todo el que esté dispuesto a escucharla, ¿no se da cuenta de que la gente huye de ella? No tiene amigas, nadie le gusta, todo el mundo tiene un pero, nadie es bueno para ella. Es insoportable. Me da pena decirlo,

porque es mi madre, pero veo que las vecinas cruzan de acera cuando la ven en la calle; no se habla con ninguna. Ha denunciado a medio bloque, le molesta todo: el volumen de la televisión, el perro de la vecina de arriba, los niños del tercero... Todo.

Llegamos a su casa y se sienta en la butaca, donde pasa la mayor parte del tiempo.

—¿Qué quieres comer?

—No tengo hambre.

—Si después quieres algo, no podrás preparártelo tú sola.

—No querré nada, a ver si así me muero antes y dejo de estorbar.

No le replico, me voy a la cocina y abro la nevera a ver qué puedo hacer. Se cuida bien. Lo que encuentro no está mal, todo es de calidad, nada de ofertas ni bandejas envasadas, y me pregunto cómo puede comprar en ese supermercado tan caro sabiendo la de números que tengo que hacer yo para que el dinero me alcance para todo. Nunca me pregunta si necesito algo. Le dejo los platos preparados para que solo tenga que meterlos en el microondas y pongo una naranja pelada dentro de una fiambarrera, para que no se seque. Cuando termino, voy al comedor. Sigue en el mismo sitio donde la dejé. Continúa enfadada conmigo, aunque no tiene ningún motivo; lo sé por el modo en que me mira.

Cojo el teléfono y lo dejo encima de la mesa que tiene al lado.

—Tengo que irme. Te dejo el teléfono aquí, por si necesitas llamarme. En la cocina te he dejado la comida y la cena, solo hace falta calentarla.

—Acabo de decirte que no tengo hambre.

—No tienes ahora, pero no vas a estar sin comer todo el día.

—Te importará mucho lo que yo coma.

Gira la cabeza para mirar por la ventana, ignorándome, y dando la conversación por terminada. Salgo sin despedirme y, al pasar por la cocina, entro, abro la nevera, cojo un paquete de jamón que debe de haberle costado un dineral y lo meto en el bolso. Esta noche cenaremos a su salud.

Cuando llego a casa estoy agotada, aunque no es cansancio físico; mi madre es un vampiro energético, me deja seca. Ha sido una pérdida de tiempo, sé que preferirá comerse las plantas que tiene en el alféizar de las ventanas antes de tocar lo que he cocinado para ella.

Cojo el móvil para escribirle a Mario y me doy cuenta de que no puedo hacerlo; tengo que esperar a que lo haga él primero. ¿Me compensa esta relación con un hombre casado? Aunque a lo que tenemos no se le puede llamar relación. Somos amigos, y eso no sería malo si no fuera porque lo que siento por él no tiene nada que ver con lo que siento por un amigo. Me gusta. Mucho. Los minutos a su lado pasan volando, y si me acuerdo de él me da un vuelco el estómago.

De momento me compensa, no le pido más que los ratos que le robamos al tiempo, pero llegará un momento en que no será suficiente. Lo sé, porque me conozco, y porque cada día que pasa tengo más necesidad de estar con él. No me conformaré con las migajas, pero ahora no puedo renunciar a lo poco que tengo. Cómo me gusta estar con él. Esto no me había pasado nunca. A veces me habla y lo escucho a medias, porque todos mis sentidos están puestos en otra cosa; mis ojos se van a su boca y me muero de ganas de besarlo.

Dejo el teléfono en el sofá sin enviar ningún mensaje; quizá debería empezar a poner distancia. Cuando no estamos juntos me siento mal porque pienso en su mujer y, aunque no la conozco, me siento culpable, porque daría lo que fuera por estar con él; pero cuando lo veo me da igual todo, porque lo quiero tanto que ahora mismo mi vida sin él no tendría sentido. Así que cada día tengo que librar una batalla dentro de mí. Una parte me hace sentirme una mala persona, me siento sucia y mezquina; la otra mitad intenta convencerme de que no soy culpable de nada. Casi siempre gana el lado oscuro, ese que todos tenemos; me digo que yo soy libre, que el que está casado es él, así que pienso poner de mi parte todo lo que haga falta para que esto llegue a buen puerto. No es un capricho, me he enamorado como una loca a una edad que no toca, o quizá la edad no importa y lo que importa es que él no es libre.

Oigo llegar a Clara.

—Hola.

—Estoy aquí.

—Ya te veo —me dice cuando entra al comedor. Se ríe como diciendo *eres tonta*, ya sé que estás aquí, te estoy viendo. Se acerca al sofá y se deja caer a mi lado. Clara necesita más tiempo del que necesitaría cualquier persona para hacer las cosas. Tuvo un tumor en la cabeza cuando era pequeña; había que operar, era eso o perderla. La operación tenía sus riesgos, pero no había opciones; el tumor desapareció como desapareció ella. Cuando salió del quirófano Clara no era Clara; era su cuerpo, pero parte de ella se fue con el tumor. Con seis años tuvo que aprender a caminar de nuevo, a hablar, volvió a llevar pañal, no sabía llevarse la cuchara a la boca. Lloré tanto que me sequé por dentro. Parecía que tenía escamas en la piel; por más crema que me pusiera, no lograba que desapareciera ese aspecto de pergamino viejo en que se habían convertido mis brazos y mis piernas.

Fui muy dura con ella, la obligaba a caminar cogida a mis brazos, las dos frente a frente; yo andando de espaldas y ella avanzando muy despacio hacia mí. Nunca me alcanzaba, porque yo no dejaba de dar un paso tras otro hasta que estábamos agotadas. Parece que estoy viéndola arrastrando los pies mientras intentaba decirme que estaba cansada, sin conseguirlo porque no era capaz de juntar las letras para formar las palabras.

Si quería algo, ella lo señalaba, pero yo no se lo daba hasta que no lo nombraba.

«Aaaaguuuua —le decía yo arrastrando las vocales—. Ahora tú». «Aaaabaaaa», decía ella cerrando los ojos. Cada pequeño triunfo se celebraba por todo lo alto con las cosas que más le gustaban: la dejaba meter los dedos en la lata de leche condensada hasta que se hartaba de chupárselos; otras veces, aunque ya estuviéramos con el pijama puesto porque era la hora de irnos a la cama, la cambiaba de ropa y bajábamos al parque, la sentaba en el columpio y enrollaba la cadena hasta que ya no podía más para luego soltarla

y que girara deprisa mientras ella gritaba con la cabeza echada hacia atrás. Y así, poco a poco, Clara volvió a ser un poco más ella, mientras yo empecé a ser un poco menos yo.

No había tiempo para mí, mis necesidades pasaron a un segundo plano; el tiempo se escurría entre sesiones de fisioterapia y logopedia. Nuestra casa se convirtió en un cuartel general; nada de saltarnos las normas: practicar, practicar y practicar. A pesar del empeño, los avances eran minúsculos.

Un día de los que tenía visita con la psicóloga entró a la sala la neuróloga que había operado a Clara; era una mujer menuda, que debía de rondar los cincuenta. Me gustaba esa mujer; nunca me engañó ni adornó la verdad. Lo que me dijo es lo que ocurrió después, aunque el hecho de saberlo no amortiguó el golpe. Recuerdo la conversación como si la hubiéramos tenido ayer.

—Hola, Irene.

—Hola.

—Me he permitido la licencia de robarle unos minutos a mi colega —dijo mientras la psicóloga salía para dejarnos solas.

—¿Pasa algo malo? ¿Los resultados de las pruebas no son los que esperábamos?

—Tranquila, está todo perfecto. No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Voy a pedirte que hagas memoria y recuerdes el día en que Clara dio sus primeros pasos. No los de ahora, los de antes, cuando era un bebé. Estoy segura de que te acordarás, como estoy segura de que no la obligabas a caminar de un sitio a otro para que aprendiera más deprisa, porque sabías que era cuestión de tiempo. Ahora es lo mismo, cuestión de tiempo. Está muy bien que hagas ejercicios con ella en casa, pero forzándola no conseguirás que avance. No voy a pedirte que hagas las cosas de manera diferente, solo que aflojes un poco la presión. Ahora ven conmigo un momento.

Se levantó y la seguí hasta un vestuario que supuse que sería el de las

enfermeras. Me llevó a la zona de las taquillas y me colocó delante de una de ellas, la abrió y observé el interior; estaba vacía. La estudié sin entender qué pretendía. Ella me agarró de los hombros y me giró con cuidado hasta que quedé de cara a la puerta. Me vi reflejada en un espejo que había pegado en ella; era estrecho, apenas me veía entera. Se apartó de mí y desapareció de mi ángulo de visión.

—¿Qué ves, Irene?

La pregunta me pilló por sorpresa. Busqué en el espejo y no vi nada, solo mi imagen reflejada. Tenía miedo de contestar, porque sabía que la pregunta tenía truco.

—Vamos, no pienses, no es tan complicado. Solo dime qué ves.

—No veo nada, me veo yo.

—¿Estás segura?

Aunque estaba segura de lo que estaba viendo, no contesté; no sabía adónde quería llegar.

—¿Cuánto hace que nos conocemos?

—Siete meses —contesté sin dudar.

—Muy bien, veo que tienes buena memoria. Si durante estos siete meses no me hubieras vuelto a ver desde el primer día que entraste a la consulta, ¿me habrías reconocido?

Cerré los ojos un momento; no me gustaba regresar a ese momento, lo recuerdo como el peor de mi vida.

—Sí —contesté en voz baja.

—Entonces se supone que a mí debería pasarme lo mismo contigo; sin embargo, si nos hubiéramos cruzado por los pasillos del hospital, ni siquiera te habría saludado; es más, me atrevo a decir que aunque te hubiera encontrado en el ascensor sin nadie más, las dos solas, no habría reconocido a la mujer que entró en mi consulta hace tan solo siete meses. Tu hija necesita que su madre sea la misma de antes; para recuperarla a ella, antes tienes que recuperarte tú.

Mientras la oía hablar, observaba a la extraña que tenía enfrente. La doctora tenía razón; esa no era yo, era algo parecido a lo que fui. El pelo sin arreglar. ¿Cuánto tiempo hacía que no iba a la peluquería? Aunque eso no era lo peor: estaba tan delgada que si me miraba la cara solo veía nariz y pómulos. Unas ojeras enormes hacían que los ojos parecieran más pequeños y hundidos. La ropa no ayudaba, el vestido me venía enorme; si me hubiera puesto un saco, no me habría sentado peor.

La doctora se acercó por detrás y quedó de nuevo a la vista. Volvió a cogerme por los hombros y habló dirigiéndose a la extraña del espejo.

—No pretendas adelantar al tiempo, es imposible. Cada cosa a su ritmo. Clara nunca volverá a ser como antes, pero podrá llevar una vida autónoma; mientras llega ese momento, disfruta de ella, no hagas que te odie por obligarla a hacer todas esas cosas que le cuestan un mundo. No sé por qué, pero con algunas familias me implico más que con otras. Mi misión es curar a Clara, debería haber unos límites que yo no debería traspasar; sin embargo, pienso que necesitas ayuda. La semana que viene tenemos visita, no quiero verte entrar a mi consulta con ese pelo, esa ropa y, lo que es peor, esa desesperanza que llevas dibujada en la cara. Si no veo un cambio de actitud, dejaré de tratar a Clara, le pasaré el expediente a algún colega y no volveremos a vernos. Tu hija necesita una madre, no un fantasma.

—No puede hacer eso —dije dándome la vuelta y quedando frente a ella. Yo no quería a ningún colega, la quería a ella.

—Puedo hacerlo, y lo sabes. Ahora tú decides lo que quieres que pase.

Salió y, al quedarme sola, le di una patada con tanta fuerza a la puerta de la taquilla que rebotó y volvió a quedar abierta. Entonces, le di una y otra vez mientras la puerta se abría y se cerraba, hasta que se desprendió la bisagra de arriba y la puerta quedó colgando hacia delante.

—Mamá.

La voz de Clara me hace volver al presente.

—Dime.

—¿Puedo ir al cine esta tarde?

—¿Con quién?

—Con mis amigas.

—¿Vendrás a cenar?

—Sí.

—En mi bolso hay dinero. Ten cuidado, no vengas tarde y carga el móvil; no quiero que te quedes sin batería.

—¿Te piensas que soy tonta? Ya tengo quince años.

—No pienso nada de eso, es que no quiero que te pase nada. Soy tu madre y esto es lo que hacen las madres: preocuparse por las hijas.

—Todas las madres no hacen eso. La abuela no se preocupa de ti —dice mientras deja caer la cabeza en mi pecho y me coge una mano—. ¿Me pintas las uñas?

Cambia de tema con una facilidad pasmosa, sabe que su abuela es tema tabú.

—En mi bolso hay una cosa que compré para ti, no me acordaba. Ve a buscarlo.

Al volver, trae en la mano una bolsa de una tienda de ropa que le encanta y saca un vestido largo de esos que se llevan casi arrastrando por el suelo.

—¿Te gusta?

—Sí, me encanta, qué bonito. ¿Puedo estrenarlo hoy?

—Claro, para eso lo compré, para que te lo pongas cuando quieras. Estarás muy guapa.

Empieza a probarse el vestido y tengo que hacer un esfuerzo para no levantarme a ayudarla. La veo batallar con los tirantes cruzados de la espalda y miro hacia otro lado para no ver cómo se queda atascada dentro de él. Ella no me pide ayuda. Tira de la tela hacia abajo hasta que logra ponérselo; ahora sí me levanto para subirle la cremallera.

Me alejo un poco para verla bien y siento una pena inmensa al ver a mi hija, porque si no se mueve ni habla, es una adolescente como otra

cualquiera, está preciosa con ese vestido, pero en cuanto empiece a caminar, se romperá la magia. Es probable que se le enreden los pies en el bajo, porque es demasiado largo, y cuando vuelva del cine lo traerá con algún roto porque se le habrá enganchado en algún parachoques o en cualquier otro sitio. Entonces maldigo a la mala suerte, esa que llegó un día en forma de avellana, esa que le impedirá a mi hija estudiar y dedicarse a lo que hubiera querido, esa que no dejará que lleve una vida normal, esa maldita mala suerte que hace que cada día cuando me despierto por las mañanas dé gracias por seguir viva, porque no quiero pensar cómo será su vida el día que yo no esté.

2. MENTIR

Mentir: Decir o manifestar lo contrario de lo que se sabe, cree o piensa. Inducir a error.
Fingir, aparentar.

Otra vez voy de camino a la librería. En realidad no sé para qué voy. Ya la he visto. Ya sé cómo es. Ya la odio sin conocerla. Voy pidiendo en silencio no encontrarme a Mario, pero una parte de mí, una parte oculta que no sabía que tenía y que descubrí ayer, desea encontrárselo para ver cómo reacciona. ¿Qué haría? ¿Qué cara pondría? Y ella ¿sería una buena actriz o por el contrario si la mirara a los ojos vería la decepción y la vergüenza escrita en ellos? Esos ojos que no he podido quitarme de la cabeza durante toda la noche. Solo la vi de frente durante un instante. ¿Cómo es posible que recuerde su cara a la perfección? La boca con los labios carnosos y bien perfilados sin necesidad de pintalabios; las cejas, sin depilar, pero que en ella se veían perfectas; los pómulos marcados. En vez de intentar quitarme la imagen de la cabeza, me recreo en ella y encuentro un dolor morboso que no me hace ningún bien.

He imaginado mil cosas y todavía no sé nada; puede que esté equivocada, solo los vi marcharse juntos.

Antes de entrar, miro desde fuera para asegurarme de que no está Mario, y de nuevo, igual que ayer, respiro hondo antes de entrar.

A diferencia de ayer, hoy sale enseguida al escuchar la campanilla que delata mi llegada.

—¡Hola!

—Hola —contesto con un tono seco, que no tiene nada que ver con el suyo.

Me quedo paralizada en la entrada, al lado de las mesas donde están

apilados los libros. No me atrevo a acercarme. Ahora que estoy aquí, se me ocurre pensar que a lo mejor Mario le ha enseñado una foto mía. Me doy la vuelta para quedar de espaldas a ella y noto que empieza a sudarme el bigote, unas gotas pequeñas que noto saladas si paso la lengua por encima. Saco un clínex y me lo paso por la cara con disimulo. Noto un pitido en los oídos; estoy mareada, no debería haber venido.

—¿Puedo ayudarte?

Su voz me sobresalta, no la he oído acercarse.

—Estoy mirando, no busco nada especial, gracias.

—Te recuerdo de ayer. Tuve que cerrar de improviso. Te he reconocido por las gafas.

—¿Las gafas? —Me llevo la mano a la cara y los dedos tropiezan con la montura gigante de pasta que compré ayer para ocultarme; ni siquiera me acordaba de que las llevaba puestas.

—Sí. Que no te sepa mal que te lo diga, pero son demasiado grandes para tu cara. Tienes una cara pequeña y estas gafas te comen.

—Ah. —Soy incapaz de decir nada más. Jamás en la vida se me habría ocurrido a mí decirle a una desconocida que unas gafas no le sientan bien. Me las quito despacio y las sostengo en la mano. La miro y ella me sonrío; es una sonrisa amable, nada impostada.

—Espera.

La veo desaparecer por una puerta pequeña que hay al lado del mostrador para verla salir enseguida con algo en la mano. Al acercarse, veo que son unas gafas de sol.

—Ponte estas, ya verás como te quedan mucho mejor.

Sigue sonriendo, y aunque de lo que tengo ganas es de tirar las gafas al suelo y pisarlas para hacerlas añicos a ver si así se le borra esa estúpida sonrisa de la cara, las cojo y me las pongo.

—Pareces otra, ya te lo había dicho. —Acerca las manos para ajustarme las patillas y el olor a fruta madura queda flotando alrededor de mi cara—.

Mírate en el escaparate.

Me empuja de los hombros para darme la vuelta y el contacto de sus manos en mi cuerpo provoca una corriente de desagrado que me traspasa entera; es como si una serpiente se paseara por mi piel desnuda. Me giro con brusquedad, quitándome las gafas, y las dejo encima de la mesa para evitar tocarla al devolviéndolas.

—Lo siento —dice sin dejarme tiempo a decir nada—, te he hecho sentir incómoda; esta manía de meterme en todo me traerá problemas. No ha sido mi intención, no te conozco y no debería haberte dicho nada. Te pido disculpas.

—No tiene importancia —miento. Porque sí me importa, y mucho, aunque sus palabras parecen sinceras.

Se vuelve al mostrador dejándome sola. Miro el reloj; tengo que irme ya.

—Adiós —digo desde la puerta. No quiero ser maleducada por si decido volver.

—¿No has encontrado lo que buscabas? Te lo puedo pedir.

Se podía haber limitado a decir adiós, pero esta mujer habla mucho.

—No buscaba nada especial, gracias. ¿Cómo está tu madre? —No he terminado de pronunciar la frase y ya me he arrepentido. ¿Qué demonios estoy haciendo? En vez de callarme, sigo hablando—. No quiero ser indiscreta, pero te oí ayer hablar por teléfono.

—Está bien, gracias; se ha roto un brazo, nada grave.

A mí qué me importa cómo está su madre. Ni siquiera debería importarme si tiene madre; aun así, pongo cara de interés.

—Me alegro de que no sea algo peor.

—Ahora lo peor será la convalecencia. Estoy buscando a alguien para que vaya por las mañanas unas horas; aunque es difícil, será para poco tiempo.

—Si no encuentras a nadie, yo estoy disponible. Por las tardes voy a una residencia de ancianos a hacerle compañía a una señora, le leo algún libro, la saco a pasear en la silla de ruedas y le doy conversación. El libro que buscaba

era para ella. No me vendría mal contar con otra cosa; mi hija ya es mayor y tengo mucho tiempo libre.

En cuanto acabo de hablar, me maravillo de la cantidad de mentiras que le he dicho y lo fácil que me ha resultado.

Ella me mira como si se le hubiera aparecido la Virgen.

—¿En serio? Qué casualidad. ¿Te parece bien que quedemos esta tarde para que conozcas a mi madre? No tengo ni idea de cuánto se paga por esto, ya me dirás tú; supongo que el dinero no será un problema.

—Por la tarde es imposible. Trabajo.

—Es verdad, qué tonta, me lo acabas de decir. Entonces, mañana por la mañana. Cerraré un momento y así tengo tiempo de prepararla; ya sabes, las personas mayores se vuelven como niños.

—Por mí, estupendo. Nos vemos mañana. ¿Te parece bien a las diez?

—Me parece perfecto —dice mientras escribe algo en un trozo de papel. Me lo acerca y leo una dirección y un número de teléfono.

Salgo de la tienda con una sensación de euforia, aunque no sabría decir por qué. No me ha pasado nada bueno, no he recibido ninguna buena noticia por la que alegrarme. No había planeado nada de esto y, en el fondo, dudo de que sea una buena idea; aun así, estoy contenta. Pienso que si estoy cerca de ella podré descubrir la verdad. Pero ¿quiero saber la verdad? Podría seguir con mi vida como hasta ahora, no me va mal del todo. Muy de vez en cuando salimos a cenar o al cine. En verano, un mes de vacaciones donde yo quiera; nunca elige él, no logramos ponernos de acuerdo y al final acaba cediendo, supongo que por no discutir. No me controla para nada lo que hago; el caso es que daría lo mismo, porque no hago nada más que limpiar y cocinar. No tengo amigas, no me fío de nadie; las que tenía me decepcionaron y no quiero volver a pasar por lo mismo otra vez. Tengo conocidas con las que hablo un rato si me las encuentro por el barrio y a veces voy a tomar algo con las madres de las amigas de Sara; nos conocemos desde que las niñas empezaron el colegio, aunque no se puede decir que tenga confianza con ninguna de

ellas. Son unas frescas, hablan de todo sin ningún pudor; yo no debería saber cuántas veces se acuestan con el marido ni lo que les gusta hacer en la cama.

—Perdona. No me has dicho cómo te llamas.

Me giro al oír su voz desde la puerta. Se ha puesto la mano en la frente, haciendo de visera, para protegerse los ojos del sol. La pregunta me pilla desprevenida. Retrocedo unos pasos para dejar pasar una furgoneta que me pita. Al pasar junto a mí, leo pintado en la chapa: «Pescados y mariscos Natalia».

—Natalia —grito y empiezo a caminar de nuevo mientras el viento trae hacia mí un nombre de mujer cuando ella vuelve a gritar.

—Yo me llamo Irene.

Irene. Es un nombre bonito. ¿Le susurrará él su nombre al oído cuando le haga el amor o la llamará con un apodo cariñoso? Me voy a casa sin poder quitarme el nombre de la cabeza.

Intento aparentar naturalidad cuando llega Mario. Le pregunto cuatro tonterías del trabajo y le pido que hable con Sara; quiere irse a pasar el fin de semana con sus amigas y no me parece buena idea, son demasiado jóvenes para estar solas y seguro que irán con chicos.

Después de cenar, recojo la cocina y me siento en el sofá a ver la tele, como siempre, aunque no me concentro en lo que veo: mi cabeza está en otro sitio. Sara está en su habitación; enfadada conmigo por lo del fin de semana, y él leyendo en su lado del sofá. Evito mirarlo, porque no puedo hacerlo sin imaginármelo con ella en la cama. Supongo que le hará todas las cosas que yo no le he hecho nunca; no se puede decir que nuestra vida sexual haya sido una fiesta, al menos si la comparo con lo que cuentan las madres del colegio de Sara.

Otros días a estas horas ya estoy en la cama. Siempre me acuesto yo antes. Al rato, viene él cuando piensa que ya estoy dormida; en cambio, hoy espero para ver qué hace.

Si seguimos más rato en el sofá, se terminará el libro, pero no me muevo;

si le extraña, no dice nada y sigue pasando las hojas hasta que se levanta y me dice que se va a la cama. No me pregunta si voy yo también ni si tardaré mucho en ir, simplemente se levanta y se va a la habitación. Espero cinco minutos para no darle tiempo a que se duerma, me meto en la cama y me acerco a él. Le paso un brazo por encima, abrazándolo mientras me arrimo más a su espalda. Ahora mismo pagaría por saber lo que está pensando; en los años que llevamos casados, nunca he tomado la iniciativa en la cama; me tumbaba de lado y esperaba a que se acercara él. Si no me apetecía hacer el amor, me quedaba quieta y encogía las piernas pegándolas a mi pecho, eso bastaba para que me dejara tranquila. Esta noche es al revés, me da la sensación de que estoy abrazando a un muerto, por lo que lo libero de mi abrazo y me doy la vuelta dándole la espalda.

Cuando nos encontramos por la mañana en la cocina me pregunta si me acosté muy tarde, dándome a entender que cuando me fui a la cama ya estaba dormido. Si tenía alguna duda, se esfumó anoche; ahora sé que se acuesta con esa mujer, esa puta teñida y flaca a la que voy a ver dentro de un rato.

Se despide con un beso; es apenas un roce de sus labios en mi boca. En cuanto sale por la puerta, me visto deprisa y salgo disparada hacia casa de la madre de Irene.

IRENE

No puedo creerme la suerte que he tenido, ahora tendré que seguir implorando a los dioses que no me abandonen. Si Natalia, después de conocer a mi madre, decide quedarse, podré decir que soy afortunada. De camino a su casa voy pensando en cómo se lo voy a plantear y no va a ser fácil, sé que no va a querer, siempre dice a todo que no, sea lo que sea. No soy una hija ejemplar, aunque ella se lo ha buscado.

—Hola, soy yo, no te asustes.

Cierro la puerta con el pie, tengo las manos ocupadas con las bolsas de la compra. Las dejo encima del mármol de la cocina y vuelvo a llamarla sin obtener respuesta. Mala señal.

Enciendo la luz del comedor y la veo sentada en el sillón con las persianas bajadas.

—¿Qué haces aquí a oscuras?

No contesta, se limita a ignorarme. Yo actúo como si no pasara nada; levanto las persianas, abro las ventanas y enciendo la tele.

—Bueno, mucho mejor así. Voy a prepararte la comida, ¿qué te apetece?

Como sigue sin hablar, me voy a la cocina a guardar la compra, parloteo sin parar en voz alta para que me escuche, aunque hablo yo sola, porque ella sigue muda. Debe de estar cansada de escucharme, porque grita enfadada.

—¡Deja de hacer ruido, la cabeza me va a explotar! ¡Ya te dije ayer que no tengo hambre!

—Pero eso era ayer; si no has comido nada, tendrás hambre.

Le digo esto sabiendo de sobra que no está sin comer, aunque lo que yo le preparé sigue intacto en los platos, ni siquiera ha retirado el papel de plata para saber qué era. Puedo verla pellizcando la barra de pan que he encontrado en el armario de los productos de limpieza y que ha escondido para evitar que la vea por la mitad. En el fondo del cajón de los paños de cocina, encuentro un paquete de papel de plata con las cáscaras del melón que se comería con el pan, mal cortadas, porque con una mano sola no podría hacerlo bien, junto con el envoltorio de una tableta de chocolate hecho una bola. El cubo de la basura está vacío. Debería salir y tirarle los restos del banquete a la cara; sin embargo, hago como si no hubiera visto nada. Ahora no puedo empezar una guerra con ella. Si no tuviera la escayola en el brazo sería diferente, pero no puedo dejarla sola sabiendo que necesita ayuda.

Me pregunto por qué tendrá este carácter. Está amargada, no disfruta de nada, ni siquiera de su nieta; a veces pienso que no la quiere, que se avergüenza de ella porque no está bien. La he visto mirarla cuando piensa

que no la veo. La mira como si mirara a un cachorro al que han dejado tullido después de darle una paliza.

Vuelvo al comedor, donde sigue inmóvil. No me atrevo a decirle que he buscado ayuda para cuidarla.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

No contesta ni me mira, es su manera de demostrarme que está enfadada, aunque no tiene ningún motivo para estarlo. Envidio a mi hermano, su despreocupación, que le dé igual si su madre está bien o mal, que pueda llevar una vida alejado de ella sin tener remordimientos por ello. Claro que ella no se merece otra cosa. Jaime no ha sido capaz de perdonarla, lo que no sé es si ha sido capaz de olvidar; por su actitud con ella, pienso que no.

La dejo sola y voy a hacer la cama, y aunque llevo años viéndolas no deja de sorprenderme la cantidad de fotos que hay en su habitación. Multitud de marcos llenan las paredes sin dejar casi ningún hueco libre. A pesar de la abundancia de ellas, si las miras no puedes adivinar una vida detrás. No me había parado a observarlas con detenimiento; ahora me doy cuenta de que no hay ni una foto de Clara, tampoco mías ni de Jaime. Todas son de ella con mi padre, vestidos de fiesta; ella con un maquillaje excesivo propio de los escenarios, mi padre con un traje de tela brillante que compite con el brillo de los ojos de mi madre.

Las imágenes están ordenadas empezando por las más antiguas hasta llegar a las más actuales, y acaban en el año en que dejaron de actuar. Me da cierta pena ver las de los últimos años: la ropa se ve antigua, pasada de moda; a mi padre le aprieta la chaqueta del traje y, aunque es imposible, me parece que noto el olor a la loción para después del afeitado que se ponía siempre, junto con el que adquiere la ropa después de muchos usos; un olor a alcanfor y a cerrado.

Me recuerdan a las grandes estrellas que no supieron retirarse a tiempo, y aunque la relación con mi madre no es buena, no puedo evitar sentir tristeza por ella, porque las únicas veces en que la he visto feliz han sido los veranos

que íbamos de un *camping* a otro en una caravana vieja. Si pudiera regresar atrás en el tiempo, volvería sin dudar al momento de verla vestirse y maquillarse antes de salir a cantar en aquellos escenarios pequeños y mal iluminados. Mi madre parecía otra persona; estaba contenta, me dejaba ayudarla a ponerse la ropa, ropa que a mí, desde la inocencia que da la corta edad, me parecía digna de una estrella de cine. Eran los únicos momentos en que no tenía que robarle los abrazos; se dejaba abrazar y correspondía apretando mi cuerpo pequeño mientras me levantaba del suelo y daba vueltas conmigo; no estaba rígida, como cuando yo salía del colegio y me lanzaba corriendo a unos brazos que parecían de hierro y que ella solo levantaba para separarme enseguida. No se me borra ese recuerdo; por eso pienso que me gusta tanto abrazar a la gente que quiero. Mi padre fue bueno con nosotros. Aunque era cariñoso a su manera, evitaba el contacto físico; tal vez tantos años con mi madre hicieron que fuera más despegado.

El rato que estaban actuando, Jaime y yo éramos libres; solo teníamos que estar atentos para salir corriendo desde dondequiera que estuviésemos al escuchar la canción que cerraba el *show* para poder llegar a tiempo de sentarnos delante del escenario. Cuando crecí, ya no me gustaban esos veranos; cada vez venía menos gente a ver el espectáculo, que había quedado obsoleto, y cada vez costaba más hacer amigos. Ya nada era igual. Recuerdo la adolescencia como la peor etapa de mi vida. Llegué a sentir vergüenza al ver a mis padres disfrazados, porque esas ropas que antes me habían parecido fascinantes, ya me resultaban patéticas.

Hacía mucho tiempo que no recordaba esa etapa, y siento una inmensa pena por Jaime; quizá la memoria a veces sea selectiva y decida dejar atrás episodios que no debieron ocurrir nunca.

Abro el armario para coger unas sábanas limpias y me asusto cuando tiro de ellas y cae al suelo algo que parece un animal. Doy un salto hacia atrás, pero el bicho no se mueve; le doy con el pie y veo que es una peluca. Me agacho para recogerla y la observo. ¿Qué hace aquí esta peluca? No la había

visto nunca.

Salgo al comedor, me planto delante de mi madre y agito el montón de pelo sintético delante de ella

—¿Esto qué es?

—¿Tú que crees?

—Ya sé lo que es, te pregunto que para qué la quieres.

—Para ir al juicio. —Se le ilumina la mirada al decirlo. Su semblante cambia por completo; ya no está enfadada, ahora tiene un plan. Hasta que llegue ese momento, vivirá preparándose para el gran día.

—Ni siquiera sabes si habrá juicio; además, deberías dejarlo correr.

—Sí que habrá juicio, me lo dijo el policía cuando fui a poner la denuncia.

—¿Y para qué quieres una peluca?

—No quiero que me reconozca ese tiparraco; me da miedo que después me haga algo.

—Precisamente por eso deberías dejarlo estar.

Le explico esto sabiendo que nada de lo que le diga la hará cambiar de parecer. Me quita el matojo de pelo de las manos y lo peina con los dedos, ignorándome.

Paso la hora siguiente ordenando la casa y mirando el reloj continuamente, porque temo el momento en que llegue Natalia; no me he atrevido a decirle nada a mi madre y ahora creo que no ha sido buena idea, debería haberla preparado. Me temo que formará un espectáculo delante de ella.

Ahora es tarde, ya no hay tiempo. Suena el timbre y voy a abrir la puerta.

3. CURIOSIDAD

Curiosidad: Deseo de saber o averiguar alguien lo que no le concierne. Vicio que lleva a alguien a inquirir lo que no debiera importarle.

Me quedo unos momentos delante de la puerta, sin atreverme a tocar el timbre. ¿A qué estoy jugando? Esto no es una buena idea. Podría irme a casa y decirle a Mario que he descubierto que me engaña, aunque lo niegue, por su reacción lo sabré; lo conozco bien, al menos eso creía hasta hace nada. Sin embargo, veo que mi brazo se estira hacia delante para apretar el interruptor y enseguida me doy la vuelta con la intención de marcharme, pero no he llegado a la escalera cuando oigo la voz de Irene.

—Natalia, ¿llevas mucho rato esperando? No he oído el timbre hasta ahora.

—¡Oh! Sí, pensaba que no había nadie.

—Pasa, por favor.

Se hace a un lado y entro en el piso diciéndome que no pasa nada, que mañana no volveré; esta noche hablaré con Mario y afrontaré lo que sea que me diga, pero no seguiré con esta comedia.

La sigo por un pasillo estrecho hasta llegar a una sala. La decoración es antigua, propia de una persona mayor. Es una estancia muy pequeña, apenas hay sitio para dos butacas y una mesa, donde descansa una televisión demasiado grande para el poco espacio que hay. En medio de las dos butacas, una mesa camilla cubierta con un mantel. Irene me pide que me siente mientras va a buscar a su madre. Está nerviosa, o al menos es la impresión que me ha dado; no para de moverse y de hablar, y se la ve insegura, como si fuera una niña que ha hecho algo malo y teme que su madre la riña.

Me siento en el filo de una de las butacas y echo un vistazo a mi alrededor para ver si así puedo hacerme una idea de cómo es la mujer a la que se supone que voy a ayudar durante las próximas semanas, y digo «se supone» porque cada vez estoy más convencida de que no volveré.

Muchos objetos de decoración antiguos y fotos enmarcadas abarrotan la habitación; sobre la mesa camilla, una pila de revistas del corazón; encima de la tele, que me parece un monstruo acostumbrada a la de casa de apenas unos milímetros de grosor, una colección de gatos de cerámica. La ventana está llena de plantas muy bien cuidadas; de uno de los tiestos cuelgan hacia dentro unos prismáticos, que quedan suspendidos a unos palmos del suelo.

A pesar de que Irene ha cerrado la puerta, puedo oírla discutir con su madre; no entiendo lo que dicen, pero el tono no deja lugar a dudas. Me levanto andando de puntillas y me acerco a la puerta, hasta donde estoy llegan palabras sueltas que no es difícil interpretar: abandonada, no tengo dinero, egoísta, sola, ocupada...

Cuando dejan de discutir, corro a sentarme y reparo en una foto enorme que hay colgada en la pared de detrás de las butacas y que no había visto; es más bien un póster. En él se ve a una mujer cantando y, detrás de ella, a un hombre tocando el órgano. A los pies del retrato, escrito en letras doradas, se puede leer «Carta Blanca». ¿Será la mujer de la foto la madre de Irene?

Me siento justo cuando se abre la puerta.

—Perdona por la espera, mi madre no tiene un buen día. Estar con el brazo así la pone nerviosa; ella es muy independiente.

Me pide que la siga hasta el comedor. Al entrar, veo a una mujer sentada en el sofá. La edad que aparenta no casa con la ropa que lleva ni con la decoración pasada de moda. Debe de tener sesenta y pocos años; en cambio, viste mucho más moderna que yo.

Lleva unas mallas de color chocolate que esconden unas piernas delgadas; en la parte de arriba, una camisa sin mangas abotonada delante y con mucho vuelo. El pelo, muy corto, de color caoba y peinado de punta, deja al

descubierto unos pendientes largos de color dorado, y lo que más me sorprende son unas sandalias de plataforma, también doradas, como los kilos de bisutería que luce en los dedos y en las muñecas. Está muy bronceada, igual que su hija, aunque no se parecen físicamente.

Irene me explica las tareas que tendré que desempeñar: hacer la comida y dejar la cena preparada, ayudarla a vestirse, acompañarla a comprar. Se la ve apurada, como si en vez de estar contratando a alguien para hacer un trabajo estuviera pidiendo un favor; en cambio, la madre parece encantada de contar con ayuda a pesar de que hace un momento habría jurado que no, por su tono de voz.

Cuando Irene termina de hablar, su madre me ofrece un café, que rechazo.

—Bueno, pues creo que no me he olvidado de explicarte nada. ¿Podrás empezar mañana?

Mi intención es decirle que no, que no podré empezar ni mañana ni pasado mañana, porque no tengo intención de volver a verla ni a hablar con ella, porque cada vez que la miro me la imagino enredada en las piernas de Mario, en la cama, y pienso en que se ha cargado mi matrimonio. Pero lo peor de todo es que estoy dolida por el engaño, pero no siento dolor porque Mario ya no quiera estar conmigo ni porque se acueste con ella, a lo mejor es porque a mí no me importaría estar sin él. Debería estar derrumbada, triste, hundida; en cambio, solo siento rabia porque mi marido es feliz con otra mujer.

—Supongo que sí —me oigo decir; estoy deseando salir de aquí, no puedo estar más rato compartiendo espacio con ella.

—Entonces, vamos un momento a mi casa, te daré mis llaves y así no tendrás que llamar.

Me despido de la madre, que me sonrío y hace un gesto con la cabeza; en cambio, la despedida con su hija es mucho más fría.

Me parece mentira estar montada con ella en el coche, aunque me mata la curiosidad de saber cómo es su casa y si encontraré algún rastro de Mario en ella. Es un coche pequeño y cada vez que cambia de marcha me roza el brazo

sin querer; siento repulsa y la tensión por mi parte es notable.

—Siento que estés incómoda, mi madre es un poco especial. Si mañana no quieres venir, lo entenderé.

—No es por tu madre.

Por fortuna, las palabras se me quedan atascadas en la garganta; ya tendré ocasión de decirle lo que pienso de ella. No quiero meter la pata y tengo que estar segura antes de hablar.

—Me quitas un peso de encima. Si necesitas hablar con alguien, soy muy buena escuchando.

—No es nada importante.

Hacemos el resto del trayecto en silencio, y cuando me veo subiendo la escalera con ella para ir a su casa pienso que he perdido la cordura.

—Hola, ¿Clara? —grita—. No ha llegado. Pasa, no te quedes en la puerta.

La sigo hasta el comedor, donde deja caer el bolso encima del sofá mientras se quita los zapatos. Me pide que espere un momento, que va al lavabo. Cuando me quedo sola, miro a mi alrededor deprisa; no sé cuánto tardará en salir y tengo curiosidad por ver la casa, como si así pudiera descubrir cómo es su dueña.

En el recibidor, detrás de la puerta, un perchero con montones de bolsos colgados: grandes, pequeños, de paja, de piel, de fiesta. Si cuento los que he tenido yo a lo largo de mi vida, no llegaría ni a la mitad de los que estoy viendo.

Si no fuera porque sé dónde estoy, juraría que me habían llevado a esa tienda sueca de muebles que a mí no me gusta nada. La pared que queda detrás del sofá está cubierta por completo de fotos, aunque carecen de marco, están pegadas directamente en la pared, pero no están colocadas sin ton ni son, o al menos esa es la sensación que me da. La composición queda perfecta. No me acerco a mirarlas, no quiero que me encuentre curioseando cuando vuelva.

Los libros ocupan la mayoría del espacio, los hay por todas partes. Los

objetos de decoración parecen sacados de un mercadillo, cosas antiguas que no me sorprendería encontrar en un contenedor y que no tendría nunca en mi casa conviven con los libros en perfecta armonía. Sin embargo, un ramalazo de rabia me roza por un momento, porque reconozco que, me guste o no, esta casa parece un hogar, un sitio donde se vive y no el piso piloto de un edificio recién terminado como parece el mío. La casa está limpia, no hay pelusas en los rincones, como había imaginado, aunque sí un poco de desorden.

—Voy a buscar las llaves.

Desaparece de nuevo por una puerta que, por lo que puedo ver desde aquí, debe de ser su habitación. La oigo abrir y cerrar cajones para salir y volver al recibidor.

—No las encuentro, pero no quiero darte las mías por si las necesito.

Dice esto mientras rebusca en los bolsos que hay en la entrada. Yo sigo de pie en medio del comedor; me siento como una intrusa, como si la que estuviera engañándola fuera yo a ella y no al revés. En cierto modo, es así; ella no me engaña a mí porque no me conoce, en cambio, yo debería haber sido más valiente y haberle preguntado directamente en vez de estar haciéndome pasar por otra persona.

—Aquí están —dice agitando un manojo de llaves que trae en la mano—. Siéntate, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias, tengo que irme.

—Como quieras. Espera un momento, te pagaré ya la primera semana y así me lo quito de encima.

—No hace falta, mejor cuando termine.

Hace un gesto con la mano y vuelve a la habitación; supongo que es una manera de asegurarse de que al menos terminaré la primera semana. Mañana vendré y dejaré el dinero en el buzón.

—Mamááá.

Debe de ser su hija. Qué mala suerte, no puedo estar más nerviosa.

—Estoy aquí —la oigo gritar desde la habitación. ¿Por qué se hablarán a

gritos cuando entran en casa?

Trato de imaginar cómo será la hija; será la típica adolescente con la ropa demasiado corta y estrecha y los labios pintados de rojo para poner morritos para las fotos.

No tardo mucho en descubrir que me he equivocado por completo.

—Hola.

—Hola —contesto.

Ante mí tengo a una chica que no tiene nada que ver con lo que había imaginado. Viste un pantalón corto tejano y una camiseta holgada, el pelo moreno y rizado recogido en una coleta y ni rastro de maquillaje.

—Clara, cariño, qué tarde has llegado —dice mientras la abraza.

—He ido a recoger tu vestido.

—Ya no me acordaba. Esta es Natalia, una amiga, y está es Clara, mi hija —dice presentándonos mientras saca un vestido negro de la bolsa que le ha dado su hija.

Cuando la oigo decir que soy una amiga, siento ganas de vomitar. Cojo el dinero que me tiende y me despido de ellas argumentando que tengo prisa.

—Espera un minuto, tengo que salir con el coche y te acerco en un momento.

—No hace falta, de verdad, no te molestes.

—No es molestia, tengo que ir a casa de una amiga a buscar un collar, que esta tarde tengo una cita.

Se sienta en el sofá para cambiarse los zapatos y, mientras tanto, observo a su hija, que está tratando de desatarse la hebilla del cinturón, aunque no puede, y me doy cuenta de que sus movimientos son lentos y torpes. Como ve que no puede, desiste y empieza a desatarse las bambas despacio; al mirarla, me recuerda a Sara cuando era pequeña y aprendía a atarse los cordones practicando una y otra vez mientras sacaba la lengua al hacerlo. No sé qué le pasa, pero me doy cuenta de que le cuesta mucho hacer las cosas.

Salimos de la casa y, aunque no quiero montarme en el coche con ella, no

me queda más remedio; no puedo rechazar el ofrecimiento si no quiero llamar su atención, acabo de decirle que tengo mucha prisa.

—¿Adónde quieres que te lleve?

Le doy el nombre de un centro comercial que queda lejos de mi casa con la excusa de que tengo que hacer la compra. Tras unos instantes de silencio, suelta una frase de sopetón que no viene a cuento.

—Clara no está bien, tuvo un tumor cuando era pequeña.

—¿Cómo dices?

—Digo que Clara no está bien, te he visto mirarla.

Noto que el rubor me enciende las mejillas y me siento violenta al escuchar el tono de reproche en su voz.

—No, por favor, me has interpretado mal; la he mirado intentando encontrar algún parecido contigo, porque no se parece en nada a ti. Debe de haber salido a su padre.

Le digo esto aprovechando la oportunidad de descubrir si está separada o también le pone los cuernos a su marido.

—Clara no tiene padre.

Debo de poner cara de boba, porque Irene suelta una carcajada y enseguida vuelve a ser la mujer afable de hace un rato.

—Sí tiene padre, no pensarás que nació de un huevo. Soy madre soltera, no quería un matrimonio de mentira como el de mis padres; no habría soportado hacer tan infeliz a un hombre como hizo mi madre a mi padre.

—Pero ¿el padre no se ocupa de ella? ¿No quiere verla?

—Fui a una clínica de inseminación precisamente para evitar eso. La quería para mí sola; si luego me separaba de su padre no soportaría tener que compartirla. Ahora pienso que me equivoqué; si me pasa algo, estará sola, y eso me martiriza.

Nos quedamos en silencio, un silencio que no rompemos hasta llegar al centro comercial,

IRENE

Me miro en el espejo y me veo bien. Estoy guapa, aunque está mal que yo lo diga. He puesto especial cuidado al arreglarme; esta cita es especial. Hoy voy a decirle a Mario lo que siento, aunque él lo sabe de sobra, igual que sé yo que él siente lo mismo. No soy ninguna mojigata, aunque con él es diferente; si hubiera sido otro, ya habría intentado acostarme con él, pero es tan prudente, y aunque me escribe unas cosas muy bonitas que no dejan lugar a dudas, también repite una y otra vez que a veces el tren pasa tarde. Hoy voy a decirle que hay más estaciones y más trenes. Apenas me habla de su mujer, pero ha dejado caer que su relación no es tan buena como debería; aun así, ha dejado claro que no va a engañarla nunca. Estar casado no debería ser un impedimento, no si me quiere como lo quiero yo. Ya no puedo estar cerca de él sin desear besarlo. Lo que empezó como una amistad se ha convertido en otra cosa. Nunca había sentido por nadie lo que siento por él, me sorprende a mí misma como una adolescente pendiente del móvil esperando un wasap en el que me diga cualquier cosa tonta que a mí me parece un mundo. Desde hace meses vivo como si anduviera por las nubes; no puedo evitar sonreír al acordarme de él y me siento tan llena que a veces pienso que voy a explotar.

Hemos quedado en una cafetería que hay cerca de mi casa, en la parte de arriba casi nunca hay nadie porque la gente en verano prefiere la terraza.

Llego antes que él y, mientras espero, reviso en el móvil lo que he escrito para darle a leer. Me da un poco de vergüenza, nunca le he dicho a ningún hombre las cosas que ahora releo.

Escucho pasos, levanto la vista y, al verlo acercarse, el corazón se me sube a la boca. Me levanto para darle los dos besos con los que nos saludamos al encontrarnos. Dos besos para saludarnos y un abrazo para despedirnos, un abrazo que cada vez dura más, y del que no me gustaría desprenderme. Me pregunto si abrazará así a su mujer; no lo creo, porque me transmite tantas cosas en ese gesto que es como si los necesitara más que yo, como si necesitara sentirse querido y, por qué no, deseado, y pienso que adónde irán

los abrazos perdidos, esos que no damos por rutina, por falta de tiempo, a veces por pudor. Me encanta cómo huele y la manera que tiene de rodearme con esos brazos fuertes que casi me hacen desaparecer dentro de él. Nos sentamos y hablamos de libros, de música y de proyectos y cosas que nos gustaría hacer. El tiempo a su lado vuela.

Le digo que tengo calor, que mejor salimos a pasear. Mi alegría se esfuma cuando me dice que tiene que irse ya, que ha quedado con su hija para ayudarla con un trabajo del instituto.

Lo acompaño al metro dando un paseo que alargamos dando un rodeo para tardar más en llegar.

—Quiero darte una cosa para que la leas, pero no quiero que te rías de mí, me da un poco de vergüenza.

—Tú no tienes vergüenza. Aunque imagino lo que has escrito; no hay más ciego que el que no quiere ver.

Le doy el móvil y empieza a leer mientras seguimos caminando en silencio. Me pregunto si habré hecho bien en desnudar mi alma de esta manera, pero ya no podía esperar más tiempo; nuestros encuentros me saben a poco y pienso que él siente lo mismo que yo. Cuando termina, me devuelve el teléfono y lo interrogo con la mirada.

—¿Qué? —le pregunto.

—Qué quieres que te diga. Que a mí me pasa igual, ya lo sabes.

—Entonces, ¿por qué cada día noto que hay más distancia entre nosotros? Cada vez me escribes menos y tomar un café contigo es misión imposible.

—Irene, estoy casado, ya lo sabes, y no voy a romper mi familia. Di mi palabra y no voy a faltar a ella.

—No te estoy pidiendo nada que tú no quieras hacer, no quiero forzarte a nada, me conformo con lo que tenemos ahora.

—El problema es que el que no se conforma soy yo, cada vez me cuesta más trabajo estar cerca de ti como un simple amigo. Hay que evitar la tentación y la única manera de hacerlo es que no nos veamos más.

Oír esto es un mazazo, no puedo pensar que no volveré a verlo.

—Prometo no vestirme tan escotada ni tan ceñida; aunque te parezca mentira, también tengo vestidos de monja —le digo sonriendo por romper la tensión, porque si no me echaré a llorar y no quiero hacerlo.

—No es eso y lo sabes.

—Yo no veo nada malo en tomar un café con un amigo —esto último suena como una súplica—, iremos a sitios donde haya mucha gente, nada de cafeterías escondidas.

—Esa no es la solución, lo sabes tan bien como yo. No habría nada malo en tomar un café juntos si no hubiera sentimientos. No podemos seguir alimentando una cosa que no llegará a ningún sitio, aunque ya sabes lo que siento.

Llegamos a la entrada del metro y nos detenemos. Él no hace ademán de entrar, la gente que entra y sale nos mira con fastidio, porque estamos en medio. Entonces me coge la mano y nos alejamos unos metros para no entorpecer el paso.

—Tengo que irme.

—¿Me escribirás? No me gustaría perder la relación que tenemos.

—Tengo que irme ya.

—¿Eso es un «no»? —No contesta y se frota los ojos con las yemas de los dedos; no quiero agobiarlo, así que decido no decir nada más—. ¿Me das un abrazo?

Abre los brazos, donde me refugio, hundo la nariz en su cuello para empapar me de su aroma; no quiero que cuando se vaya se me olvide su olor. Sé que por mucho tiempo que pase, si cierro los ojos podré verlo sin dificultad; dibujaré su rostro en mi memoria, pero el olor es diferente, lo reconocería entre miles de aromas, aunque es imposible sentirlo si no flota en el aire. Me gustaría detener el tiempo ahora para decirle todo lo que guardo para él.

Nos separamos, aunque ninguno de los dos se mueve.

—Vete ya, llegarás tarde —le digo.

Se acerca y vuelve a abrazarme.

—Perdóname —dice. Se separa sin mirarme y lo veo bajar la escalera del metro y perderse para siempre.

No he dado ni dos pasos cuando oigo el sonido de un wasap. Cuando veo su nombre en la pantalla, me desarmo y me echo a llorar, porque lo conozco y sé que no lo veré más. Cuando lo leo, constato lo que ya imaginaba; como siempre, me dice unas cosas preciosas, pero de qué me sirven si no podré estar con él.

Cuando me levanto por la mañana y me miro en el espejo, pienso en que no podré ir a trabajar. Tengo los párpados tan hinchados que casi no puedo abrir los ojos. No habré dormido ni dos horas, no he parado de llorar; cómo es posible llorar por un hombre al que ni siquiera he besado.

Oigo a Clara y corro a cerrar la puerta del lavabo para evitar que me vea. Los ojos me escuecen cuando les cae encima la lluvia de agua caliente que sale de la alcachofa de la ducha; aun así, no retiro la cara, como si al sentir el dolor físico el otro se hiciera más pequeño.

Me seco el pelo y lo dejo suelto para que me tape la cara. Evito mirar a Clara y ando de un sitio a otro de la casa para no encontrármela, un ligero beso en la mejilla de buenos días y desaparezco de su vista. Ella se prepara para salir; cuando está lista, entra a mi habitación para despedirse, hago ver que tengo prisa y me agacho metiendo la cabeza debajo de la cama, simulando buscar las sandalias.

—Me voy.

—Vale, nos vemos a la hora de comer.

La oigo salir arrastrando los pies, como anda ella, y al oír la puerta de la calle dejo caer la colcha que sujetaba con una mano y me siento en el suelo apoyando la espalda en el colchón. Estiro la mano para coger el móvil que dejé en el suelo y abro el WhatsApp. Nada. Ha leído todos los mensajes que

le envié, pero no ha contestado a ninguno, y aunque quiero levantarme para seguir con mi vida, sé que no será posible; nada será igual que antes de él, así que vuelvo a llorar.

La mañana en la librería se me hace eterna, no puedo apartar su imagen de la cabeza, su media sonrisa que me volvía loca, las cosas que me decía. No quiero llorar más, pero no puedo evitarlo; es como si hubiera abierto el grifo de la pena y se hubiera pasado la rosca que me permitía cerrarlo. No dejo de mirar el reloj. Los minutos parecen no pasar y no soy capaz de hacer nada bien.

Me limpio las lágrimas con las manos y llamo a mi madre.

—¿Sí?

—Mamá, soy yo.

—Ya veo.

—No voy a poder ir a verte esta tarde.

—Me extrañaba a mí.

—Estoy enferma, tengo fiebre y no puedo abrir los ojos, los tengo llenos de legañas; creo que tengo conjuntivitis. Cuando salga de trabajar iré al médico. —No me siento culpable por mentirle, porque no me veo capaz de ir a su casa.

—Entonces no vengas, que eso se pega —dice alarmada.

—Mañana te llamaré.

Cuelga el teléfono sin despedirse; es lo que hace cuando está enfadada conmigo, que es casi siempre; hoy, por ponerme enferma y no poder ir esta tarde a su casa. Su majestad necesita que estemos pendientes de ella en todo momento. Debería darle vergüenza hacer que sea yo la que le pague a Natalia; ella tiene dinero de sobra y sabe que yo voy justa.

Por fin la hora de cerrar, dejo una nota encima del mostrador para mi compañera del turno de tarde y me voy a casa.

Metó una *pizza* en el horno para Clara, porque no me veo con fuerzas para

ponerme a cocinar, y me siento en el sofá a esperar a que suene el timbre que me avisará de que ya está hecha. Mientras tanto, reviso el móvil de nuevo para descubrir que no hay nada, y aunque sé que no me escribirá nunca más, no puedo pensarlo, porque entonces siento que no podré avanzar, me quedaré estancada en esta existencia triste y gris sin ganas de nada, como estoy ahora. Si no estuviera Clara, me metería en la cama para no salir hasta que se me pasara esta pena que me ahoga.

4. ENVIDIA

Envidia: Tristeza o pesar del bien ajeno. Emulación, deseo de algo que no se posee.

Viernes. Ya ha pasado una semana. Cada día, al salir de esta casa, digo que no volveré, pero vuelvo porque no he descubierto nada. Mario está muy raro, llega muy temprano, pasa mucho tiempo con Sara, y cuando prepara la cena siempre hace algo que sabe que me gusta. Me da la sensación de que va a decirme que me deja para irse con la rubia teñida; me duele hasta decir su nombre.

Si quiere irse, no se lo voy a poner fácil.

No he vuelto a ver a Irene, su madre dice que está enferma. Hoy tengo que ir a cobrar a la librería, la madre se ha empeñado en que cobre por adelantado, porque dice que se queda más tranquila.

Es una mujer peculiar, se pasa la mañana sentada en el sofá, y aunque no sale de casa se arregla como si tuviera que ir a la ópera. Cada día el mismo ritual: la ayudo a vestirse, se maquilla con el brazo bueno, se llena de collares y pulseras, y después me pide que le ponga una cinta de vídeo. Las tiene numeradas; y desde el momento en que el aparato abre la boca para tragarse la cinta hasta que esta se acaba, ella no existe. Mira la pantalla mientras bebe una copa de vino blanco tras otra. Se sirve de una botella que me hace llevarle en una cubitera tan antigua como todo lo que hay en esa casa. Me sorprende que aunque se beba la botella entera el alcohol no le afecte.

Desde la puerta de la cocina puedo ver la tele sin que ella me vea. Todas las películas son iguales, pero de distintas épocas. Todas son del verano, cintas caseras, antiguas; ella joven y dos niños jugando en la piscina; otras veces en la playa, mientras saludan a la persona que está grabando. Deduzco

que la niña es Irene, aunque no se parece a ella; no era una niña agraciada. El niño es muy guapo, aunque se le ve tímido. La piscina no es siempre la misma. Cuando el cámara hace un barrido, se pueden ver al fondo unas caravanas, por lo que entiendo que las imágenes se han grabado en un *camping*. Después del baño, se hace de noche y el escenario es distinto, como la persona que graba. Por la calidad de las imágenes, ha debido de hacerlo uno de los niños. La cámara se mueve a un lado y a otro, a ratos graba el suelo y a ratos el cielo cubierto de estrellas.

En la pantalla, la madre de Irene canta mientras un hombre toca el órgano detrás de ella. Se mueve con gracia en el escenario y no canta mal.

Hay diez cintas de vídeo, una por año. Se acaban cuando los niños son adolescentes. A medida que van creciendo, van escondiéndose de la cámara; se les puede ver en la piscina, tumbados en la hierba mientras se tapan la cara o se dan la vuelta para evitar que los graben.

Tengo que interrogarla antes de que se siente en el sofá; después, está ausente. Cada día apago la tele cuando ya hace un rato que la pantalla ha quedado negra, aunque ella sigue con la vista fija en el aparato, como si la película no hubiera terminado.

No he descubierto mucha cosa, a pesar de que cuando no está viendo las cintas le encanta hablar y no le ha importado explicarme la vida de su hija. Dice que ahora no sabe con quién anda, aunque por lo que le ha escuchado hablar por teléfono con su amiga, piensa que con un casado. Me lo dice como si andar con hombres casados fuera normal.

Me despido de ella hasta el lunes, aunque no me contesta; no sé cómo puede ver lo mismo una y otra vez sin cansarse, debe de saberse de memoria el contenido de cada una de esas grabaciones.

Unos metros antes de llegar a la librería, saco del bolso el rasco de perfume de Mario, lo cogí esta mañana cuando se fue a trabajar. Me rocío las muñecas y el cuello; soy generosa con la cantidad que me pongo.

Antes de entrar, miro a través del escaparate, como siempre, y la veo de espaldas; aunque hoy me arreglé más de lo acostumbrado, siento que no estoy a la altura. Lleva un vestido largo que deja toda la espalda al aire, y aunque solo puedo verla por detrás, no me hace falta ver más para saber que la parte de delante, que ahora está oculta, será igual o mejor que la que estoy viendo ahora. Nunca he sido envidiosa, me he conformado con lo que he tenido; sin embargo, no puedo evitar sentir celos de esta mujer. Ahora, además, tendré que luchar contra este sentimiento que siempre me había parecido de personas inseguras, y no es una envidia sana, es de las malas, de esas que te corroen por dentro porque sabes que, por mucho que te esfuerces, siempre estarás por debajo.

Empujo la puerta y, a diferencia de los otros días, no se vuelve ni saluda. Me acerco al mostrador dejando un rastro de colonia a mi paso; me he puesto demasiada. Se vuelve antes de que llegue a su altura y puedo ver la decepción escrita en sus ojos al verme. Desde luego, no soy la persona que ella esperaba y me regodeo en secreto por el golpe maestro que acabo de dar. Me puse la colonia para ver si me decía algo al reconocerla, pero no esperaba lo que acaba de ocurrir; ha debido de pensar que era él.

—Hola.

—Hola. ¿Esperabas a alguien? —pregunto haciéndome la tonta.

—No, ¿por qué dices eso?

—Me dio esa sensación al verte, como si pensaras que era otra persona.

—Para nada.

—No quería venir a buscar el dinero, tu madre se empeñó.

—Ya me ha llamado y me ha dicho que te invite a comer, para agradecerte lo bien que te has portado.

—No hace falta, es mi obligación.

—Sí hace falta, no conoces a mi madre; si no te invito a comer, me lo reprochará hasta el día del juicio final.

No digo que no porque veo una oportunidad de oro para descubrir algo.

Mientras recoge las cosas, advierto que está más delgada, y lo de la conjuntivitis debía de ser verdad, porque tiene los ojos rojos e hinchados.

Nos sentamos en la terraza de un bar que está al lado mismo de la librería; dice que no tiene ganas de andar, que no se encuentra muy bien. Hay poca gente, aquí fuera hace mucho calor, pero no ha querido entrar, dice que tiene frío. Se sienta al sol; yo elijo la sombra.

Nos traen la carta, que ni siquiera mira, y cuando viene la camarera pide lo mismo que yo.

Ahora me arrepiento de haberle dicho que sí; no sacaré nada en claro, porque responde a lo que le pregunto con monosílabos. Sí o no, es lo único que dice.

Nos traen la comida y cada vez que me llevo el tenedor a la boca me llega el olor de la colonia, se me ha metido en la nariz y se me ha pegado a la garganta. Ella no come, juega con la comida paseándola de un lado a otro del plato.

De vez en cuando, se seca los ojos con la servilleta de papel.

—¿No estás mejor de la conjuntivitis?

—No, me lloran los ojos continuamente. ¿Cómo te ha ido con mi madre? Has sobrevivido a la primera semana, enhorabuena.

—Es una mujer muy correcta.

—Sí, con la gente de fuera es encantadora.

—No puedo decir lo contrario —digo y a lo mejor mi tono de voz ha sonado como un reproche hacia ella porque entonces se acerca a mí por encima de la mesa como si fuera a contarme un secreto.

—¿Ya has visto los vídeos? —dice bajito.

—Algo he visto cuando entro y salgo del comedor, no he podido evitarlo.

No sé por qué he contestado eso, no tendría nada de malo haberle dicho que he visto las cintas enteras; su contenido no es nada del otro mundo.

—¿No te ha hablado de Jaime?

—No.

Se levanta y se pone una chaqueta tejana que saca del bolso; es minúscula, no puede ser que le sirva, pero le queda perfecta. Es imposible que tenga frío, debemos de estar a más de treinta grados.

—Tengo frío —dice dándome una explicación que no le he pedido—. Desde hace unos días parece que habite dentro de mí la mismísima Reina de las Nieves.

La camarera se acerca y se lleva los platos; el suyo está lleno, no ha probado nada.

—Jaime es mi hermano, y la señora correcta que tú dices, que es mi madre, me hizo ir el mes pasado a su casa para enseñarme un sobre. Lo agitó delante de mí con aire triunfal y luego lo lanzó encima de la mesa y me pidió que lo abriera. Era su testamento. Ha desheredado a mi hermano, a su hijo. ¿Sabes por qué?

—No creo que debas contarme esto, son cosas íntimas —digo algo incómoda, porque aunque sea verdad, a ella le tengo tanta manía que tomaría partido por su madre sea lo que sea que haya hecho.

—Pues te lo voy a decir de todas maneras. Ha decidido que su hijo no se merece disfrutar de lo que le ha costado tanto conseguir porque no le presta la atención suficiente. ¿Te lo puedes creer? ¿A que no? Pues te aseguro que no hay otro motivo. Me dio asco ver la cara de satisfacción que ponía al decirme lo que había hecho. Le dije que más valía que se hubiera ahorrado el dinero del notario, porque pienso darle a mi hermano la mitad de lo que haya. Se volvió loca, se tiró al suelo y me dijo unas cosas horribles para terminar diciendo que iba a dejarles todo a los pobres, que ahora yo tampoco tendría nada.

»No se merece el hijo que tiene. Si yo fuera él, la habría enterrado en mi memoria, en un rincón bien escondido; la habría hecho desaparecer para siempre de mi vida para no volver a verla nunca más. Mi madre no es la mujer que aparenta, y aunque casi todos tenemos algo de lo que avergonzarnos, estoy segura de que ella piensa que no ha hecho nunca nada

malo. No me explico cómo puede levantarse cada mañana sin tener remordimientos.

Nos quedamos en silencio y vuelve a limpiarse los ojos. No sé qué cosa tan horrible será lo que dice que ha hecho su madre y no quiero saberlo, así que al ver aparecer a la camarera me siento aliviada. Se lleva los platos para volver enseguida con los cafés y la cuenta.

Abre el bolso, deja unos billetes para pagar la comida y me tiende un sobre con el dinero de la semana que viene.

No tengo ni idea de qué le pasa, pero no es la misma que conocí hace tan solo ocho días. No ha sonreído ni una sola vez, está como ausente y lo de que estaba enferma es un cuento, a quién pretende engañar. Está triste por algo, el lunes interrogaré a la madre. Nos despedimos hasta la semana que viene. Cuando se aleja, tengo la sensación de estar viendo a una mujer derrotada. Parece que no pueda con el peso del bolso; más que andar, se arrastra. Aun así, al pasar por la terraza de al lado, despierta la admiración en un grupo de hombres que hay sentados a una de las mesas y que la siguen con la mirada hasta que desaparece de la vista. Sin embargo, hoy no me da envidia, porque sea lo que sea lo que la tiene así, debe de ser muy gordo; no la conozco apenas, pero hoy la he visto muy tocada y deseo con todo mi corazón verla la semana que viene tocada y hundida.

Irene

Guardo silencio y niego con la cabeza mientras me limpio las lágrimas cuando el médico me pregunta si hay algún motivo para el estado en que me encuentro. Salgo de la consulta con una receta y un papel para pedir hora para una analítica. «Así sabremos el porqué de la caída de pelo y la pérdida de peso», me ha dicho y ha vuelto a recalcar lo importante de saber de dónde viene el problema para poder tratarlo. No se ha creído que no sepa lo que me pasa y me ha dado vergüenza decírselo, porque me parece ridículo. Mientras guardo cola para pedir hora, la gente me mira. No puedo parar de llorar, y

cuanto más me miran, más lloro; deben de pensar que acaban de diagnosticarme algo incurable.

Aunque me da vergüenza que me vean llorar, no puedo parar, no se me pasará hasta dentro de un rato.

Cuando llego a casa, saco las pastillas del bolso, abro las de la caída del pelo y me echo dos a la boca. Con las otras decido esperar; le he preguntado a la farmacéutica y me ha recomendado esperar a ver si mejoro, el tratamiento es para un año. Un año. Me da miedo empezar, no quiero depender de unas pastillas para poder levantarme por las mañanas. Me ha aconsejado buscar un sustituto natural de la serotonina. Debería haberle dicho que la que yo necesito tiene nombre propio, pero por desgracia para mí no está en el mercado.

Vuelvo a meter las pastillas en el bolso y me tumbo en el sofá. Cierro los ojos intentando borrar de mi mente las imágenes que no dejan de venir a visitarme. Lo veo entrando a la librería, sentado en la cafetería esperándome o abriendo los brazos para darme uno de esos abrazos que tanto echo de menos.

No puedo concebir que haya decidido desaparecer así. Entiendo su postura, pero no había necesidad de echarme así de su lado, como si estuviera muerta; como está él, muerto, desaparecido, ausente. A la pena de su ausencia tengo que sumar la de saber que ya no podré ponerme en contacto con él nunca más. No le ha llegado el último wasap que le envié hace días y pienso que ha cambiado el número. No había necesidad. Si me hubiera pedido que no le escribiera más, lo habría respetado, aunque todo es suposición, porque no tengo ni idea, igual está de viaje o se le ha estropeado el teléfono. De todas maneras, no me escribirá más, lo sé. Su ética no le permite saltarse las normas.

—Mamá.

—Estoy aquí.

Me incorporo deprisa para evitar que Clara me vea tumbada en el sofá.

Antes de que entre, me da tiempo a soltarme el pelo para ocultar la cara.

—Ya estoy aquí.

—Ya lo veo, ¿te piensas que soy tonta? —le digo imitándola, lo que le provoca una sonrisa.

—He ido a ver a la abuela.

No pregunto nada, no quiero saber nada de mi madre hoy, así que me voy a la cocina para preparar algo de comer.

—Me ha dicho que a ver si vas a verla, que tiene la nevera vacía.

—¿Y para qué se supone que le estoy pagando a una mujer?

Aunque esto último lo digo más para mí que para Clara, ella contesta.

—No sé.

No hay nada en la nevera, estos últimos días no he hecho nada más que trabajar por las mañanas y llorar por las tardes.

—Coge dinero de mi bolso y baja al bar de Isabel a coger lo que quieras, dile que luego le bajo yo el plato.

—Me da vergüenza, nadie se lleva la comida del bar en un plato.

—Está aquí al lado, no pasa nada. Si prefieres, cómprate un bocadillo.

—Tú nunca me dejas comerme un bocadillo a mediodía.

—Hoy es una excepción.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Celebraremos que me han renovado el contrato, he ido a firmarlo y por eso no he podido ir a comprar.

Clara no se mueve y, aunque es lenta para todo, no es ese el motivo de su inmovilidad; me mira y, sin necesidad de hablar, está diciéndome la frase que más utiliza cuando habla conmigo: «¿Te piensas que soy tonta?».

—¿Qué te traigo a ti?

—Nada. He comido con el jefe.

Cuando Clara se va, miro alrededor y veo la casa hecha un desastre: el cesto de la ropa sucia está hasta arriba, un montón de cartas sin abrir encima de la mesa del comedor, no hace falta pasar el dedo por encima de los

muebles para ver el polvo. Lo único que está ordenado es la habitación de Clara, y porque se encarga de hacerlo ella. En mi habitación todavía es peor: la cama sin hacer y un montón de pañuelos de papel arrugados encima de la mesita de noche. Debajo de la montaña de pañuelos, veo la esquina del libro que estaba leyendo. Nunca, ni en los peores momentos de la enfermedad de Clara, dejé de leer antes de irme a dormir; en cambio, ahora ni siquiera abro el libro.

Me recojo el pelo y veo en el vestido un montón de cabellos, abro el bolso y me tomo otras dos pastillas, a pesar de que no hace ni una hora que me tomé las primeras.

Me cambio el vestido por una camiseta vieja y un pantalón corto, y empiezo a limpiar. Enciendo la radio, pero tengo que apagarla; no hay ninguna canción que no me parezca triste y que no me recuerde lo que me ha pasado.

En cuanto Clara se va a casa de una amiga, me meto en la cama con la persiana bajada y la luz apagada.

Hoy no tengo más remedio que ir a ver a mi madre; si no lo hago, será peor. Llamo a Clara y le digo que comeremos allí.

Antes de llegar, paro a comprar algo de comida preparada; no tengo ganas de hacer nada y mucho menos de ponerme a cocinar. Entro en los chinos que hay debajo de su casa, cojo unas fiambreras de plástico y, cuando pago, le digo a la chica de la caja que si puedo cambiar la comida del recipiente de plástico de usar y tirar a los que acabo de comprar. Ella me mira y se ríe. Vuelvo a preguntarle, intentando hacerme entender por gestos. Como me dice que sí, cambio los macarrones y la ensalada de pasta, aunque estoy tentada de no hacerlo, porque el olor a plástico me tira para atrás cuando quito la tapa para hacer el cambio. Le digo que me he olvidado una cosa y cojo un rollo de papel de plata donde pongo las croquetas.

Cuando salgo, tiro en una papelera el rollo de papel de plata recién

comprado junto con los envases donde venía la comida; no quiero una guerra con mi madre por haber comprado comida preparada.

Le diré a Clara que coma croquetas, los macarrones que se los coma mi madre.

Antes de entrar, me prometo a mí misma que no entraré en sus provocaciones; me da igual lo que diga o lo que haga, la guerra se acabó. No estoy en condiciones, no sería una buena contrincante.

Abro la puerta y oigo el inconfundible sonido de la música que sale de la tele, ¿cómo es posible que vea esas cintas continuamente y no se aburra?

—Hola.

No contesta, debe de estar en trance.

—¿No ha llegado Clara? —insisto.

—¿Tú la ves?

—No, mamá, no la veo —contesto resignada.

—Entonces no ha llegado.

Antes de ir a la cocina a dejar la comida, cojo el mando a distancia que tiene en el brazo del sofá y bajo el volumen. No he dado ni tres pasos cuando ella lo sube y lo deja más alto de lo que estaba cuando entré.

Vuelvo al comedor y hago caso omiso de la música, preparo la mesa y le pregunto qué tal le va con Natalia.

—Muy bien, una muchacha muy diligente. ¿De qué la conoces?

—De la librería.

—Habla mucho, dice que está casada y tiene una hija de dieciséis años. Pero a mí me parece que es mentira.

No dice nada más. Espera que le pregunte por qué, y si no lo hago no dirá nada, aunque se muera de ganas de contarme lo que piensa.

—¿Y por qué va a ser mentira?

—Porque tu madre no es tonta y ya tiene una edad. —Baja el volumen de la tele, lo que quiere decir que le interesa mucho lo que va a decirme—. No hace más que preguntarme por ti, pero no cualquier cosa, solo le interesa si

tienes novio, ella dijo pareja. Si le explico otra cosa, cambia de tema hasta volver a los novios: los que has tenido, lo que te han durado... Pero lo que parece importarle más es si ahora estás sola o acompañada. Me di cuenta enseguida de que es lesbiana, aunque no me importa; mientras haga bien su trabajo, que se acueste con quien quiera. Debe de estar colada, porque es obsesivo; creo que piensa que no me doy cuenta.

Mientras escucho hablar a mi madre, una alarma se dispara en mi interior, aunque no sé por qué; no creo que Natalia sea lesbiana, y aunque así fuera, con decirle que no sería suficiente. Mi inquietud es por algo que no sé identificar.

Por fortuna, llega Clara y me salva de seguir a solas con mi madre. Abro la puerta, y cuando entra, le doy un abrazo demasiado largo, del que ella intenta zafarse.

—Mamá, quita, que me haces daño, qué calor.

Sin embargo, no la suelto y la retengo unos instantes más. Estoy tan necesitada de un abrazo...

Clara saluda a su abuela con un beso no correspondido; se queda inmóvil hasta que mi hija se retira. Entonces puedo ver que su cuerpo se relaja.

Miro a mi madre con todo el desprecio que soy capaz de concentrar en una mirada. Debería ser valiente y salir de aquí ahora mismo; en cambio, le pido a Clara que me ayude a servir la comida. Si me voy hoy, no volveré nunca más.

La repartimos en los platos y la calentamos en el microondas. Advierto a Clara de que no coma macarrones ni ensalada. Cuando me pregunta por qué, le acerco la fiambarrera a la cara. Ella sonrío mientras se tapa la nariz.

Le doy el pan y las servilletas para que los ponga en la mesa y la veo alejarse despacio, con esa forma de andar que me parte el alma. Cuando regresa a buscar los platos, la abrazo de nuevo. No puedo olvidar el desprecio de mi madre hacia ella cuando se ha acercado a darle un beso, como si fuera invisible o le diera miedo que le arrugara la ropa, igual que hacía conmigo cuando era pequeña.

—Mamá, ¿te pasa algo? —pregunta, aunque ahora no se separa de mí. Me devuelve el abrazo apretando con fuerza. Entonces soy yo la que la libera; no quiero que se preocupe.

—Qué va, que te quiero y a lo mejor debería decírtelo más. A veces hay personas que te hacen sentir invisible, como si no contaras para ellas; eso no debe importarte, porque yo te quiero más que a nadie, y tu tío Jaime te adora. Ya somos dos personas, y aunque te parezca poco, hay personas a las que no las quiere nadie. ¿Entiendes lo que te he dicho?

—Claro.

—¿Comemos ya? —dice mi madre.

Me asusto cuando la veo en la puerta; me mira con unos ojos fríos como el hielo. No sé cuánto tiempo lleva ahí, pero espero que el suficiente para haberme escuchado.

5. MIEDO

Miedo: Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario. Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea.

Otra vez viernes. A cada minuto que pasa, la decisión que he tomado me parece más tonta. Ya llevo dos semanas trabajando en casa de esta mujer y no he descubierto nada; bueno, nada de lo que venía buscando. De repente me siento cansada de esta farsa. En casa las cosas no están mejor, Sara está insoportable y se alía con su padre para ponerse en mi contra.

Mario está muy raro, ha pasado de mostrarse contento y de buen humor a estar como ausente; no puedo decir que esté enfadado ni que me hable mal, no es eso; es peor, es como una especie de hastío, como si todo le diera igual. La palabra que describe lo que siento es miedo, miedo de descubrir la verdad y tener que enfrentarme a una situación que me aterra, porque no sé cómo plantarle cara. Puede ser que ella le haya pedido que me deje y que esté buscando el momento de decírmelo; por eso evito a toda costa que nos quedemos a solas. He ido alguna tarde a la oficina de Mario, a espiarlo desde lejos; no he averiguado nada. Cuando sale, se monta en el coche y le pierdo la pista; ella, por las tardes, no está en la librería, así que sería absurdo ir allí.

Hoy debería sacar algo en claro. Aprovecharé cuando vaya a buscar el dinero, que estoy escondiendo en el fondo de un cajón, porque no puedo justificar su procedencia.

No me acostumbro a entrar en la librería como si nada, no soy natural, no puedo evitar escrutarla todo el tiempo como si observándola pudiera hacerle una radiografía de los sentimientos. Imagino miles de cosas que seguramente no tendrán nada que ver con la realidad. Puede que el motivo por el que ha

perdido peso sea porque está enferma; a ratos pienso que ha aparecido el padre de su hija y se la reclama, como pasa en los culebrones; aunque me haya dicho que fue una inseminación puede que me haya engañado, o puede tener problemas de dinero. Imagino tantas cosas... y seguro que ninguna es la acertada.

Una llamada al móvil me distrae de mis pensamientos. Cuando cuelgo, maldigo mi suerte: es Mario para decirme que hoy llegará más tarde, que tiene una reunión importante, precisamente hoy, que tenemos visita en el dentista con Sara. No puedo anularla para ir a ver si es verdad lo de la reunión, porque no tengo excusa para decirle a Sara que tengo que ir a otro sitio, porque la realidad es que nunca voy a ninguna parte, y al pensarlo siento pena por mí, por la mujer que soy y por la vida anodina que llevo, y aún le tengo más manía a la rubia teñida, porque si no fuera por ella, a lo mejor no lo habría descubierto nunca. Hasta hace nada, mi vida me parecía perfecta; en cambio, ahora, me parece estéril y vacía. Mi rutina no me pesaba, me bastaba con hacer la compra, tener la casa limpia y ordenada, acompañar a mi madre al médico y poco más. Ahora pienso en cómo podía llenar las horas sin que se me hicieran eternas, cómo podía parecerme bien esa existencia deshabitada de todo lo que no fuera rutina y cotidianidad.

Me despido de la madre hasta el lunes y voy a encontrarme con la hija, a buscar el sobre y a volver a compartir mesa con ella.

Me siento en el mismo sitio que la semana anterior; por la forma en que me mira, me invade una sensación de desconfianza, la misma que me impulsó a cruzar la puerta de la librería la primera vez para tratar de saber, de adivinar, de desear que todo hubieran sido imaginaciones. Pero cuando alarga el brazo para coger el vaso, el aire me trae ese aroma dulzón de la colonia que lleva, el mismo que descubrí en la camisa de Mario, el mismo que quedó prendido en su americana el día que los vi juntos y que después yo olí como un perro al que le dan la prenda de un desaparecido para que lo encuentre, y sé que no

son imaginaciones.

La escena es una copia de la del viernes anterior; traen la carta, yo pido, ella pide lo mismo que yo, y ahí está, removiendo la comida sin probarla. Está más delgada; sin embargo, no está demacrada; estaría guapa, si no fuera por la tristeza de sus ojos, que parecen dos pozos donde da miedo mirar por si te hundes en ellos y no logras salir al descubrir lo que esconden.

Mira el móvil continuamente aunque no suene. Por eso, cuando este emite un zumbido como si fuera una abeja y se desplaza por la mesa, casi tira el vaso por la prisa al ir a cogerlo; su cara de decepción me dice que no es la llamada que espera. Me siento una intrusa por estar escuchando una conversación ajena, aunque a ella parece no importarle. Es su hija, le dice *cariño* o *cielo* a cada momento mientras le da instrucciones. Cuando la conocí no me pareció que esa niña estuviera capacitada para preparar ninguna clase de comida, aunque sea abrir una lata y ponerla a calentar. Podría haberle dejado algo listo, es lo que habría hecho yo, pero claro, no debe de tener tiempo, porque lo ocupa todo en ir a comprarse ropa y acostarse con hombres casados.

Antes de colgar, le dice que la quiere y escucharla me hace pensar en cuánto tiempo hace que no le digo a Sara que la quiero, desde que era pequeña. ¿Y a Mario? No sabría decirlo, pero mucho también.

—Era Clara.

—Podría haber venido a comer con nosotras. —En esta frase va implícito un reproche—. A mí no me habría importado.

—Pero a mí sí.

No sé por qué ha dicho esto, por eso evito preguntar, por si no me gusta la contestación.

La camarera se acerca para preguntar si necesitamos algo; cuando se marcha, ella vuelve a tomar la palabra.

—Quiero que Clara sea independiente, que no dependa de mí para todo, que el día que no esté yo pueda valerse por sí misma, aunque tarde más que

nadie en hacer las cosas, pero que sea capaz de hacerlas.

El alivio me hace relajarme; pensaba que me diría que el motivo por el que no quería que viniera era porque había descubierto quién soy. Por un instante, me siento ruin por haberla tachado de ser una madre descuidada.

La incomodidad de los primeros encuentros no ha desaparecido, pero sí se ha difuminado; ha ido menguando y, aunque odio admitirlo, me gusta hablar con ella.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Me hace un gesto con la mirada que interpreto como un sí—. ¿Por qué tu madre ve continuamente esas cintas?

—Puedo decirte lo que pienso, lo que no quiere decir que sea la verdad. Con mi madre nunca hay nada seguro. Creo que es una forma de castigarse; la música era su vida, esperaba durante todo el invierno a que llegara la temporada de verano para ir de un *camping* a otro, uno diferente cada día de la semana. Julio y agosto para mi hermano y para mí eran el paraíso; dos meses de playa, piscina y nuevos amigos. Mi madre se transformaba, no le molestaba nada, estaba contenta y cantaba todo el tiempo; nos dejaba elegir la ropa que íbamos a ponernos y no se enfadaba por cualquier cosa, como ocurría durante el invierno. Era una persona totalmente diferente. Cuando crecí, me di cuenta de que tampoco era nada del otro mundo; se supone que lo que hacía en verano es lo que tienen que hacer las madres siempre, aunque no estén contentas, aunque vivan amargadas por estar atrapadas en una existencia que las ahoga, aunque no quieran a su marido... Los hijos no tienen la culpa, pero eso lo aprendí demasiado tarde. A medida que crecimos, empezaron a menguar los días de espectáculo y a la vez las muestras de cariño. Había grupos nuevos que gustaban más, aunque ella se negaba a aceptarlo y pagaba su mal humor con nosotros, y sobre todo con mi padre, al que culpaba en silencio.

»La otra opción es que es una forma de ser feliz por un rato, de evadirse y no pensar, de regresar al pasado, cuando todavía éramos una familia y cuando sus hijos la querían como quieren los niños, sin juzgar ni hacer preguntas. A

mí no me hace falta ver ninguna cinta para recordar el pasado; lástima que la memoria se empeñe en no separar lo bueno de lo malo. No hace distinciones, los recuerdos llegan sin avisar, a veces te los trae un aroma, una frase escuchada al azar, una canción...

»Si existiera una pastilla que te hiciera olvidar, ¿la tomarías? —pregunta—. Pero olvidarlo todo, lo bueno y lo malo; empezar de cero, como una persona nueva.

—No —he contestado deprisa, pero no tengo nada que olvidar; en mi pasado no hay dramas ocultos.

—Yo tampoco, porque ¿sabes una cosa? Aunque haya días en los que no me levantaría de la cama porque los recuerdos aprietan tanto que amenazan con ahogarme, no me gustaría olvidar los momentos felices, esos en los que parece que vas con unas alas cosidas a la espalda que te llevan tan alto que te cuesta respirar, esos en los que piensas que es imposible ser más feliz porque si no explotarás, esos en los que andas con una sonrisa instalada en la cara todo el tiempo, esos que casi siempre terminan más pronto que tarde.

No digo nada; tengo la sensación de que no habla de su infancia, que se refiere a algo más cercano en el tiempo. Me gustaría preguntarle a qué se refiere; en cambio, guardo silencio. No somos amigas, más bien, enemigas.

De repente, se me ocurre una cosa para saber si ha quedado con Mario.

—Quiero pedirte un favor.

—Dime; si puedo ayudarte, estaré encantada.

—El mes que viene tengo una boda y necesito comprarme algo; si no tienes nada que hacer y puedes acompañarme, hoy no trabajo por la tarde. Siempre va bien una segunda opinión. —Si me dice que sí, estoy perdida; no podré ir al dentista con Sara y no tengo ni idea de qué inventaré para que suene creíble mi excusa, aunque ahora esa es la menor de mis preocupaciones.

—Lo siento, esta tarde no puedo, ya he quedado. Me sabe fatal, pero no puedo cambiar los planes.

—No importa, llamaré a alguna amiga. —El tono de mi voz denota decepción; debe de pensar que es porque esperaba que me acompañara, no se imagina que el motivo es otro—. Hoy te invito yo.

—No, por favor, pagaré yo; es un trato que hice con mi madre.

—No tiene por qué enterarse —digo y la agarro por la muñeca, impidiéndole sacar el monedero. Entonces me mira primero a mí y después mi mano, que sujeta la suya, y me siento embargada por una sensación de irrealidad, como si fuéramos las actrices principales de una función.

—Está bien —dice soltando el monedero dentro del bolso a la vez que yo suelto su mano—, será nuestro secreto. —Otra vez vuelve a darme la impresión de que esto lo dice con segunda intención, aunque quizá es porque sospecho de todo.

Abro mi bolso y finjo no encontrar el monedero, voy sacando cosas que dejo encima de la mesa: una botella de agua, el móvil, un paquete de pañuelos, un neceser, las gafas de sol. Dejo para el final el reloj de Mario, el que me dejó esta mañana para que lo llevara a cambiar la pila; lo pongo bien a la vista, imposible que no lo vea.

—Aquí está —digo enseñándole el monedero. O es una actriz estupenda o no ha reconocido el reloj—. Hay que ver la de cosas que llevamos en el bolso.

Se levanta y, al mirarla, no sé por qué, me da pena; la víctima de esta historia soy yo, pero se ve indefensa, al menos es lo que me transmite.

—Tengo que irme, me están esperando y tengo que cambiarme de ropa. Nos vemos el viernes que viene.

Se aleja y me quedo allí un rato sola, pensando en que no se puede ser más patética, porque soy tan cobarde y tengo tanto miedo a que Mario me deje que no soy capaz de enfrentarme a lo que quiera que sea que ha pasado. Me resulta difícil aceptar que no sabría estar sola, pero no porque lo quiera tanto que no podría vivir sin él, esa etapa pasó hace muchos años —me atrevería a decir que no existió nunca— sino porque no me gusta la soledad. Debería

horrorizarme pensar que mi marido me engaña; en cambio, descubro que me duele menos de lo que debería. ¿Podré seguir con mi vida como si no hubiera pasado nada? De momento puedo y me temo que si sigo dejando pasar los días me acostumbraré.

IRENE

Son alrededor de las cuatro cuando llego a casa; todavía tengo tiempo de recoger antes de que llegue Jaime, aunque dudo que le importe el desorden. Empujo las sandalias con los pies debajo de la cama para quitarlas del medio, meto en el armario la ropa pendiente de plancha y cojo un montón de vestidos arrugados que hay encima de la silla de mi habitación y los pongo en el cubo de la ropa sucia. Tiro, sin ni siquiera ojearla, la propaganda acumulada encima de la mesa junto con las cartas que ha ido subiendo Clara del buzón. Abro la nevera y me asomo a su interior para descubrir que está medio vacía.

No me puedo creer que la casa tenga este estado de abandono. Me paso las tardes en el sofá sin hacer nada más que mirar el móvil continuamente, leo y releo los wasaps, aunque no haría falta, porque me sé de memoria lo que hay escrito. No he podido volver a la cafetería donde nos encontrábamos y, a pesar de que me parece una actitud infantil, no puedo hacer nada por superarlo. No hago más que llorar. Es como si en vez de ser él el que desapareció hubiera sido yo. No queda nada de la persona que fui, me temo que si sigo así me esfumaré para siempre; un día llegará Clara a casa y no estaré, aunque no me echará de menos, porque se habrá acostumbrado a mi ausencia, a verme como si fuera un elemento más de decoración, a ese estar sin estar. Vuelvo a llorar, porque pienso que mi hija no se merece tener una madre como yo; qué poca atención le he prestado estas dos últimas semanas.

—Mamá.

—Estoy aquí —digo repitiendo el ritual de cada día mientras me limpio las

lágrimas con la camiseta.

Trato de no mirarla a la cara cuando entra en el comedor; no quiero que me vea así, no sabría qué decirle si me preguntara. Se supone que estas cosas no pasan a estas alturas, con más de cuarenta, al menos no de esta manera tan bestia; debería ser al revés, ella es la que está en edad de sufrir decepciones amorosas, y aún me duele más si pienso que puede que no las tenga nunca. Cualquiera madre querría para sus hijos que no sufrieran por amor, que no se decepcionaran con sus amistades, que no les pusieran zancadillas en el trabajo; sin embargo, a mí me gustaría que le pasaran todas esas cosas, eso significaría que está viva. Siempre que tengo estos pensamientos, después me desprecio por ello. Clara es feliz a su manera, quién soy yo para juzgar qué clase de vida es la mejor.

—Toma. —Me tiende un helado medio derretido por el calor; el suyo no tiene mucho mejor aspecto.

—Gracias, qué rico —digo mientras chupo el chocolate que cae por el barquillo—. ¿Por qué no te has comido el tuyo?

—Quería que nos lo comiéramos las dos juntas.

—Siéntate —le digo mientras me siento en el suelo, apoyando la espalda en el sofá. A Clara le encanta sentarse aquí a ver la tele—. Este verano nos vamos a ir de vacaciones, al sitio que tú elijas, las dos solas.

—¿Al sitio que quiera?

—Sí.

—¿Del mundo entero?

—Del mundo entero —contesto, porque es tan predecible que sin necesidad de preguntarle sé lo que va a elegir.

Después de terminarnos el helado, nos quedamos en silencio. Clara es, junto con Jaime, la única persona con la que los silencios no me incomodan. Se tumba y me apoya la cabeza en las piernas para que le toque el pelo. Me gustaría quedarme aquí para siempre, así, con ella, sin tener que hacer nada más que estar juntas.

El sonido del timbre nos obliga a movernos.

—Ve a abrir, será tu tío.

Coloco en el sofá los cojines que tiramos antes al suelo y me giro cuando escucho la voz de mi hermano.

—Pero bueno, hermanita, ¿se puede estar más guapa? —Abre los brazos al acercarse y me refugio en ellos—. Irene, ¿qué te pasa? ¿Es Clara?

Niego con la cabeza mientras me pide que espere, se va a la habitación de Clara y desde aquí oigo que le dice que vaya a comprar unas cervezas y unas chuches de las que me gustan.

Al quedarnos solos, vuelve a preguntarme y me vacío explicándole el motivo de mi pena. Me escucha sin interrumpirme y luego me mira con esos ojos que conozco tan bien, y me siento fatal porque lo que acabo de contarle me parece una tontería comparado con la carga que veo en esa mirada.

—No puedo creerme lo que acabo de escuchar, no te reconozco. ¿De verdad estás así por un hombre con el que no has tenido nada?

Asiento mirando al suelo y sintiéndome ridícula, porque pienso que Jaime tiene razón. Si esto no me hubiera pasado a mí, me parecería increíble.

—¿Y el policía?

—Lo dejé cuando empecé con Mario.

—¿Cuando empezaste el qué?

—Nada, no empecé nada, pero ya ves, decidí serle fiel a un hombre al que ni siquiera he besado. Me parecía mal acostarme con otro hombre si iba a empezar algo con él; luego pasaron los días y no pasó nada. Bueno, sí pasó, me tocó el corazón como no lo habían hecho nunca antes, me alborotó por dentro y me desbarató el alma.

—No quiero que te enfades, pero me cuesta trabajo creer que lleves más de un año manteniendo una relación platónica, sin contacto físico. ¿Qué echas de menos entonces?

—Todo. Su sonrisa; la manera de mirarme; sus provocaciones; los abrazos, sobre todo; cómo me hacía reír; su voz; estar con él...

—Irene, mírate, podrías estar con quien quisieras.

—A la vista está que con quien quiero no.

Dejamos la conversación al escuchar el sonido de la puerta. Clara entra con su andar característico, como si le costara levantar los pies del suelo, porque son de plomo. Deja las cervezas encima de la mesa y me da una bolsa llena a reventar de nubes y fresones.

—Hazme una foto con tu madre, quiero ser la envidia de mis amigos.

Jaime me rodea los hombros con el brazo y me atrae hacia él. Posamos mirando al móvil y esperamos el fogonazo del *flash*, que tarda en llegar; Clara se toma su tiempo, como en todo lo que hace.

—Haz otra, por si acaso.

Volvemos a esperar y, después de un rato que nos parece interminable, le devuelve el móvil a Jaime.

—Pero Clara, solo sale tu madre; ya sé que ella es más guapa, pero así cómo voy a presumir de novia.

—Es que veo borroso, con este ojo no veo bien.

Se restriega el ojo tan fuerte que pienso que se arrancará las pestañas.

—Trae las gotas que están en el armario del baño.

Le pongo el colirio y miro a ver si tiene algo dentro, pero no veo nada.

—Tengo que salir a comprar algo para la cena, no hay nada.

—¿Y si pedimos unas *pizzas*? —dice Jaime.

—No se puede cenar *pizza* entre semana.

—¿Y quién ha dicho eso?

—Mi madre.

—Tu madre nunca le dice que no a su hermano. Enciende el ordenador, que ahora voy.

—Ven aquí —me dice Jaime mientras me abraza—. Dentro de nada esto te parecerá una tontería, te dará coraje haber dejado pasar los días como si tu única función fuera la de respirar para seguir viva. Él ya ha elegido, ahora elige tú volver a vivir.

Se va con Clara y me quedo sola, enfadada conmigo misma por lo tonta que estoy siendo.

A veces son las pequeñas cosas las que nos hacen reaccionar; al ir a sacar una Coca-Cola de la nevera, veo el calendario donde anotaba cada día infinidad de cosas. Es como si mi vida se hubiera detenido el 30 de junio; a partir de esa fecha, todas las casillas en blanco. El día 1 de julio, muerta; hoy es 14, ya han pasado dos semanas y sigo perdida. Tacho los días vacíos y, en la casilla correspondiente al 15, anoto en mayúsculas: «VIVIR».

Decido darme una ducha antes de cenar, abro el grifo, dejo que el agua me resbale por la piel y los oigo reír mientras preparan la mesa. A partir de esta noche, me propongo olvidar, y si no lo consigo, me conformaré viviendo sin ser feliz del todo, pero sin que lo noten los que están a mi alrededor; no es preciso que sufra nadie más. La vida es corta para andar tan triste, así no se puede seguir.

Durante la cena, Clara está más torpe que de costumbre. Tira el vaso al ir a cogerlo, se mancha la camiseta de salsa de tomate y no para de tocarse los ojos. Se queja de que le duele mucho la cabeza; debe de ser del calor.

Le doy una pastilla y le digo que se acueste en mi cama; hoy dormiremos juntas. Jaime se quedará en su habitación, demasiadas cervezas para conducir.

Después de recoger, me siento en el sofá al lado de Jaime, que está muy conversador, cosa inusual en él. Me cuenta cosas del trabajo, de sus conquistas, del viaje que ha preparado para este verano, y habla y habla sin parar. Hace un repaso de mi vida sentimental recordando todas y cada una de las parejas que he tenido, provocando alguna sonrisa al recordar alguna anécdota de la que ya ni me acordaba. Me sorprende su memoria, había algún hombre del que me había olvidado. Jaime es mi salvavidas, una tabla a la que agarrarse en medio del océano; somos tan diferentes, y sin embargo me entiende tan bien...

Le doy un beso de buenas noches y me voy a dormir sabiendo que no lo

haré; no hay ni una noche que duerma más de tres horas seguidas, por eso, cuando entra Jaime en mi habitación, estoy despierta. Lo oigo acercarse a la cama, me incorporo para preguntarle si necesita algo, pero no me da opción; pone un dedo en mis labios y con la otra mano me empuja hasta que quedo tumbada.

—Lo he encontrado —susurra en mi oído, y al escucharlo se me pone la piel de gallina y me da un escalofrío que me pone los pelos de punta.

Sale de la habitación y me quedo tumbada bocarriba, incapaz de moverme; no puedo cerrar los ojos, porque si lo hago veré al niño que fue, llorando, con la cara roja de rabia y los dientes apretados diciendo: «Cuando lo encuentre lo mataré».

Solo consigo moverme mucho rato después, cuando oigo que se cierra la puerta de la calle. Jaime se ha ido, pero me ha dejado algo para que mañana, al levantarme, no piense que ha sido un sueño.

En la nevera, encima del calendario donde hace tan solo unas horas yo anotaba el propósito de empezar a caminar de nuevo, hay un imán con forma de sol sujetando un DNI; es antiguo, de hace muchos años. Alargo el brazo para cogerlo y así ver la foto, aunque no me hace falta, porque ya sé a quién pertenece; por eso, al mirarlo, corro al fregadero, donde vomito la *pizza* y el helado. Me enjuago la boca y voy a buscar las pastillas que me recetó el médico y que me he negado a tomar. Saco las de dormir, en lugar de tomarme una, como me dijo, me pongo dos en la boca y las trago sin necesidad de agua.

Vuelvo a la cama y abrazo a Clara, que duerme; hundo la cara en su pelo, aspiro su olor y cierro los ojos pidiendo que las pastillas hagan efecto pronto y me ayuden a caer en los brazos de Morfeo.

6. RENCOR

Rencor: Resentimiento arraigado y tenaz.

Todas las mañanas, de lunes a viernes, me convierto en otra mujer, soy una embustera que engaña a su familia. Al principio me dolía el estómago, pensaba que iban a descubrirme, que me notarían en la cara que estaba esperando a que se fueran para salir corriendo por la puerta detrás de ellos; ahora me he acostumbrado y a veces pienso que se me escapará algún comentario que delate lo que hago cada día durante cuatro horas.

Hace un siglo que Mario y yo no tenemos relaciones. Antes me daba igual porque no sabía, no hay nada mejor para ser feliz que no saber, ignorar, hacer como que todo está bien; pero ahora sé y lo que sé tiene nombre de mujer, y no me gusta. Debo de ser masoquista por seguir yendo a casa de esa mujer; debería dejar de ir, hacerlas desaparecer de mi vida a la madre y a la hija.

Llevo veinte años casada con Mario. ¿Por qué, entonces, no soy capaz de preguntarle si es verdad lo que sospecho? ¿Qué le diría? ¿Que he encontrado un rastro de perfume en una de sus camisas? ¿Que lo he visto caminando con una mujer a la que no conozco mientras sonreían cómplices? Tengo tanto miedo a la respuesta que prefiero no preguntar.

Esta mañana, cuando se ha ido a trabajar, me ha dado un beso con el que apenas ha rozado mi mejilla, repite ese gesto desde hace semanas. Parece que tiene miedo a tocarme, evita el contacto conmigo igual que trata de no mirarme a los ojos.

¿Y yo? ¿Quiero que me toque? No. No soportaría el roce de sus manos pensando que han acariciado a otra. Así que aquí estamos, evitándonos todo lo que podemos, atascados en una situación que ninguno de los dos se atreve

a afrontar, aunque lo que más me duele es saber que si no fuera por nuestra hija, él ya no estaría conmigo.

No me quiere, al menos no como tiene que querer un hombre a una mujer, y por primera vez desde que tengo esta horrible sospecha me echo a llorar, porque me da pena de mí, pero me da más pena de él, porque tiene que ser horrible vivir conmigo cuando lo que más le gustaría sería levantarse cada mañana acompañado de ella.

Me limpio la cara con una punta del delantal cuando suena el timbre, aunque no tengo intención de abrir; estoy sola, se ha ido a la peluquería y me ha dicho que vendría tarde. Cuando vuelva, ya no estaré. Mejor, porque no me apetece escuchar otra vez esas cintas que no se cansa de poner.

Algunos días me hace ponerle una peluca y me pide que me siente enfrente de ella; entonces, empieza a hablar muy seria, siempre la misma historia: su versión de lo que pasó el día en que le rompieron el brazo. No deja de repetir *señoría* todo el tiempo, pero lo peor de todo es que cada vez que lo dice, yo asiento con la cabeza como dándole permiso para que continúe.

El timbre no para de sonar. Voy a abrir, por si hubiera decidido volver antes y no tuviera llaves. Es Irene, la última persona a la que me apetece ver.

—Hola, pensaba que no había nadie. Me olvidé las llaves.

—Tu madre no está, ha ido a la peluquería.

—La esperaré.

—Tengo el fuego encendido —digo señalando a la cocina.

—Tranquila, sigue con lo que estabas haciendo.

Muevo lo que tengo en el fuego mientras echo un vistazo al reloj. Media hora y podré irme. Me siento observada, me giro y la veo apoyada en el quicio de la puerta. Me mira como si tuviera visión de rayos x. ¿Se habrá dado cuenta de que he llorado?

Apago el fuego y me quito el delantal, lo que no evita que me sienta en inferioridad de condiciones, a pesar de que la ropa que llevo puesta sea mucho más cara que el sencillo vestido de algodón que ella luce combinado

con unas zapatillas deportivas y que le sienta tan bien.

—¿Ya has terminado?

—Sí.

La veo acercarse a mí y me quedo paralizada, se me ocurre que acercará la boca a mi oreja y me dirá: «Sé quién eres», igual que en las películas; sin embargo, no hace nada de eso, pasa por mi lado abre la nevera y saca dos latas de Coca-Cola. Me ofrece una, abre la suya y le da un trago largo.

—¿Alguna vez has tenido una etapa en la que pensaras que las horas tristes no se acabarían nunca?

—¿Cómo?

La pregunta me pilla desprevenida; no estábamos hablando de nada.

—Que si alguna vez has sentido que todas las horas eran igual de tristes y que las que quedaban por venir serían idénticas. Horas que se convierten en días en los que no encuentras ni un solo motivo para seguir viviendo.

—No.

—Entonces eres afortunada, pero permíteme que te diga que no te creo.

—Puedes pensar lo que quieras, no tengo motivos para mentirte —digo molesta.

—¿Estás casada?

—Sí.

—¿Quieres a tu marido?

—Claro.

—¿Y él te quiere?

—Supongo; si no fuera así, no estaríamos juntos.

—Te felicito. Te sorprendería saber la de parejas que siguen juntas por costumbre, mis padres fueron un ejemplo.

Cada vez estoy más violenta y no sé a qué se debe este tercer grado ni adónde quiere llegar con sus preguntas.

—¿Cómo fue tu boda?

—Una boda normal, como todas.

—Yo nunca he querido casarme, creo que ya te lo había dicho, pero si me casara, mi boda sería diferente, en una playa de arena blanca, debajo de un chamizo de cañas, descalza, con un vestido largo y vaporoso y sin joyas ni adornos, solo un pequeño ramo de flores rojas.

Nos quedamos en silencio, un silencio incómodo que solo rompe el sonido del motor de la nevera, que ella vuelve a abrir para sacar otra lata. La mía sigue llena; a pesar de que noto la boca seca, soy incapaz de llevármela a los labios; no quiero que vea el temblor de mis manos. Sin necesidad de cerrar los ojos, puedo verla en la playa feliz y radiante esperando al novio, puedo ver que el aire le mueve el pelo y ciñe el vestido a su cuerpo haciendo destacar sus formas perfectas, incluso veo brillar sus ojos de una manera tan intensa que por un momento me gustaría cambiarme por ella para saber qué se siente al ser tan dichosa.

—¿Has sacrificado alguno de tus sueños por dedicarte a tu familia?

—No, mi familia es lo más importante para mí.

—No te he preguntado eso, te he preguntado si has dejado algo en el camino, algo que te apasionara pero que no podías compaginar con tu vida familiar.

—Ya te he dicho que no —contesto seca.

—No te molestes, es que me cuesta creer que una persona no tenga ningún sueño por cumplir.

—¿Y quién te ha dicho que yo no los haya cumplido?

—Tienes razón, a veces damos por supuestas cosas que no son.

—¿Y tú? ¿Has cumplido los tuyos? —En este momento no me importa nada lo que vaya a decirme, es lo primero que se me ocurre para que deje de hacerme preguntas.

—Ni uno, no he tenido tanta suerte como tú. Los dioses no han dejado de ponerme zancadillas. Con eso no quiero decir que no haya sido feliz, he tenido momentos en los que pensaba que era imposible serlo más. He hecho lo que he querido con mi vida; cada cosa que hacemos tiene unas

consecuencias, aunque a veces no sean las que esperamos.

—Nunca es tarde, todavía eres joven —digo intentando que la confusión no se transparente en mi rostro; ha pasado de interrogarme a hablarme de ella, como si nos conociéramos desde hace mucho tiempo.

—A veces es más tarde de lo que pensamos. Qué cabrona es la vida, parece que se divierte al escribir el guion que después tendremos que interpretar; somos actores a sus órdenes. ¿Te has dado cuenta de que hay personas que pasan por la vida sin pena ni gloria? No les pasa nada, ni bueno ni malo; son los actores de reparto. Para los protagonistas tiene guardadas sorpresas que va dejando caer cuando menos te lo esperas, aunque si pudiéramos elegir, sin dudar ni un minuto, elegiría ser protagonista.

Hace una pausa y me mira, parece que está pensando si seguir hablando o guardarse para ella lo que sea que fuera a decirme, y opta por continuar.

—Tuve una relación que no salió bien y a pesar de lo que he sufrido después puedo decir que he sido afortunada por haber conocido esa clase de amor. Un amor tan grande por el que lo habría dejado todo exceptuando a mi hija. Un amor tan grande que sé que por mucho tiempo que pase nunca olvidaré, necesitaría otra vida y no sería suficiente.

El silencio cae sobre nosotras como cae el telón cuando se acaba la función. Tengo que procesar lo que me ha contado; parece que se le ha debido de pasar la pena si está tirándose a mi marido.

El canto del reloj de cuco que hay en el comedor rompe el silencio. Las doce, es mi hora.

—Tengo que marcharme.

No tengo ninguna prisa, Sara me avisó de que no vendría a comer, pero no me apetece estar más tiempo aquí, la cocina se me queda pequeña, me ahoga; además, estos encuentros me dejan agotada.

—Claro, vete, te he entretenido. Nos vemos el viernes.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta y por un segundo estoy tentada de volver a la cocina al oírla llorar, pero la tentación dura eso, solo un

segundo, y el rencor que siento me impide hacerlo. Salgo cerrando con cuidado y me pregunto si yo también tengo motivos para llorar. Me parece que no he hecho nada en la vida, lo único importante que he hecho ha sido tener a mi hija; después de eso, nada. ¿Por qué me importará lo que diga? Todo ese rollo de perseguir sueños... Mi sueño era casarme y tener una familia, ni más ni menos. Hasta hace bien poco, me parecía que lo había conseguido; ahora lo dudo.

IRENE

Me siento a esperar a mi madre en su butaca, esa en la que se pasa horas, como si el solo hecho de estar en su sitio pudiera hacerme comprender su actitud. Cojo el mando a distancia y le doy al *play*. La pantalla cobra vida y me hace regresar al pasado. Jaime y yo en bañador, riendo despreocupados, felices, como solo saben serlo los niños cuando la vida todavía no los ha golpeado.

Estamos en la playa, las olas nos revuelcan y salimos del agua desorientados, pero sin parar de reír. Nos tumbamos bocarriba en la orilla con los brazos abiertos, cogidos de la mano, esperando a ser arrastrados hacia dentro para ser vomitados por el agua al momento. Nos retiramos el pelo de la cara y nos caemos como si estuviéramos borrachos de felicidad.

Después de un rato, el objetivo de la cámara es testigo de una escena que a pesar del tiempo que ha pasado me duele ver. Corremos por la arena hasta llegar a las toallas, pero en vez de tumbarnos encima de ellas lo hacemos encima de mi madre, y a la cámara no se le escapa el gesto de desagrado de su cara, como si en vez de sus hijos le hubieran caído desde el cielo dos sacos de estiércol; nos aparta con la punta de los dedos, como si estuviéramos contaminados, y se libera de nuestro abrazo, se sacude la arena y se limpia el agua de los brazos y el escote. Ahora, en primer plano, los pies de mi padre, que baja la cámara; supongo que no le pasó inadvertida la actitud de su

mujer.

La escena cambia, es de noche. Mi madre canta mientras los focos la iluminan haciéndola parecer otra persona; en un segundo plano, como siempre, mi padre toca el órgano. Se le ve cansado, diría que resignado. Me levanto para acercarme a la pantalla y rebobino hasta que vuelvo a ver la cara de mi padre. Lo hago una y otra vez y creo ver una disculpa en su mirada por no haber sabido hacerlo de otra manera, por no haber dado un golpe encima de la mesa y haberle dicho a su mujer que se acabó.

Detengo la película y me siento en el suelo a observar a mi padre, acerco la punta de los dedos para tocar su cara y me doy cuenta de cuánto lo echo de menos.

Quito la tele, no quiero que mi madre me encuentre viendo las cintas; en realidad, no tengo ningunas ganas de verla, no sé por qué he venido. Me levanto para irme y en ese momento se abre la puerta como si un duende maligno hubiera estado escuchando mis pensamientos y quisiera desbaratar mis planes.

—¿Qué haces tú aquí?

Ni hola, ni cómo estás, ni qué raro que estés aquí. ¿Ha pasado algo? Simplemente, ¿qué haces tú aquí?

—He venido a verte.

—¿Cómo es que no estás trabajando?

—Mi compañera me ha pedido que le cambie el turno.

—¿La peruana?

—Elvia.

—La peruana —dice en voz baja, pero asegurándose de que la escuche.

Mi madre tiene la habilidad de sacarme de quicio en tiempo récord. No hemos intercambiado más que unas cuantas frases y ya me arrepiento de haber venido.

—Mañana es el juicio.

—No es un juicio, tendrás que ir a declarar y ya está.

—A mí me dijo el policía que sería un juicio. ¿Ahora vas a saber tú más que la policía?

—No, mamá, no pretendo saber más que nadie.

—Imagino que tú no podrás acompañarme.

—No. Tengo que ir a trabajar.

—Hoy no te ha importado cambiar el turno.

Más que decir la frase la escupe.

—Te acompañaré Natalia, para eso le pago.

No tenía que haberle dicho eso, no hay necesidad de recordarle que la que está pagando soy yo, aunque me cueste trabajo llegar a fin de mes; no quiero ser tan mezquina como es ella.

Va a cambiarse de ropa y me pide que le traiga la comida. Cuando salgo ya está sentada esperando. Le pongo el plato delante y me siento enfrente de ella.

—¿Qué? —dice mirándome.

—Nada.

—Si no quisieras nada no estarías ahí sentada, te conozco. No te olvides de que soy tu madre.

Me dan ganas de decirle que ojalá no lo fuera, y que las madres deberían poder elegirse, entonces ella no tendría hijos. En vez de eso, saco del bolsillo el DNI que dejó Jaime en mi nevera y lo arrastro despacio por encima de la mesa, como si estuviera repartiendo las cartas de una baraja, hasta dejarlo justo al lado de su mano.

Baja la mirada y le da un manotazo. El documento sale volando para aterrizar a mis pies y ella sigue comiendo como si tal cosa.

Me agacho para recogerlo y vuelvo a ponerlo a su lado.

—Lo ha encontrado.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Cómo puedes quedarte tan tranquila? ¿Sabes lo que eso significa? Es tu

hijo, ¿es que no te importa lo que pueda pasarle? No entiendo cómo puedes ser así, no quieres a nadie.

Su cara cambia de la indiferencia a la indignación; entonces me lanza el vaso, que se estrella en la pared haciéndose añicos.

—Haz el favor de no hablarme así, me debes un respeto —grita mientras se pone de pie.

—El respeto no se exige, se gana, y tú no te lo mereces.

A diferencia de ella, yo no grito, no tengo fuerzas ni ganas. Con ella, todas las batallas están perdidas, y aunque en este momento la desprecio, no puedo evitar sentir lástima cuando la veo de pie apoyada en la mesa con el brazo bueno aparentando indiferencia.

—Sal de mi casa y no te atrevas a volver nunca.

Salgo sabiendo que hoy se ha roto el frágil hilo que nos mantenía unidas.

Entro en casa y Clara no está. Le preparo algo para comer y me tumbo en el sofá a esperarla. Cierro los ojos. Me gustaría dormirme, porque cuando estoy dormida es como si estuviera muerta. Estar muerta debe de ser eso, no ver ni escuchar, no sentir, no pensar, no sufrir. Destierro esos pensamientos de mi mente, me dan miedo. Saco el móvil, lo miro y aunque sé que me hace daño vuelvo a abrir el WhatsApp para volver a leer otra vez todo lo que Mario me escribió. Si no tenía intención de llegar más lejos, ¿por qué me dijo tantas cosas? No entiendo por qué no podemos seguir como hasta ahora, me habría conformado con verlo y estar un rato juntos. Nunca le pedí que renunciara a nada. Debería pasar página, olvidarme de todo, como seguramente ha hecho él, y no estar aquí hecha un trapo sin ganas de nada más que de lo que no puede ser; pero no puedo y pienso que tendré que tomarme las pastillas, porque así no puedo estar. Vivir así no es vivir, es algo que se le parece. Lo peor es tener que fingir que estoy bien, tener que esconderme cuando me asaltan por sorpresa los ataques de llanto, hacer como que me importa lo que me explica mi compañera, cuando me es indiferente y de lo único que tengo

ganas es de gritarle que se calle.

Huyo de mis amigas, que no paran de reñirme por todo: por llorar, por no llorar y guardarme la pena —porque según ellas la pena hay que sacarla aunque no haga ni dos minutos que me hayan dicho que pare de llorar que eso no es bueno— por no olvidar, por no buscar un sustituto, por no tomarme las pastillas, por no querer ir a un psicólogo, por no llamarlo y proponerle un sitio y una hora para vernos, por...

Llamo a Jaime, pero salta el contestador; estoy preocupada por él. Le dejo un mensaje en el que le pido que me llame, dejo el móvil en el suelo y le doy un empujón para quitarlo de mi alcance; es la única manera de no estar mirándolo todo el tiempo. Por la ventana, entra el rumor de alguna conversación y el eco de unas risas, y siento envidia de esas personas, porque hace tantos días que de mi garganta no escapa una carcajada que me temo que si sigo así me olvidaré de cómo se hace.

Cuando oigo llegar a Clara me incorporo deprisa y me doy cuenta de que esta escena se repite demasiadas veces; es como si fuera del sofá no hubiera mundo.

Después de comer, nos vamos de compras; necesito salir y me apetece estar con ella. Además, es la única persona que no me hace preguntas. Cuando me ha visto llorar alguna tarde se ha limitado a traer una lata de galletas, de esas de mantequilla que sabe que me encantan, y sentarse a mi lado mientras va dándome una tras otra. Es lo único que me apetece comer; si no fuera porque hace más de un año que no tengo relaciones, pensaría que estoy embarazada. Me parece increíble un año de abstinencia, solo tengo cuarenta y dos años, ¿qué haré con todo el amor que guardo? ¿Y los besos y abrazos? Se quedarán perdidos, sin dueño. No debería haber abrazos perdidos, me parece muy triste tener tanto para dar y tener que guardármelo.

Hace mucho calor, pero en la tienda el aire acondicionado está demasiado fuerte, o eso me parece a mí. Entramos al probador cargadas de ropa y, al correr la cortina y verme reflejada en el espejo, la dejo caer al suelo y me

siento en el taburete que hay en un rincón. No reconozco a la mujer que tengo enfrente. Estoy muy delgada, pero eso no es malo, no me sienta mal; lo peor es la mirada, una mirada vacía, sin expresión. Me recojo el pelo, me acerco al espejo y me paso las manos por la cara, como si así pudiera reconocer a la extraña que me devuelve la mirada. Los pómulos tan marcados, la cara más fina... Me da la sensación de que hasta la boca es más grande. Los labios, carnosos, labios que evitaba pintarme por si algún día tenía la ocasión de besarlos. Quería que se llevara mi sabor y no el sabor artificial y empalagoso de las barras de labios. No lo hice y maldigo cada día el no haber sido más valiente y haberlo besado; sé que no me habría rechazado, pero ahora es tarde, ya no habrá ocasión.

No soy una persona envidiosa, nunca he tenido envidia de nadie; sin embargo, ahora, al verme reflejada en el espejo, envidio con todas mis fuerzas a la mujer que era hace apenas un año. Esa mujer un poco alocada, divertida, luchadora y, sobre todo, feliz.

Salgo sin ni siquiera haberme quitado la ropa para probarme algo. Me asomo a ver a Clara, que batalla con un cinturón, y la ayudo a abrochárselo, ablusono un poco el vestido y le coloco bien los tirantes.

—Estás guapísima, ¿te gusta?

—Sí, mucho.

—Pues dámelo, que voy a pagar mientras te vistes.

Al ir a quitárselo, se le engancha la etiqueta en el collar, da un tirón y una lluvia de cuentas de madera cae al suelo botando y rodando para salir desperdigadas sembrando el suelo de lo que parecen pequeñas semillas de colores. Se lleva la mano al cuello y se queda quieta, mirándome sin decir nada; parece que ha perdido algún tipo de amuleto imprescindible para seguir viviendo.

—No pasa nada, tranquila, ahora lo recogemos y compramos otro.

Me agacho y empiezo a coger las bolas de madera. Como advierto que no se mueve, levanto la cabeza y la veo en la misma postura en ropa interior y

con la mano en el cuello. Me levanto intentando quitar importancia a lo que ha pasado; es una tontería, el collar no valía nada.

—Clara, venga, vístete; ya te he dicho que no pasa nada, que compraremos otro. —Le pongo bien el tirante del sujetador para evitar mirarla a la cara; no sé por qué le ha afectado tanto, no era de los que más le gustaban.

—Sí que pasa, no quiero otro, ¿para qué? ¿Para romperlo también?

—No digas tonterías.

—No son tonterías, es la verdad.

—Todo el mundo rompe cosas. Además, no hay que preocuparse por algo que tiene arreglo. Venga, vístete de una vez.

—Esto no tiene arreglo.

Salgo del probador, me pongo de rodillas para evitar que la chica que hay a la entrada doblando ropa me vea llorar, y empiezo a recoger las bolas de madera, que voy dejando caer en el bolso. Clara me sorprende, a veces pienso que vive en su mundo y que es feliz a su manera; sin embargo, hay ocasiones en las que se me parte el alma cuando la escucho decirme de manera indirecta que nada en ella es normal, como ahora, cuando me ha dicho: «Esto no tiene arreglo», porque sé que no se refería al collar.

Ando a gatas por el suelo. Recojo las piezas que están desperdigadas por todos sitios mientras me limpio las lágrimas con el vestido que se había probado Clara y que ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba en la otra mano.

Dejo el vestido; no quiero comprarlo porque si lo hago cada vez que se lo vea puesto la escucharé diciéndome: «Esto no tiene arreglo». Salimos de la tienda sin ánimos para ir a ningún sitio. Caminamos por los pasillos del centro comercial, pasamos por delante de una joyería y cojo a Clara de la mano para desandar unos pasos y entrar.

Detrás del mostrador, un hombre alto y delgado deja una pulsera que tiene en las manos para atendernos con su mejor sonrisa.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Buenas tardes. He leído que hacen arreglos, quería arreglar un collar.

Pongo el bolso encima del mostrador y empiezo a sacar las bolas de madera que voy dejando encima del cristal mientras con la otra mano intento que no resbalen y caigan al suelo, Clara me ayuda poniendo las manos a modo de barrera. Meto la mano en el bolso y la muevo como si fuera un mago que de un momento a otro va a sacar un conejo, hasta que estoy segura de que ya no hay más.

Me aparto el pelo de la cara y miro al dependiente, que está mudo y que me mira sorprendido. Como no dice nada, le pregunto.

—¿Cuándo puedo venir a buscarlo?

—Lo siento, pero no hacemos este tipo de arreglos.

—Ahí pone que arreglan todo tipo de joyas —digo señalando el letrero que hay en el escaparate.

—Nos referimos a otro tipo de joyas.

—¿Y de qué tipo se supone que tienen que ser las joyas?

—Señora, lo siento, pero ya le he dicho que no puedo...

No dejo que termine de hablar, me acerco al cristal y arranco el papel que hay pegado en la puerta y se lo pongo en el pecho; cae al suelo, lo recojo y vuelvo a repetir el gesto, pero esta vez no lo suelto. Mantengo la mano sujetando el papel en su pecho hasta que él lo coge.

Me mira como si estuviera loca, pero debe de pensar que no soy una loca peligrosa, porque no hay miedo en sus ojos; aunque no puedo saber lo que piensa, me da la sensación de que siente lástima de nosotras.

Hace un cucurucho con el papel arrugado que tiene en las manos, arrastra las bolas y las deja caer en su interior.

Me pregunta mis datos y rellena un resguardo que me entrega.

—Pueden venir a buscarlo dentro de una hora.

—Gracias.

Siento tanto alivio al salir que otra vez tengo ganas de llorar, pero esta vez de felicidad. Cada vez que voy a casa de mi madre y discuto con ella salgo

con la sensación de que yo soy la causante. Me hace sentir culpable por todo, no debería haber ido a verla.

Al cabo de una hora, volvemos a la joyería. Entro un poco avergonzada por mi actitud de hace un rato; sin embargo, no habría salido de la tienda hasta que me hubiera dicho que sí. Es una manera de hacerle ver a Clara que todo está bien y que si alguna vez se rompe, su madre estará ahí para recomponerla.

El dependiente extiende el collar encima de un trozo de terciopelo de color morado; parece que nos esté enseñando la más valiosa de las joyas de las que dispone. Nos explica que ha puesto un cierre de seguridad para evitar que se abra y que el hilo donde ha engarzado las cuentas es tan resistente que no volverá a romperse nunca más.

Se lo pone a Clara y le dice que está muy guapa. Me pide el resguardo y yo sigo la comedia sacando el papel del bolso. Le da la vuelta y hace números. Cuando me dice cuánto tengo que pagar intento que mi cara no revele la sorpresa; supongo que es su forma de vengarse por el numerito de hace un rato. Con lo que me ha pedido podría haber comprado diez collares.

Le doy un billete y él deja el cambio encima de una bandeja pequeña de madera. Al recogerlo, me doy cuenta de que lo que ha hecho ha sido cambiar el valor del billete en monedas. Me ha devuelto la misma cantidad que le entregué. Lo miro con la intención de decirle que se ha equivocado, pero hace un gesto casi imperceptible con la cabeza dando a entender que ya está bien. Es una bobada, porque no le habrá costado ningún trabajo arreglarlo, pero a mí me ha parecido un gesto bonito.

Estoy agotada. Ha sido un día raro, intenso. Le pregunto a Clara qué quiere cenar y dice que nada, que le duele la cabeza. Le doy una pastilla y le digo que se acueste en mi cama; esta noche dormiremos juntas.

Me despierta un ruido que al principio no logro identificar, alargo el brazo y veo que Clara no está en la cama. Tengo la boca seca. Me levanto para

beber agua y descubro que lo que oía es a Clara vomitando. Entro en el lavabo y la veo de rodillas, con la cabeza dentro de la taza del váter. Me arrodillo a su lado y le sujeto la frente.

—¿Qué te pasa?

Las arcadas no la dejan contestar. Cuando parece que ya no le queda nada más en el estómago, se sienta en el suelo. Le limpio la cara con una toalla mojada.

—Me duele la cabeza.

—¿No se te ha pasado?

—No —dice en voz baja.

—Vamos a vestirnos, nos vamos al médico.

Me pongo lo primero que saco del armario y hoy, después de mucho tiempo, sí la ayudo a vestirse para ir más rápido.

Todos los hospitales huelen igual: a una mezcla de muerte y desinfectante. Estamos en una habitación esperando a que venga el médico; a Clara le han pinchado un calmante y ya se encuentra mejor. Me ha dado un susto de muerte. Probablemente no será nada, pero no puedo evitar pensar lo peor, no después de lo que pasamos con su enfermedad.

Cuántos problemas y todos a la vez; hace un año vivía feliz y despreocupada, todo lo feliz y despreocupada que se puede estar cuando la espada de Damocles pende encima de la cabeza de tu hija.

Tenía una relación con un hombre con el que podría haber llegado a algo más serio si yo hubiera querido, disfrutaba del sexo con él y me divertía cuando estábamos juntos; sin embargo, lo dejé para apostar por una relación que ya sabía que no tenía futuro. En cambio, ahora estoy sola, sin ganas de nada más que de estar con una persona con la que no podré estar nunca, esperando los resultados de una prueba que presiento que no serán buenos y con el pasado llamando a mi puerta para llenarme de angustia.

He llamado a Jaime para ver cómo está, pero no ha contestado, y me muero de ganas de hablar con Mario para contarle lo que me pasa, aunque no

lo hago porque sé que no obtendría respuesta.

Me desprecio por pensar en él en este momento. Ahora mismo lo único que debería importarme es Clara; sin embargo, regresa a mi memoria una y otra vez, es como esas etiquetas que cosen en la ropa y te van rozando la piel hasta que el escozor se hace insoportable.

El tiempo corre, aunque no me importa, porque me da pánico que se abra la puerta y escuchar lo que tiene que decirme el médico. Paseo nerviosa por la minúscula habitación mientras mi cabeza no para de dar vueltas.

Empiezo a tararear una canción para no tener que pensar en nada; todavía es peor. ¿Por qué son tan tristes todas las canciones? Todas me parecen escritas para mí.

Cuando se abre la puerta, lo primero que hago es mirar la cara del médico para ver si veo algo escrito en ella, pero su mirada no delata nada, ni buenas ni malas noticias. Me dice que los análisis han salido un poco alterados, que hay que hacer más pruebas, que esperemos en la sala de espera, que ahora vendrá una enfermera para llevarnos a otra habitación.

Eso es todo. Ha hablado de modo mecánico, deprisa y sin darme opción a preguntarle nada. Ahora que se ha ido me arrepiento de no haber reaccionado de otra manera. ¿Por qué me habré quedado callada sin preguntar nada? Debería haberlo cogido por las solapas de la bata blanca y haberlo zarandeado hasta que me hubiera dicho lo que sabe, haberlo golpeado si hubiera sido preciso para que escupiera lo que se ha callado.

Si esto hubiera pasado hace tres semanas, habría salido a buscarlo, lo habría perseguido por los pasillos hasta conseguir una explicación; en cambio, hoy le digo a Clara que se ponga las bambas para estar preparada cuando vengan a buscarnos.

Antes de salir, dice que tiene que ir al lavabo. La miro alejarse y, al verla caminar arrastrando los pies, me acuerdo de unas alas que compré cuando se puso enferma y salió del hospital. Se caía constantemente y le costaba un mundo ponerse de pie. Me pedía una ayuda que yo le negaba; tenía que

hacerlo ella sola. Una de esas veces se cayó en el pasillo, yo la esperaba en la puerta lista para salir. Ella miró a un lado y a otro, comprobando con desesperación que no había ningún mueble donde poder agarrarse para levantarse. Se sentó apoyando la espalda en la pared, mirándome, buscando en mí una ayuda que no encontraba; yo me quedé en la puerta, esperando en silencio. El tiempo fue pasando y allí seguíamos las dos, ella sentada en el suelo y yo de pie en la puerta.

Después de un rato, me acerqué a ella, le levanté la cara y le dije: «Voy a beber agua, cuando vuelva quiero verte en la puerta. Vamos, volando, que no tenemos todo el día». De camino a la cocina la oí gritarme: «No tengo alas». Me detuve y me volví para agacharme, quedando a su altura; me habría gustado explicarle que lo hacía por su bien, que mi actitud no era un castigo, que nada me dolía más que verla allí tirada en el suelo y no tenderle los brazos para levantarla, pero en vez de eso la abracé y le dije al oído: «Tendrás unas alas, serán las alas más bonitas que han existido nunca». Esa tarde recorrimos media ciudad hasta encontrar unas alas; eran unas alas grandes, de hada. Si Clara ya era torpe de por sí, llevar ese apéndice hacía que fuera derribando todo lo que encontraba a su paso. Escondí todo lo que quedaba a la altura de las alas, pero no se las quité.

Fui muy dura con ella y me pesaba en el alma, aunque sé que si no lo hubiera sido, ahora estaría mucho más limitada.

Llevamos toda la mañana en el hospital, esto es desesperante. Traen una bandeja con la comida para Clara y recuerdo el tiempo que pasamos aquí cuando la operaron; fue terrible, lo peor que me ha pasado nunca. No soy creyente, pero no puedo evitar pensar si esto no será una advertencia, un toque de atención para decirme que el mal de amores no es lo peor que te puede pasar, que hay cosas mucho peores, aunque mi memoria insiste en volver una y otra vez a los ratos que pasamos juntos y que no se repetirán sin dejarme disfrutar de nada.

Clara no quiere comer y no me extraña, el aspecto de la comida no es nada apetecible. Le pregunto si quiere que baje a comprarle un bocadillo y me dice que no, que quiere irse a casa.

—Voy a ver si veo al médico, ahora vengo.

Al final del pasillo veo a la doctora Torres detrás del mostrador de las enfermeras hablando con una de ellas; es la doctora que operó a Clara y la que la visita cuando toca revisión.

—Hola.

—Irene —dice al verme mientras se quita las gafas y suelta los papeles que tiene en la mano—, ahora iba a veros. Hablaré primero contigo, luego iré a saludar a Clara.

La sigo por el pasillo hasta un despacho pequeño; es una habitación impersonal, supongo que la utilizarán todos los médicos, y no tiene nada que ver con la consulta donde nos recibe siempre, llena de dibujos de sus pequeños pacientes y con una foto encima de la mesa donde presume orgullosa de sus hijos. Aquí no hay nada más que una mesa y un par de sillas de plástico.

Me pide que tome asiento, saca un bolígrafo del bolsillo de su bata, lo mueve entre los dedos y deja caer la carpeta con el historial de Clara. Estamos en silencio y el sonido que produce al chocar contra la mesa es para mí el sonido de la muerte.

—¿Clara se encuentra mejor?

—Sí, con los calmantes se le ha pasado el dolor.

Se sienta y evita mirarme, apunta algo en los papeles que tiene delante y se aclara la garganta antes de empezar a hablar.

—Voy a intentar explicarte lo que hay de la manera más sencilla posible. En las pruebas se aprecia un tumor.

La doctora hace una pausa antes de continuar y pienso que es porque ha oído el ruido que he hecho al romperme por dentro, como el de una rama seca al quebrarse. No puede ser, otra vez no. Ya hemos pasado por esto, ahora les

toca a otros. Después de unos instantes, sigue hablando en voz baja como si ella tuviera la culpa de lo que me está contando.

—Debido a la localización del tumor, la cirugía no es la mejor opción. Existe un alto riesgo de secuelas graves. El tumor está cerca de zonas que rigen funciones críticas, solo es posible hacer una biopsia, por lo que quedaría enfermedad tumoral residual. Estudiaremos qué tratamiento es el adecuado...

—Dice que no se puede operar, pero ¿el tratamiento servirá para acabar con él?

Levanta la vista de la mesa para mirarme a los ojos, aunque no responde enseguida.

—No.

Y esa negativa cae encima de mí como una bomba.

—¿Me está diciendo que Clara se muere?

—Te pido por favor que me escuches hasta que termine de hablar. Te he dicho que el tratamiento no acabará con el tumor, porque es lo que creo, y no quiero engañarte. Operemos o no, habrá secuelas, dolores de cabeza, crisis convulsivas, pérdida de funciones motoras y sensitivas...

—Cállese, por favor, no quiero seguir escuchando esas cosas. Dígame cuál es la mejor opción.

—En esta ocasión no existe ninguna opción buena, las dos son igual de malas. Yo no soy partidaria de operar, ya te lo he dicho. Hay un porcentaje de probabilidad muy alto de que Clara salga del quirófano seriamente dañada. No valdrían las horas de rehabilitación ni el empeño que pusiste la otra vez. La radioterapia es un parche que nos lleva a la misma situación, aunque la retrasa un poco. Ahora la decisión es tuya. Siento mucho tener que decirte esto.

Por la forma en que lo dice, sé que lo siente de verdad.

El aire de la habitación se vuelve denso, me pitan los oídos y siento una opresión tan grande en el pecho que creo que me va a explotar llenándolo

todo de sangre y vísceras; entonces no tendré que tomar ninguna decisión, porque se habrá acabado todo. Por desgracia, eso no ocurre. La garganta se me abre y da paso al aire que me llena los pulmones. Estoy tan impactada que no puedo llorar. Me gustaría poder hacerlo, llorar hasta quedarme seca; en cambio, le pregunto a la doctora cuándo tengo que comunicarle mi decisión. Al oírla decir que en esta ocasión no hace falta correr porque por desgracia el final será el mismo, me descompongo del todo.

Cuando salgo de la consulta, hago una bola con los papeles donde están los resultados de las pruebas y me los escondo en la mano. Antes de entrar en la habitación, intento recomponer la cara para que no delate lo que siento. Dejo caer en el bolso la bola de papel y le digo a Clara que podemos irnos, que todo está bien.

Al llegar a casa, finjo que no pasa nada. Clara se va a su habitación con el ordenador y yo no sé qué hacer. ¿Qué haces cuando sabes que tu hija se muere?

Me meto en la ducha para quitarme el olor a hospital que me impregna la piel. Abro el grifo y dejo que el agua resbale por mi piel mezclándose con las lágrimas, que ahora sí salen en forma de torrente, y me tapo la boca para que Clara no me oiga llorar.

Si pudiéramos borrar el miedo y la tristeza de la misma manera que eliminamos la suciedad acumulada a lo largo del día debajo del agua, sería fantástico. Una ducha y fuera penas, decepciones, frustraciones, desengaños, amarguras, y toda esa carga emocional que casi todos llevamos a cuestas y no hay manera de dejar en el camino. Que se fuera todo por el desagüe bien lejos, donde ya no pudiera dañarnos ni obligarnos a escondernos detrás de una sonrisa forzada tan bien aprendida a fuerza de golpes.

Clara cena con ganas, ya se encuentra bien; en cambio, yo no soy capaz de llevarme nada a la boca, se me ha cerrado el estómago. Nos acostamos pronto, estamos cansadas. No puedo dormir, doy vueltas en la cama sin saber

qué le diré a la doctora; no debería pedirme que elija yo, ella es la profesional.

Me levanto para ir a beber agua. Al pasar por el comedor, veo el bolso encima de la mesa y me doy cuenta de que no he sacado el móvil. Hoy es el primer día, desde hace mucho, que no he estado mirándolo continuamente. Al ir a cogerlo, mis manos tropiezan con la caja de pastillas que compré y de las que solo tomé un par. Las saco, las miro, salgo al balcón y me siento en el suelo; apoyo la espalda en la pared, abro el prospecto y leo. Tomarme las pastillas después de leer los efectos secundarios me da un poco de miedo; sin embargo, necesito ayuda, no podré afrontar la enfermedad de Clara si estoy hundida. Me llevo a la boca dos de las que el médico me dio para dormir y una de las otras, las de la depresión. Espero un rato para ver si hacen efecto, pero el sueño se resiste a venir. Vuelvo a la cama y miro el reloj a cada momento, pero el tiempo parece haberse detenido; si no me duermo pronto, me volveré loca, no puedo parar de pensar ni de llorar.

Quiero salir del sueño, pero no puedo; me arrastra hacia abajo. Jaime me da cachetes en la cara y me duelen. ¿Por qué haría una cosa así? Quiero gritar que no le he contado a nadie lo que pasó, pero no puedo abrir la boca y la lengua me pesa como si fuera de hormigón. Intento levantar la mano para impedir que siga golpeándome, pero no me obedece.

Ahora me coge de los hombros y me zarandea, me hace daño. Necesito que me deje dormir.

—Irene, Irene, despierta. Vamos, abre los ojos.

Abro los ojos asustada. ¿Qué pasa? Jaime me sostiene por los hombros y Clara está de pie a su lado, con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Clara, ve a buscar un vaso de agua.

—¿Qué has hecho? —dice Jaime enfadado.

—No sé a qué te refieres, no he hecho nada —contesto pasándome la mano

por el pelo para retirármelo de la cara mientras me siento despacio en la cama.

—¿Ah, no? —dice y deja caer a mi lado las cajas de pastillas.

—¿Pero qué pasa? No entiendo nada.

—Son las dos de la tarde, entro y te encuentro tirada en la cama y en la mesita de noche veo esto —dice cogiendo las cajas de nuevo. Me las tira encima—. Y no soy capaz de despertarte.

—Me las recetó el médico.

—¿Y el médico te dijo que te tomaras seis de golpe?

—¿Qué dices? Me tomé dos de las pequeñas, las de dormir, y una de las otras.

Cojo el blíster y compruebo que Jaime tiene razón, aunque juraría que solo tomé las que le he dicho.

—No puede ser, me fui a dormir y ya no me acuerdo de nada más; si me hubiera despertado, lo recordaría.

—Prométeme que no querías hacer una locura.

Me despierto de golpe y me suelto de su mano, que me agarra la muñeca.

—Me ofende que me preguntes eso; si me dices que lo has dudado, aunque solo haya sido un instante, me matas de pena. ¿De verdad piensas que abandonarías a Clara?

—Supongo que no, pero me asusté. Te vi tan mal el otro día que no sé, pensé que ese tío te había dicho algo. Lo siento, te creo.

Me parece que sigue desconfiando de mí y comprendo que es inútil decir nada más.

Mientras comemos, hago un esfuerzo para evitar mirar a Clara; busco en ella señales de la enfermedad y no puedo pensar en lo que me dijo la doctora, porque me volveré loca. No puedo imaginarme a mi hija de quince años en una silla de ruedas con pañal y teniendo que alimentarla hasta que llegue el final como si fuera un bebé. No voy a poder, lo sé; por mucho que vaya a la

psicóloga, por mucho que vaya a terapia de grupo donde otras madres me expliquen cómo han podido superarlo, yo no podré.

Jaime también está más serio de lo habitual. Todavía no me ha dicho a qué ha venido. Después de comer, Clara se va un rato a casa de su amiga. Antes de dejarla marchar, le doy un abrazo y ella se queja de que le hago daño.

No sé cómo explicarle a Jaime lo que pasa, no puedo repetir lo que me dijo la doctora; ella hablaba de una paciente, pero yo hablaré de mi hija. Me niego a decirlo en voz alta, así parecerá un poco menos verdad. Dejo la bola de papel con los resultados a su lado, encima de la mesa y me voy a la cocina a fregar los platos. Antes de empezar, abro el grifo y voy dejando caer las pastillas al fregadero. Las veo desaparecer por el desagüe. No quiero que vuelva a pasar lo de anoche, todavía no me explico cómo no recuerdo cuándo me las tomé.

Oigo los pasos de Jaime a mi espalda y soy incapaz de volverme para mirarlo a la cara; entonces, noto sus brazos rodeándome por la espalda mientras me besa en la cabeza. Dejo caer el estropajo y apoyo las manos en el mármol mientras digo en voz baja:

—¿Por qué ella? Por ley de vida Dios tendría que haberse llevado antes a nuestra madre, y mírala, ahí está, llena de vida y de veneno.

Jaime cierra el grifo y me arrastra hasta el comedor, me pide que me sienta en el sofá y él baja la persiana hasta que quedamos a oscuras. Puedo ver su silueta cuando se sienta a mi lado gracias a la luz que entra desde mi habitación, pero es imposible ver la expresión de su cara. Entonces sé que ha venido a decirme algo. Cuando éramos pequeños y quería contarme alguna cosa, tenía que seguirlo hasta cualquier rincón oscuro; si no era así, no conseguía que hablara. Siempre fue muy tímido, pero me contó montones de secretos contados debajo de las camas o sentados en el lavabo con la luz apagada, porque era la única estancia que no tenía ventana. Esta costumbre nos acompañó también en nuestra adolescencia; a mí me parecía de lo más natural escondernos a oscuras a contarnos aventuras y desventuras. Por nada

del mundo se lo habría contado a mis amigas, se hubieran reído de mí: era nuestro secreto.

—¿Quién empieza? —pregunta él. El que empiece a hablar contará lo que quiera sin que el otro lo interrumpa; después, será el turno del otro. No nos daremos consejos, no preguntaremos nada, tendremos que conformarnos solo con el relato. Cuando nos independizamos, echaba de menos esos momentos de intimidad con mi hermano; por eso, si alguna vez tenía un problema, buscaba el sitio más oscuro de la casa, me sentaba en el suelo, lo llamaba por teléfono y le preguntaba: «¿Quién empieza?». Hoy empiezo yo.

—Clara se muere. —No lloro al decirlo, hablo enfadada con la vida, con la suerte, con el karma o con quien sea que escribe lo que va a sucedernos—. No hay nada que hacer, la doctora no es partidaria de operar y el tratamiento solo servirá para retrasar lo inevitable, y a pesar de lo terrible que suena la palabra *muerte*, me parece mucho peor el camino hasta llegar a ella. No quiero ver a mi hija inválida, en una silla de ruedas, con la camiseta llena de babas y la boca torcida. Podría soportarlo si supiera que no se va a morir, la cuidaría como hice la otra vez, pero eso no sucederá.

»Ya sé que esto es terrible, lo peor que podría haberme sucedido, que no debería pensar en otra cosa, pero no sabes cuánto echo de menos a Mario ni lo duro que es no poder compartir con él lo que me está pasando. Todos los días cojo el teléfono de Clara para llamarlo —porque si lo hago con el mío no me contestará—, solo para oír su voz al otro lado. Pero nunca marco el número; soy una cobarde, aunque más cobarde es él. ¿Para qué me dijo que me quería si no tenía intención de hacer nada al respecto?

»No soy capaz de dormir más de tres horas seguidas, y cuando pienso en él me siento ruin y una mala madre, mucho peor que la nuestra. ¡Cómo puedo dedicarle ni un solo minuto de mis pensamientos! Todo mi tiempo debería ser para Clara, pero mi mente viaja por libre, va por donde quiere sin pedir permiso, y a veces se escapa para recordarme los ratos que pasamos juntos.

»Quiero a Clara más que a mi vida y ahora esta va y decide que se la lleva,

como se ha llevado al único hombre al que de verdad he querido.

»Qué mala suerte he tenido en todo.

Se oye la sirena de una ambulancia a lo lejos, y aunque no lo veo noto que Jaime se remueve incómodo. No dice nada. Son las reglas, solo escuchar hasta que llegue su turno.

Después de unos instantes en silencio, Jaime empieza a hablar; sabe que es su turno.

—Lo he encontrado y voy a matarlo. No habrá nada ni nadie que pueda detenerme. Llevo treinta años esperando, he tenido mucho tiempo para alimentar un odio que ha crecido conmigo hasta casi consumirme. He gastado montones de dinero sin resultado y ahora, bingo, por fin sé dónde se esconde. Está cerca, a tan solo dos horas de aquí. Dentro de dos días me iré y quiero que vengas conmigo, no puedo hacer esto solo. No te estoy pidiendo que me ayudes, no te implicaría en algo que pudiera perjudicarte, pero necesito que estés a mi lado. He alquilado una casa, el viernes pasaré a buscaros. Si a las ocho no estáis en la puerta, me iré yo solo. No quiero que te sientas obligada ni tampoco que te sientas mal si al final decides que no vendrás; entenderé cualquier decisión que tomes.

Jaime se queda en silencio, ni una palabra sobre la enfermedad de Clara. Son las reglas y no podemos romperlas.

Clara ha vuelto a dormir conmigo, quiero pasar con ella todo el tiempo que pueda. Me levanto despacio para no despertarla y me preparo para salir a correr; necesito quemar energías, cansarme, agotarme físicamente. No puedo estar todo el día sin hacer nada. Le dejo una nota encima de la mesa, por si se despierta antes de que llegue, y cierro la puerta con cuidado.

Cuando salgo, hay muy poca gente en la calle; es muy temprano. Veo que una mujer con un perro se persigna antes de salir de un portal; me pregunto a qué clase de Dios envidioso y triste se encomienda para que la proteja, y tengo que hacer un esfuerzo para decirle que no le servirá de nada, que Dios

no existe.

He llegado a la playa. Estoy sudando y, agotada, me quito las bambas y me acerco a la orilla. Hay pocas cosas que me gusten más que el mar. Me gusta venir hasta en invierno, bien abrigada, con un libro; oír las olas me relaja y el olor del viento y la espuma me transporta a mi niñez, a las tardes de risas y juegos con Jaime. Me quito la ropa y me quedo solo con las bragas, que pueden pasar por las de un bikini; me compré montones cuando todavía tenía la esperanza de que mi amigo pasara a ser mi amante, así de tonta era y así de tonta me siento ahora. A medida que van pasando los días, me da más vergüenza de todo lo que le dije. Jamás le había dicho a ningún hombre nada parecido. Entro en el agua, que está helada, y nado para entrar en calor, pero me duelen los brazos a causa del frío. Sumerjo la cabeza y aguanto la respiración hasta que no puedo más; entonces, salgo y noto que entra el aire en mis pulmones llenándome de vida. Salgo del agua y me dejo caer en la arena; estoy temblando y, aunque tengo frío, me encanta esta sensación, me siento reanimada, pero sé que durará poco: cuando llegue a casa volverán la apatía y esas ganas de nada que me acompañan desde hace tiempo.

De camino a casa voy organizando el día mentalmente, tengo muchas cosas que hacer y muy poco tiempo; mejor, a ver si mantenerme ocupada no me deja pensar tanto, aunque me temo que eso es imposible.

Al llegar, despierto a Clara, me aseguro de que está bien y me meto en la ducha. Cuando salgo, todavía no ha terminado de vestirse. La ayudo y ella se extraña; no es lo acostumbrado, pero necesito estar sola porque tengo que llamar a mi compañera y no quiero que me oiga. Le doy dinero y la mando a comprar cuatro cosas.

Hablo con Elvia para preguntarle si podría doblar el turno durante un par de semanas. Me dice que sí, que le vendrá bien el dinero extra. Llamo a mi jefe, que no pone ninguna pega; mientras la tienda esté abierta, le da igual quién esté.

Entro a la cocina y busco algo que guisar, cosa que no me gusta nada

hacer. Pongo unas cebollas y unas manzanas para freírlas con las patatas, las echo en la sartén y enciendo el extractor. Hay un halógeno que se va a fundir; parpadea, pero lo peor es el ruido que hace cada vez que se apaga y se enciende. Me está poniendo nerviosa. Pongo unos ajos para sofreír la verdura, los pongo en el aceite caliente, añado las judías verdes y remuevo; cuando llevan unos minutos, añado pimentón dulce.

Me llama Elvia para interrogarme por el cambio de turno. Antes no podía hablar, me dice, supongo que estaría con alguno de sus muchos amores. Es una mujer muy atractiva y le saca partido. No le digo nada de Clara y mucho menos de Jaime, así que ella da por supuesto que es por Mario. Le cuelgo el teléfono porque no tengo ganas de seguir escuchando lo que me dice; ya sé que lo hace por mi bien, porque no quiere verme así. Pero tampoco hace falta que me diga que si no me doy cuenta de que ya ha tenido tiempo de reaccionar y que si no lo ha hecho es porque no le intereso, que me ignora por completo; además, me dice que deje de arrastrarme, que no se lo merece, que estoy en un periodo de autodestrucción y muchas cosas más.

Pongo las patatas que he frito con la cebolla y la manzana en un escurridor para quitar el exceso de aceite. Cuando están escurridas, las pongo en una bandeja de horno, las cubro con el pescado, que ya está casi hecho, les añado por encima una picada de ajo y perejil y lo meto de nuevo en el horno unos minutos.

La lavadora empieza a centrifugar y suena como un avión al despegar.

Pongo mantequilla en un cuenco para hacer el postre y la meto en el microondas un minuto. Cuánto ruido: del extractor, de la lavadora, del microondas, del halógeno, de las lágrimas derramadas, de los suspiros, de la decepción, de la espera, de la desilusión, de la maldita mala suerte. Suena el móvil y miro la pantalla. Es Elvia. No lo cojo.

Me quedo a oscuras. Ha saltado el automático. Tantas cosas encendidas han hecho saltar los plomos. Dejo el móvil sobre la encimera y el silencio me envuelve. Apoyo la espalda en la pared y rompo a llorar otra vez, como cada

día. Me dejo caer al suelo deslizándome por la pared y me abandono al llanto, y lloro como si quisiera gastar de una vez todas las lágrimas que me quedan para no tener que llorar más, porque duele tanta mala suerte, porque Clara se merece más tiempo.

Suena el timbre y no abro, porque no espero a nadie. Clara tiene llaves. El timbre insiste. La persona que llama no piensa irse y me da miedo que eche la puerta abajo. Abro. Al otro lado, Elvia, imponente como siempre, da un paso y me abraza mientras habla.

—Tontuela, qué te he dicho sobre llorar por un hombre. ¿Ya lo has olvidado? ¿No ves que vas a ponerte enferma?

No contesto nada porque no quiero engañarla, pero tampoco quiero explicarle que estamos en tiempo de descuento, que el reloj ha empezado la cuenta atrás y no habrá manera de pararlo, y lo peor de todo es que no sé qué haremos con el tiempo que nos queda. Es horrible pensar que van a volver las horas tristes. No quiero hablar de ello, no soportaría tener que estar continuamente contestando ni dando explicaciones de una cosa que me duele tanto. Soy incapaz de decirlo en voz alta. En cambio, cuando estoy en silencio una frase se repite en mi cabeza: «Clara se muere, Clara se muere...».

—Vístete, que te invito a desayunar —dice liberándome de su abrazo.

—No tengo ganas; además, ya es tarde.

—Pues las buscas. Y nunca es tarde para nada.

No servirá de nada negarme, la conozco y no me dejará. Debería decirle la verdad para que me dejara tranquila; sin embargo, guardo silencio, porque parece que de lo que no se habla no existe. Llamo a Clara para decirle que no estaré en casa cuando llegue y que volveré enseguida.

Salimos a la calle en busca de una terraza donde no dé mucho el sol. Elvia me coge del brazo en un gesto cariñoso; es la persona más optimista que conozco, sabe todas mis cosas: las buenas y las malas, por eso me siento mal por no decirle que Clara ha vuelto a enfermar. Nos sentamos, y mientras esperamos a que venga el camarero, ella no para de hablar, supongo que para

llenar mi silencio. Cuando ve que no hay manera, cambia de táctica. Va directamente a buscar una solución para el problema por el que ella piensa que estoy así.

—Mira, Irene, ya sabes que no me gusta dar consejos. —Hace un gesto con la mano como si espantara una mosca al ver mi cara—. Bueno, sí me gusta, qué importa eso ahora. No me gusta verte así, ahora tienes que echarle huevos y ponerte bien. ¿Por qué no te tomas las pastillas? No es malo: si te duele la cabeza, te tomas un ibuprofeno; pues si te duele el alma porque te la han roto, te tomas la serotonina y ya está. ¿Cómo puedes ser tan cabezota? Mírate. ¿No te da pena verte así? Cómo me gustaría poder meterme dentro de ti y sacudirte bien fuerte; estás viva, reacciona. Hace mucho que te conozco y no querría perderte por nada del mundo. Si ese hombre te ha dejado escapar, a lo mejor no te merece.

—No digas eso, no lo conoces. Lo que hizo es lo que le gustaría a cualquier mujer que hiciera su marido; no te olvides de que no es libre, la situación no era fácil para nada. Actuó como debía; de otra forma, habría más víctimas.

—¿Te das cuenta de que siempre lo disculpas? ¿Por qué no pruebas a decir en voz alta que es un cabrón? A lo mejor te desahogas.

—Porque no lo siento así, pienso que no ha hecho nada malo —le contesto, molesta por el cariz que está tomando la conversación. Por un momento pienso en decirle que ahora el motivo de mi pena es otro.

—¿No ha hecho nada malo? A mí me parece un cabronazo por decirte que te quiere; que eres de lo mejor que ha llegado a su vida; que qué malo es querer y no poder decirlo, aunque es peor decirlo y no hacerlo; que siempre lo tendrás cuando lo necesites; que siempre estará cerca; que quiere huir de sus sentimientos, no de ti; que eres abrigo para su frío...

Escucho todas esas cosas y me tapo los oídos porque no quiero escuchar nada más. ¿Adónde se fueron todos esos sentimientos? Arrastra su silla y aparta la mesa hasta quedar sentada enfrente de mí. Me coge de las muñecas

y me retira las manos, que me deja apoyadas en las piernas sin soltármelas.

—Te digo esto porque te quiero —continúa—, aunque te duela. Piensa en lo que te he dicho y prueba a pensar mal de él, a ver si así le coges manía. Di «cabrón». Venga, dilo.

—Que no. —En realidad ahora Clara es mi prioridad.

—Cabrón —dice ella en voz alta.

—¿Qué haces? Nos están mirando.

—Si no lo dices, lo digo más alto.

—No puedo, no me sale.

—Cabrón —grita. La gente empieza a mirarnos y ella parece que está divirtiéndose; no parará hasta conseguir lo que quiere.

—Cabrón —digo bajito, para ver si se calla.

—Así no vale, dilo con rabia. Vamos, seguro que sabes hacerlo un poco mejor.

—Cabrón —digo un poco más alto, pero segura de que nadie me oye.

—Tramposa —me dice y vuelve a gritar más fuerte, levantando la cabeza como si llamara a alguien—. ¡Cabrón!

Las personas que están sentadas en las mesas cercanas se vuelven a mirarnos.

—Elvia, por favor, nos están mirando. —Hago ademán de levantarme y me da un empujón y me sienta en la silla de nuevo.

—Venga, te toca.

—Te digo que no puedo.

—Sí que puedes, saca todo lo que llevas dentro. ¿De verdad piensas que actuó como debía? ¿Por qué cuándo le preguntas si volverás a verlo te contesta que claro, que si acaso lo dudas, y después desaparece para siempre, te deja esperando un mensaje que nunca llega, esperando al día siguiente a ver si hay suerte? Además de un cabrón me parece un cobarde.

La oigo decir eso y la pena me hace decir: «Cobarde», pero ahora con rabia. «¡Cobarde!». Elvia me abraza y yo no dejo de repetir «cobarde»

mientras lloro en su hombro.

De vuelta a casa, el olor del pescado me revuelve el estómago. Entro a la cocina y lo tiro a la basura junto con la verdura que dejé preparada. Saco un libro de recetas que hay en el estante, al lado de los botes de las especias, y lo dejo caer encima del pescado; es un libro que compré cuando Clara enfermó. El título en letras de colores se ríe de mí: *Alimentos anticáncer*.

—Y una mierda —le digo al libro.

7. CONFIDENCIA

Confidencia: Revelación secreta, noticia reservada. Confianza estrecha e íntima.

Cuando suena el teléfono y veo en la pantalla el nombre de Irene, me da un vuelco el corazón y me entra el pánico; nunca me ha llamado fuera de las horas en las que estoy en casa de su madre.

Tengo que cogerlo. Estoy desayunando con Mario y si no lo cojo le extrañará, y puede que insista.

Me acerco al grifo y lo abro, dejo correr el agua simulando que aguardo a que salga caliente; espero que el ruido amortigüe el sonido de su voz. La conversación es muy breve, me pide que hoy, cuando salga de casa de su madre me pase por la librería, que me pagará la hora. No he podido decirle que no, no estoy sola. Cuando me siento de nuevo, Mario me interroga con la mirada. No recibo muchas llamadas al móvil.

—Mi madre, quiere que vaya a su casa a mirarle unas cosas del banco.

—¿Y te llama al móvil?

—Dice que ha llamado a casa y no lo hemos cogido. Habrá marcado mal.

Me bebo el agua; así, mientras lo hago, no tengo que mentir más.

No me puedo creer que siga con esta situación, sin hacer nada por arreglarla. ¿De qué tengo miedo? De la reacción de Mario si le pregunto. No sabría vivir sola. De todas maneras, nuestra relación es idéntica a la que teníamos antes de que yo descubriera que tiene una amante. Es mejor cerrar los ojos y hacer como si no pasara nada; no necesito el sexo, así que no lo echo de menos. Imagino que no será el primer matrimonio que vive así, habrá montones de mujeres que hacen la vista gorda. Miro a Mario mientras trajina por la cocina, mete las tazas en el lavavajillas, guarda la tostadora y recoge

los restos del desayuno.

Me gustaría preguntarle si me quiere, no me importa si se ha acostado con ella, pero no lo hago, porque si él me lo preguntara a mí no podría decirle que sí. He sido feliz porque no he conocido otra cosa; jamás me ha atraído otro hombre en el tiempo que llevamos casados, pero desde que he conocido a Irene me planteo muchas cosas, decenas de preguntas me asaltan continuamente, nunca he conocido el amor de la manera en que ella me dijo. ¿Estoy con él por costumbre? ¿Y él por qué sigue conmigo? Maldita Irene, que ha desmontado mi vida.

Mario se despide con un beso fugaz. Podría haber aprovechado para rodearle el cuello y besarlo, pero me da vergüenza, no me sale; nunca lo he hecho y ahora me parece fuera de lugar, a pesar de que sería lo más natural del mundo.

Voy a vestirme y, como siempre que tengo que verla, me esmero al elegir. Busco en el armario lo que pienso que me sienta mejor, como si tuviéramos que competir, aunque ella no sepa quién soy. Antes de salir, miro alrededor y no veo nada fuera de lugar, ni un paquete de clínex encima de la mesa o un libro fuera de la estantería o unas gafas de sol abandonadas en el sofá. Nada. Todo en orden, todo en su sitio; parece que aquí no viva nadie.

Ya queda poco para que le quiten la escayola a la madre de Irene, así que pronto dejaré de venir; en realidad, no me importa cuidarla: no hago casi nada, y tres horas se pasan enseguida. Pero hoy el tiempo pasa más despacio, tengo curiosidad por saber qué querrá Irene, y su madre está especialmente pesada. No hace más que pedirme que le cambie las cintas de vídeo: ahora, la siete; ahora, la cinco; ahora, la tres. No entiendo por qué, si todas tienen las mismas canciones. También está bebiendo más de lo habitual, aunque para eso no me pide ayuda; ella misma se llena la copa, que vacía de un trago como si fuera agua.

—Necesito que me ayudes.

Me sobresalto al oírlo; no estoy centrada y tengo la cabeza en otro sitio.

—Dígame.

No dice nada, sale de la cocina y entiendo que quiere que vaya con ella. Me enjuago las manos y me las seco para seguirla a su habitación. Abre el armario, señala con el abanico una caja grande que hay en la parte de arriba y me pide que la baje. La dejo encima de la cama y ella quita la tapa, liberando el olor a naftalina que hay dentro. Empieza a sacar prendas con cuidado; son los vestidos que llevaba cuando cantaba. Los reconozco por los vídeos. Los va amontonando, extendiéndolos como puede con una mano; no me atrevo a preguntarle si quiere que la ayude. En todo el tiempo que llevo aquí no le había visto nunca ese gesto en la cara. Cuando ya no queda nada por sacar, va descartando prendas, hasta que tira de uno negro y dorado y me pide que la ayude a ponérselo. Es imposible que le entre el vestido, es pequeño, pero no sé cómo decírselo. La ayudo a desvestirse y a ponerse el que ha elegido. Una vez que lo tiene puesto, no consigo subir la cremallera, le falta un palmo de tela, así que la espalda queda al descubierto. Empuja con el pie una caja de zapatos que hay en el suelo y me pide que se los ponga; son unos tacones muy altos y me da miedo que se caiga y se haga más daño. Con el brazo enyesado no podría aguantar el golpe, pero como pasó con el vestido, tampoco le digo nada. Estoy detrás de ella, la veo encaminarse al comedor con ese vestido pasado de moda cuya tela no le alcanza y que deja al descubierto las bragas, unas bragas grandes de algodón con el elástico dado de sí, y siento un poco de lástima por ella. Me gustaría saber qué piensa y por qué la relación con sus hijos es tan mala. Al hijo no lo conozco y no me entra en la cabeza que una hija pueda estar sin venir a ver a su madre.

Cuando me voy, está sentada en la butaca de siempre, esta vez con la tele apagada. No hace nada, ni mira las revistas ni corre las cortinas para mirar por la ventana; se limita a mirar la pantalla negra y muda. No se me ocurre cómo se quitará ese vestido sin ayuda. Me costó trabajo meter la manga con la escayola.

Me despido de ella, pero no contesta, sigue con la vista perdida.

De camino a la librería, voy pensando en si debo decirle a Irene que su madre tiene un problema con el alcohol, aunque me parece que no debe importarle mucho; no veo que se preocupe por ella, nunca me pregunta cómo está. Se limita a darme el sobre con el dinero y una charla que no le pido y que no me disgusta del todo, aunque me da rabia admitirlo. Nunca hablo de mis cosas con nadie y aunque ella debería ser la última con la que tendría una conversación, reconozco que no me molesta tanto como al principio. Recuerdo el día que la conocí, el rechazo que sentí por su cercanía cuando me puso sus gafas de sol. ¿Si la hubiera conocido en otras circunstancias podría haber sido su amiga? Pienso que sí, es una mujer que atrapa, esa es la palabra; no me extraña que Mario se haya sentido atraído por ella.

Camino despacio y, un poco antes de llegar, me detengo para retocarme el maquillaje. Como siempre, antes de entrar miro hacia dentro a través del escaparate; todavía tengo miedo de encontrarme algún día a Mario con ella. No se ve a nadie, así que empujo la puerta y accedo a la librería. No me explico cómo pueden mantenerla abierta, nunca he visto a nadie comprar nada; de hecho, nunca he visto a nadie dentro.

Irene sale de la trastienda, y cuando la veo, me siento ridícula. Lleva un simple vestido largo de algodón de color gris muy escotado y sin ningún tipo de adorno. Me veo fuera de lugar con este pantalón negro de vestir y la camisa de manga larga que, a pesar de lo cara que me ha costado, ahora me parece de señora mayor. Sin embargo, cuando me acerco y la veo de cerca, tengo que hacer un esfuerzo para que mi cara no demuestre el asombro que siento; resulta evidente que ha llorado. Tiene unas bolsas enormes debajo de los ojos y el párpado del ojo izquierdo está tan hinchado que hace que este parezca más pequeño. Me dedica una media sonrisa a modo de saludo y me pide que espere un momento, que termina una cosa y enseguida está conmigo. Estoy deseando que termine para que me diga qué es lo que quiere

y poder marcharme. Me siento fuera de lugar así vestida, parece que voy a un cóctel. Hace un calor terrible, debería haberme puesto algo más desenfadado; el problema es que todo lo que tengo me parece igual de serio. ¿Por qué esta mujer tiene la capacidad de hacerme sentir mal sin ni siquiera abrir la boca?

—Ya estoy, perdona que te haya hecho esperar.

—Tranquila, no tengo prisa.

—Hoy tendremos que saltarnos la comida, tengo muchas cosas que hacer.

Es una estupidez, pero siento una punzada de decepción; me he acostumbrado a esas charlas con ella, aunque después me hagan pensar y plantearme muchas cosas. Saca el monedero del bolso y cuenta unos billetes que va dejando encima del mostrador.

—Aquí está lo de la semana que viene. —Me da el dinero y sigue contando. Hace otro montón y me lo acerca—. Y aquí lo de la otra. Me voy de vacaciones dos semanas, así me quedo tranquila.

—No hace falta, ya me lo darás cuando vuelvas.

—Por si acaso —dice en voz tan baja que me cuesta oírlo—. ¿Tienes tiempo para un café? —dice ahora en su tono de siempre, como si lo anterior no lo hubiera dicho o no hubiera querido decirlo.

—Sí.

—¿Te importa si lo tomamos aquí? Estaremos más tranquilas.

—Me da igual, como quieras.

Me dice que la siga y entro en la trastienda. La habitación sigue la misma estética de la librería: estanterías de madera vieja, un sofá de piel gastado lleno de cojines y un palé con ruedas con un cristal encima, que hace la función de mesa. Cajas llenas de libros abandonadas en un rincón soportan todo tipo de trastos: un sombrero de paja, un fular grande y colorido, un paquete de toallitas húmedas y alguna camiseta o vestido arrugado y dejado allí de cualquier manera. Al otro lado, un mostrador alto donde reina el caos. Una cafetera eléctrica comparte espacio con cajas de té, un paquete de azúcar, cajas con cápsulas de café, cucharillas de plástico desparramadas, un bote de

leche condensada, bolsas de magdalenas y otros dulces; estoy segura de que algunos estarán caducados. Este desorden no tiene nada que ver con lo que vi en su casa.

—¿Café con leche, cortado, solo o un refresco?

—Un cortado estará bien.

—Hay veces que tus prioridades cambian —dice mientras prepara el café.

—No te entiendo.

—Lo digo por el desorden. Mi compañera es un desastre y ya me he cansado de ir tras ella. Ahora dedico mis energías a otro tipo de cosas. ¿Te puedes creer que este caos es de hace tres días?

—No me había fijado —miento. Y aunque ella no me cree, no hace ningún comentario al respecto.

Deja el vaso encima de la mesa junto con un paquete de servilletas y las bolsas de bollería. Para ella saca una Coca-Cola de una nevera pequeña como esas que hay en las habitaciones de los hoteles. Se sienta encima de una pierna y apoya un brazo en el respaldo del sofá; yo remuevo el café con la cucharilla, tengo la espalda muy recta y estoy en el filo del sofá, incómoda por su cercanía y por su postura relajada, tan diferente a la mía.

—Te has puesto muy guapa, ¿vas a algún sitio?

—Al médico. —No hay asomo de burla en su voz; sin embargo, cada vez me siento más fuera de lugar con esta ropa.

—¿Alguna vez has sido infiel?

La pregunta me pilla tan desprevenida que me atraganto con el café, toso y el líquido oscuro y caliente me cae encima de la camisa. Dejo el vaso en la mesa y me limpio con una servilleta, preparándome para una sesión de terapia. Me siento de lado para mirarla de frente antes de contestar.

—Nunca —digo.

—¿Y si te hubieras enamorado de otra persona?

—Tampoco, no es mi estilo.

—Entonces es que nunca has querido de verdad.

—Me parece muy osado por tu parte afirmar eso, no me conoces.

—Tienes razón, pero sí conozco la clase de amor de la que hablo; créeme cuando te digo que si se hubiera cruzado en tu vida todo te habría dado igual. ¿Alguna vez has sentido que si no estabas con esa persona te faltaba el aire? ¿Te has sentido sola estando rodeada de gente? El amor verdadero es como un huracán, llega y se lo lleva todo por delante; te vuelves inconsciente, pero eres tan feliz y te vuelves tan loca que estás dispuesta a dejarte llevar.

—¿Y tú? —le pregunto cuando se queda en silencio.

—¿Yo?

—¿Has sido infiel?

—No, nunca he engañado a ninguna de mis parejas; no he tenido necesidad, nada me ataba a ellas. Si se terminaba el amor, se terminaba la relación. ¿Entiendes ahora por qué no quise casarme?

—No acabo de entenderte del todo, sinceramente, supongo que tenemos maneras diferentes de pensar. No comprendo cómo has dejado escapar ese amor del que hablas.

—¿Cuántos años llevas casada? —pregunta cambiando de tema.

—Veinte. —Y al decirlo en voz alta me parece que son muchos para lo poco que he hecho. No trabajo, no voy a ningún curso de danza ni de cerámica ni de ninguna otra cosa donde se apunta la gente para pasar el rato, relacionarse o hacer amistades. Veinte años haciendo todos los días lo mismo, una rutina que no me había desgastado y que estaba bien; sin embargo, ahora me pesa como una losa.

—Eso son muchos años. Fíjate que yo, hasta hace nada, no me veía pasando tanto tiempo con la misma persona; me canso enseguida de las relaciones y al poco tiempo me agobio. Necesito mi espacio. Y lo que al principio me halaga acaba convirtiéndose en molestia. Pero eso era antes, hoy sé que esos pensamientos eran porque la persona adecuada no había llegado todavía.

—Nunca es tarde. Estarías muy guapa vestida de novia. —Acabo de darle

un golpe bajo, porque supongo que habla de Mario. Debería estar contenta; sin embargo, no siento ningún placer.

—¿Le dices a tu marido que lo quieres?

Hace ver que lo que le he dicho no le afecta y cambia de tema llevándome como ella quiere, hacia no sé dónde ni con qué fin. Podría mentirle, aunque decido que no lo haré; debería importarme bien poco lo que piense de mí, porque nunca superará lo mal que pienso yo de ella.

—No —murmuro dando un sorbo al café, que ya está frío.

—¿Y él te lo dice a ti?

—Tampoco.

Ya no la miro, me agacho para limpiarme del zapato una gota de café que no existe.

—¿Ni cuando hacéis el amor?

Tengo que hacer un esfuerzo para no preguntarle si a ella sí se lo dice, pero hay algo en su mirada que me detiene, no me parece para nada que sea feliz; al menos, no es lo que transmite su cara. No me gusta este juego y no sé por qué le sigo la corriente; aun así continúo.

—Tampoco —digo bajando los ojos, porque soy incapaz de sostener su mirada.

—No quiero que te molestes, pero me parece muy triste. Yo soy mucho de decir te quiero, todo el tiempo; pienso que hay que decirlo antes de que el tiempo nos aparte de las personas.

Se levanta para coger otra Coca-Cola y me pregunta si quiero otro café. Le digo que no y aprovecho que está de espaldas para contraatacar.

—A mi madre sí que se lo digo, cada vez que voy a verla o la llamo —apunto, aunque no es verdad, pero sé que ella tampoco lo hace con la suya.

—¿Y a tu hija? —pregunta. No está dispuesta a darme ninguna explicación sobre ella y la relación que mantiene con su madre.

—Ya es mayor, supongo que no querrá que se lo diga y ella ya lo sabe. —Acabo de decir la frase y me parece horrible. ¿Qué clase de respuesta es esa?

Decido ser sincera y decir la verdad, y aunque tampoco me gusta, me parece un poco menos fea—. Supongo que perdí la costumbre. No recuerdo cuándo empecé a dejar de decírselo y ahora me da vergüenza. Si hoy llegara a casa y le dijera que la quiero, pensaría que me he vuelto loca o que me voy a morir y me estoy despidiendo de ella.

—Las malas costumbres nunca sabes cómo llegan, se instalan y ya está, es casi imposible echarlas. Pero se puede, solo es cuestión de ponerle ganas. Yo, a Clara, se lo digo cada día; se lo prometí cuando nació y creo que es la única promesa que no he roto. ¿Por qué te da vergüenza decirle a tu hija que la quieres? No lo entiendo.

—No sé explicarlo. Es una cosa que está ahí y ya está.

—Pues deberías intentar solucionarlo; a veces es más tarde de lo que pensamos.

Como siempre que estoy con ella, me parece que todo lo que dice tiene una doble intención, y no es porque yo sepa lo de ella y Mario, es otra cosa que no alcanzo a comprender.

Por la forma de mirarme y por su silencio, deduzco que se acabó la conversación por hoy. No me equivoco. Se levanta, tira las latas a la papelera, y cuando se vuelve ya no veo en ella a la mujer que hablaba conmigo hace un minuto. A pesar de que tiene la misma mirada triste, los mismos ojos hinchados, parece otra.

—No quiero entretenerte —dice invitándome a marcharme—, estas dos semanas no te llamaré para nada y no quiero estar pendiente del teléfono; te pido que no me llames tú tampoco a no ser que sea una emergencia, y una emergencia es que mi madre se muera. Siento parecer borde, pero quiero disfrutar con mi hija, las dos solas.

—Tranquila, lo entiendo; espero no tener que llamar. Disfruta de tus vacaciones.

—Gracias, eso haré.

Cuando estoy llegando a la puerta, la oigo llamarme:

—Natalia.

—Dime —digo girándome.

—Nada. No tiene importancia.

Nos quedamos quietas las dos, una frente a la otra, y espero un poco antes de irme, por si se decide a hablar. Como veo que no lo hace, salgo a la calle repasando la conversación que hemos tenido y pensando en cuántas cosas tengo que arreglar en mi casa.

Irene

A las ocho en punto aparece Jaime, se baja del coche y coge las bolsas de viaje para meterlas en el maletero. Besa a Clara y a mí me da un abrazo que dura demasiado; tengo que hacer un esfuerzo para no llorar. No sé lo que va a pasar ni si vamos camino a la locura, pero sé que tengo que estar con él, por si hubiera que remendar heridas del pasado; no puedo dejarlo solo.

Cuando dejamos atrás la ciudad, tomamos la carretera que bordea la costa. Vamos despacio, como si no quisiéramos llegar a nuestro destino. Atrás van quedando pueblos costeros y pienso que todo sería mejor si fuera así de fácil escapar de lo que nos hace daño, dejar atrás lo que nunca debió ocurrir. Miro a Jaime y lo veo concentrado en la carretera, con la mandíbula apretada y los hombros tensos. Es un hombre muy guapo; sin embargo, a pesar de haber tenido montones de relaciones, ninguna ha cuajado; debe de ser algo genético. Es en lo único que nos parecemos: él es muy reservado y tímido; en cambio, yo no siento ningún tipo de pudor al explicarle mis cosas, ni siquiera las más íntimas. Yo lo que sé de las suyas he tenido que escucharlo siempre a oscuras, escondidos y sin pasar nunca los límites que él pone.

Después de algo más de dos horas, llegamos a nuestro destino, un pueblo pequeño donde no proliferan las tiendas tan características de los sitios turísticos de playa, solo unas casas bajas con las puertas abiertas. La plaza está desierta, exceptuando a tres hombres mayores que beben y fuman a la puerta de un bar.

Jaime detiene el coche sin apagar el motor y nos pide que esperemos un momento. Entra en el bar para salir enseguida con un sobre en la mano que tira encima de mis rodillas. Lo abro y saco una llave, unos folletos de publicidad con los sitios cercanos que se pueden visitar y otro con las normas de la casa donde nos alojaremos. Subimos por una carretera estrecha hasta que llegamos a una casa grande y destartada. Clara me mira con cara de sorpresa, aunque no dice nada.

Quiero pensar que tiene este aspecto porque es de noche y está oscuro; mañana, con la luz del día, la veremos de otra manera.

Entramos en un pequeño recibidor que conecta con un pasillo con puertas a ambos lados. El suelo es de losetas de barro cocido y los muebles no guardan ningún orden estético, pero está todo limpio y recogido. Vamos abriendo puertas para investigar, y lo que vemos no tiene nada que ver con el exterior. La casa no está para nada descuidada.

La cocina se ve antigua y los armarios son de obra; en lugar de puertas, unas cortinas fruncidas ocultan lo que hay en su interior. Después de curiosear la casa, Clara y yo elegimos una habitación desde la que se puede ver el mar a través de la ventana. A estas horas solo se oye el sonido de las olas rompiendo contra las rocas.

Jaime sale para comprar algo de cena mientras nosotras sacamos la ropa y la colocamos en el armario. Antes de hacerlo, meto la cabeza dentro y aspiro buscando olor a humedad o a naftalina, pero no lo encuentro, así que empezamos a colgar los vestidos en las perchas de madera, y las camisetas y el resto de las prendas en las estanterías.

Salgo a ver el exterior, le doy a un interruptor que hay al lado de la puerta y al encenderse la luz descubro a un lado de la casa, una buganvilla enorme que cubre por completo una pérgola, unas baldosas cubiertas de moho y una mesa de mimbre con cuatro sillas de madera, a una de las cuales le falta una pata. El aplique de latón está oxidado y cubierto de telarañas. El aspecto es de abandono total, parece ser que solo se han preocupado de adecentar el

interior. Me gustaría pasear un poco para ver algo más, pero está muy oscuro y me da miedo. Oigo el ruido del motor del coche y salgo al encuentro de Jaime, al que ayudo con las bolsas.

Nos comemos los bocadillos que ha traído sentados en los escalones de la entrada. Hace una noche preciosa, mañana limpiaré la terraza. Sería una pena desaprovecharla los días que estemos aquí.

No quiero mirar a Clara; sin embargo, desde que la enfermedad regresó no puedo apartar la mirada de ella. Está apoyada en la fachada de la casa, batallando con el bocadillo, que parece la boca de un cocodrilo abierta. Me recuerda a los primeros que le daba cuando era pequeña, de los que se salía el embutido porque no los apretaba bien. Si me descuidaba, la veía cogiendo las lonchas de queso llenas de tierra del suelo del parque para volver a meterlas entre el pan.

Cuando la veo levantar la cabeza, desvío la mirada.

—Mamá.

—¿Qué?

—Se me ha dormido la mano.

—¿Qué mano?

—Esta —dice levantando el brazo izquierdo.

Dejo mi bocadillo en el suelo, encima de la servilleta, y me acerco a ella. Le aprieto los dedos y le masajeo el brazo para activar la circulación.

—¿Se te pasa?

—No, es como si tuviera hormigas andando por dentro.

Sigo friccionando con fuerza. Jaime abandona su cena, se levanta y se aleja unos metros mientras pasea de un lado a otro. Solo se oye el sonido del mar y el cri, cri de los grillos. Observo a Clara y siento un nudo en la garganta; sé que no podré soportar su ausencia y que cada día que pase se producirán cambios para los que no estoy preparada. Durante un momento creo que voy a llorar, pero logro reprimir las lágrimas, que me trago como hago cada vez que estoy con Clara, y creo que si sigo haciéndolo, me ahogaré con ellas.

Sonríó para tranquilizarla y le digo que será de haberlo tenido en una mala postura. La acompaño dentro y cuando se tumba en la cama la arropo hasta la barbilla, meto la sábana debajo de su cuerpo, y parece un gusano de seda dentro del capullo, como hacía cuando era pequeña. Pongo un pañuelo encima de la lamparita de noche, para que la luz sea más tenue. Me siento a su lado y le peino el pelo con los dedos.

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y te contaba esos cuentos tan largos porque tú no querías que me fuera de tu habitación y cada vez que terminaba me decías: «¿Y qué pasó después?»?

—No.

Su sinceridad me desarma y me gustaría saber qué recuerdos tiene de cuando era pequeña y si el tumor se llevaría también parte de su memoria.

—Había uno que te gustaba especialmente, era de una sirena que ayudaba a unos pescadores, y cuando alguien te preguntaba qué querías ser de mayor siempre decías: «Sirena». ¿Tampoco te acuerdas de eso?

—De las sirenas sí me acuerdo, tenía una encima de la cama —dice refiriéndose a una sirenita de tela que compré en una feria. ¿Dónde estará? La perderíamos en alguna mudanza o quizá ella la descartó cuando fue más mayor.

—Hemos venido aquí porque me han dicho que hay un lugar desde donde se las puede ver.

—Mamá, tengo quince años, las sirenas no existen.

—Claro que existen, ¿quién ha dicho que no?

—Lo sabe todo el mundo.

—Pues deberías saber que a veces el mundo se equivoca.

—Ya.

—¿Te he engañado alguna vez?

Piensa un poco antes de contestar.

—No.

—¿Entonces?

—Las sirenas sí existen.

—Pues ahora solo falta que sepamos buscarlas. Duérmete, voy un rato fuera con tu tío. Vendré enseguida.

Le doy un beso, le digo que la quiero, como hago cada día, y ella cierra los ojos para decirme: «Y yo». No me dice te quiero y pienso que ya no tendré tiempo para enseñarle a decírmelo sin que le dé vergüenza, porque el tiempo se esfuma, así que me conformo con ese «y yo».

Cuando salgo, encuentro a Jaime de pie, con las manos en los bolsillos, dando patadas a las piedras que hay en el suelo. Me acerco a él, que se vuelve al escuchar mis pasos, y nos quedamos de pie, mirándonos, él sin sacar las manos de los bolsillos y yo con los brazos cruzados debajo del pecho. Le tiendo la mano, que él coge, y tiro de él hacia mí como si fuéramos una pareja de baile, y eso hacemos, bailar en el silencio y la oscuridad de la noche mientras tarareo bajito una canción y él me dice al oído:

—Putá vida.

Me despierto pensando en que no he llamado a la doctora. Busco una cafetera y me preparo un café de un paquete que traje de casa. Jaime no está y el coche tampoco. Antes de nada, hago la llamada y dejo un mensaje en el contestador. Clara no se someterá a la operación. No doy ninguna explicación, solo mi decisión; ignoro si será la acertada, pero no voy a cambiarla. Meto el móvil en un armario para no verlo, no quiero estar pendiente de él. La única persona que querría que me llamara no lo hará, y cuando lo pienso se agranda la pena que siento, porque dos duelos serán demasiados; no habrá manera de remontar, lo sé.

—Buenos días.

Me giro y veo a Clara en la puerta de la cocina. Tiene el pelo revuelto y aunque la observo con detenimiento no veo nada fuera de lo normal en su cara; no sé qué es lo que pasará, pero sé que llegará, y por lo que me dijo la doctora será más pronto que tarde.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Bien. Pero me duele un poco la cabeza.

Se frota los ojos con las yemas de los dedos y se deja caer en la silla. Se desploma como si estuviera agotada después de haber hecho un gran esfuerzo.

Le doy un Cacaolat y un paquete de galletas que metí ayer en el bolso; tendremos que ir después a comprar, no tenemos nada.

Después de desayunar, salimos a pasear. La casa está apartada, es la última de una calle sin salida. La dejamos atrás y subimos con cuidado por un acantilado que bordea el mar. Agarro a Clara de la mano, tengo miedo a que resbale y se caiga. Multitud de árboles pueblan el camino, como si las ramas quisieran alcanzar el agua para beber; en algunos tramos tenemos que agacharnos para pasar por debajo de ellas. El camino continúa, pero decido volver por si viene Jaime y no nos encuentra; vendremos otro día. Me da la sensación de que aquí no hay muchas más cosas para hacer.

Tardamos más de lo normal, con Clara todo es más lento.

Desde aquí arriba, veo a Jaime sentado en una de las sillas sucias de la terraza. No se da cuenta de que hemos llegado hasta que le sacudo el hombro con cuidado.

—Eyyy, hermanita, ¿dónde estabais?

—Hemos ido a echar un vistazo. Esto es precioso, no me explico cómo es que no hay nadie.

—Aquí no hay nada que hacer ni ningún sitio a donde ir, no hay heladerías, ni terrazas de bares, ni tiendas. Casi no hay cobertura. ¿Quién querría venir aquí? A pocos kilómetros hay un pueblo lleno a reventar de turistas donde encuentran todo lo que se supone que te hace más feliz.

—No cambiaría un sitio por otro; la playa está desierta, me parece una cosa increíble en el mes de julio. ¿Te has dado cuenta de la paz que hay?

—Este es el último sitio en el que encontraría paz.

Al oírle decir eso me doy cuenta de lo desafortunado de mis palabras.

—Vamos a vestirnos —dice Clara, rompiendo la tensión del momento—. Estamos en pijama.

Elegimos unos vestidos largos de algodón cómodos y frescos, nos montamos en el coche para ir a comprar, aunque me da una pereza tremenda. Nos detenemos en la plaza del pueblo, donde está la única tienda que hay, al lado el bar donde recogimos anoche las llaves de la casa. Ahora hay una mesa fuera vacía.

Entramos en la tienda. Está oscura y no hay nadie. Curioseamos por las estanterías, pero no hay nada que me dé confianza, una nevera pequeña con los cristales de las puertas correderas pegados con cinta aislante y las guías llenas de moscas muertas emite un ruido sordo. En su interior, algún paquete de yogures caducados y unas latas de refrescos. No me importa; en este momento de mi vida lo que menos me preocupa es comerme un yogur pasado de fecha. Busco alguna cesta para poner las cosas y no encuentro ninguna.

—Clara, coge lo que te apetezca.

—No me gusta nada.

—Algo habrá.

Jaime no dice nada, pasea, coge un paquete de cervezas y saca una botella de agua de la nevera.

—Aquí no hay nada, tendremos que ir a otro sitio —le digo.

Asiente, pero no deja lo que lleva en la mano; lo pone encima de un mostrador de madera viejo y pegajoso.

—¿Hay alguien? —dice en voz alta.

Se oyen unos pasos, se abre la cortina de conchas que hay detrás del mostrador y aparece un hombre. No le veo la cara porque va mirando al suelo, pero un escalofrío me recorre el cuerpo cuando se acerca caminando y me fijo en la gorra que lleva puesta; una gorra blanca de marinero con la visera azul y un ancla bordada en la parte de delante.

Siento una especie de pavor cuando levanta la cabeza y distingo su cara; a pesar de los años que han pasado, reconozco esos ojos diminutos como dos

cabezas de alfiler y la boca con los dientes sucios y negros. Rodeo a Clara por los hombros en un gesto de protección instintivo.

—Buenas, ¿ustedes son los que están en la casa del farero?

—Sí —dice Jaime. Y me pregunto cómo es capaz de contestar como si tal cosa; a mí se me revuelve el estómago al oírlo hablar con esa voz rasposa mientras mueve el palillo que tiene en la boca de un lado a otro.

—Si necesitan cualquier cosa, aquí estamos para lo que gusten.

Jaime deja un billete encima del mostrador y sale sin esperar el cambio; yo estoy paralizada, es como si hubiera metido los pies en una charca de arenas movedizas y no pudiera moverlos.

—Mamá —dice Clara, que tira de mi mano.

Salimos de la tienda y miro a Jaime, pero su cara no me dice nada, está impasible. Nos subimos de nuevo al coche y salimos a la carretera. Jaime nos lleva al pueblo de al lado, hacemos el trayecto en silencio y parece que hasta Clara se da cuenta de que algo no está bien. Entramos en un supermercado y llenamos un carro, casi todo comida precocinada y caprichos de los que le negaba a Clara durante la semana porque no quería que engordara demasiado; no habría soportado que además de por su enfermedad se hubieran metido con ella por ser una niña obesa. La he protegido tanto... ¿Y para qué?

Dejamos las bolsas en el coche y vamos a ver las tiendas. No hay nada que me apetezca menos, es por darle un capricho a Clara. Jaime no ha abierto la boca y a mí me cuesta fingir que todo está bien, pero hago un esfuerzo por ella; se merece que el tiempo que esté al cien por cien. Compramos bikinis, pareos, dos anillos iguales, uno para cada una, con una piedra negra, «Turmalina», dice la chica que nos atiende; se supone que nos protegerá de las energías negativas. No me lo creo, pero el anillo es bonito y Clara está entusiasmada; siempre tenemos que andar estirando el dinero porque nunca alcanza para todo. Por último, compramos dos sombreros de paja que nos llevamos puestos.

Comemos en un chiringuito de la playa. Hago un esfuerzo por crear un

ambiente alegre, cosa que me resulta muy difícil; no puedo quitarme de la cabeza la imagen de ese hombre. Miro a Jaime, y si no lo conociera tanto, diría que está bien. Bromea con Clara, le hace fotos con el móvil y sonrío continuamente, pero no deja de jugar con el salero que hay encima de la mesa y no para de mover una pierna arriba y abajo. Pongo una mano encima de su rodilla para detenerlo y me mira con los ojos más tristes que le he visto nunca. Cuando retiro la mano, él pone la suya encima de la mía y entrelazamos los dedos.

Cuando regresamos a la casa, Jaime se va y dice que volverá en un rato. No me dice adónde. No puedo evitar preocuparme, tengo una inquietud por dentro que no me deja estar quieta. Clara y yo nos vamos a la playa, donde no hay nadie; me parece estar en el paraíso. El agua está fría y es tan transparente que se ven peces pequeños nadando por el fondo. Estamos mucho rato en el agua, hasta que Clara dice que tiene frío y le veo los labios morados. Al salir nos tumbamos en la arena, sin toalla; es una arena gorda de la que se sacude bien. Cierro los ojos y procuro sacarme de la mente las imágenes que se agolpan en ella como si se tratara de una película muda, una película sin final feliz, porque todo lo que veo es malo. Me parece que está todo tan mal que no habrá manera de arreglarlo, que cualquier cosa que hagamos nos llevará al mismo final y ese final es siempre el mismo.

—Mamá.

—Dime.

—Me duele el oído.

—Te habrá entrado agua.

—Pero es que me duele mucho, no aguanto.

—Vamos, que te daré algo para el dolor.

Le doy a Clara una ampolla de Nolotil y la envío a la ducha mientras le preparo algo de cena.

No lloro, he tomado una decisión y llorar no sirve de nada, no arreglaré las

cosas ni ayudará a que Clara se ponga bien. Lloraría si supiera que tendré que soportar su ausencia, pero eso no pasará. Pongo música en el móvil e intento llevar mis pensamientos a momentos felices, revivir las cosas buenas que me han pasado y las que me he encargado de inventar sabiendo que nunca sucederían.

Clara se acuesta y me quedo sola en el comedor, enciendo unas velas y abro el libro que compré esta mañana, aunque no leo ni una sola palabra. Me levanto para salir fuera a esperar a Jaime. Hace frío. Me echo un pareo por los hombros y camino un poco. La calle está desierta y oscura, así que regreso y espero en la entrada, sentada en el umbral de la puerta.

No dejo de levantarme para entrar, salir y volver a sentarme de nuevo; la espera me está volviendo loca. Aunque había decidido no llorar, no puedo evitar hacerlo y lloro largo rato, por todo, me desahogo ahora que Clara no puede verme.

Oigo unos pasos, me pongo en pie y una oleada de alivio me recorre el cuerpo al ver a Jaime. Lo miro para constatar que está bien; parece cansado y está tenso.

Espero a que sea él quien hable primero, no me atrevo a preguntar nada.

—¿Qué haces levantada tan tarde?

—Estaba esperándote.

Entra en casa y sale con unas cervezas en la mano. Nos sentamos y bebemos en silencio. Entra a buscar otras dos y al salir se queda de pie un rato, de espaldas a mí. La brisa es fuerte, tengo frío y sin embargo no me muevo, espero. Al cabo de un momento, se sienta a mi lado.

—¿Tú crees que papá lo sabía? —pregunta.

—Creo que no. No lo habría consentido.

—Yo quiero pensar lo mismo, aunque a veces tengo dudas.

—Jaime, me da miedo lo que vas a hacer, deberíamos irnos, subirnos al coche ahora mismo y no mirar atrás.

—Si quieres irte, mañana te llevaré a tu casa, pero yo volveré.

—No voy a dejarte solo.

—Si todo va bien, en un par de días podremos irnos.

Si todo va bien. ¿Cómo va a ir todo bien? No puede salir nada bueno de esto. Pase lo que pase, será un desastre.

—Me voy dentro con Clara, tengo frío —digo poniéndome en pie.

Jaime se levanta también. Se le ve cansado y preocupado. Le doy un beso y lo dejo en el salón. Me acuesto con Clara y me arrimo a ella buscando calor; me he quedado helada fuera. Me arrepiento de haber tirado las pastillas para dormir, porque las noches se hacen eternas cuando el sueño no llega. Daré mil vueltas para dormir tres horas como mucho; mientras tanto, la cabeza no parará de fabricar imágenes, todas terribles, y mañana me despertaré cansada y con dolor de cabeza. Oigo a Jaime moverse de un lado a otro y sé que no seré la única que no duerma esta noche.

El sonido de un mensaje en el móvil me saca del sueño. Estiro la mano y cojo el teléfono. Al ver el número de la doctora, siento una punzada de desilusión; soy tan tonta que todavía espero que Mario me escriba. Me levanto de la cama con cuidado para no despertar a Clara; ha dormido muy poco por culpa del dolor de oído.

Leo en la pantalla del móvil la fecha del día y la hora para empezar el tratamiento de Clara. Lo borro. No habrá tratamiento. No pienso someterla a una tortura que no servirá de nada.

Jaime no está; no debe de haber ido muy lejos, el coche está fuera. Me acerco a la orilla y meto los pies en el agua. No hay nadie, así que dejo la camiseta que me sirvió de pijama en la arena y entro en el agua. Me dejo mecer por las olas; aquí, en el agua, encuentro paz. Mentiría si dijese que me olvido de todo, porque eso es imposible, pero el olor a sal y el sonido de las olas me transportan a mi niñez, a las tardes de playa con mi padre antes de que todo se estropeará. Nado hasta que me duelen los brazos y las piernas, lanzo una mirada a la orilla y veo que me he alejado demasiado; por un

momento me asusto, si me pasara algo nadie se enteraría. Vuelvo deprisa a pesar del cansancio. Al salir del agua, me dejo caer en la arena bocarriba, con los brazos abiertos; el sol me da la vida, noto su calor en mi piel y mi cuerpo es como una batería que está recargándose. Me quedaría aquí todo el día, sin hacer nada más que entrar y salir del agua para tumbarme después en la arena.

Vuelvo a casa. Clara sigue dormida y Jaime todavía no ha vuelto. Me cambio de ropa y entro en la cocina a preparar el desayuno. En este pueblo no hay nada; ahora iría a comprar bollería recién hecha de la que le gusta a Clara o una barra de pan caliente. Tendrá que conformarse con lo que compramos en el supermercado. Antes de terminar, la oigo moverse por la habitación y voy a ver cómo está.

—Buenos días, perezosa.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

—Ya no me duele el oído.

—Mejor, así podremos ir a la playa; hoy hará mucho calor y aquí hay no hay mucho que hacer.

—¿Para qué hemos venido a este sitio?

A veces me parece que Clara intuye las cosas; aunque es imposible que sepa el motivo por el cual estamos aquí, sabe de sobra que no es algo normal y corriente.

—Para descansar y estar juntas las dos solas; tu tío se irá a trabajar dentro de poco.

—Pero es que aquí no hay nada.

—Después cogemos el coche y vamos al pueblo de al lado. Compraremos cosas para entretenernos. A mí me gusta estar aquí, solo contigo, y esto es muy bonito.

—Vale.

Clara se conforma con todo, nunca protesta y se adapta a cualquier

situación. Tenía pensado quedarme aquí con ella cuando Jaime se fuera, pero si quiere irse, nos iremos. Quiero que haga lo que le apetezca. A mí no se me ocurre nada mejor que pasar aquí los días con ella, sin nadie a quien tener que dar explicaciones.

Ya hemos comido y Jaime no ha vuelto. A cada minuto que pasa estoy más preocupada, pero no quiero llamarlo; me dijo que no lo hiciera. Como le prometí a Clara, vamos al pueblo. Le dejo una nota a Jaime, por si vuelve y no estamos; espero que no necesite el coche. Compramos todo lo necesario para estar entretenidas durante unos días: puzzles, que yo odio y a Clara le fascinan; mandalas para colorear; una baraja de cartas; libros y una caja con todo lo necesario para hacer collares y pulseras. Encima de la caja, la foto de dos niñas de unos siete u ocho años concentradas en terminar su tarea; por eso Clara me mira antes de cogerla, como pidiendo permiso, porque es demasiado mayor para ese entretenimiento. De paso, compramos comida suficiente como para no tener que salir del pueblo durante dos semanas, que es el tiempo por el que Jaime ha alquilado la casa.

Cuando volvemos, la puerta está abierta, pero él no está en casa. Dejo a Clara inspeccionando las cosas que hemos comprado y salgo a buscarlo. Está en la orilla, sentado muy cerca del agua, con la ropa y las bombas puestas. Tiene las piernas pegadas al pecho y las rodea con los brazos. Me siento a su lado, me agarro a su brazo y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿Dónde has estado? Estaba preocupada.

—Es mejor que no lo sepas.

Todas las preguntas que quiero hacerle mueren en mi boca porque sé que si ha decidido no contarme nada no lo hará por mucho que insista. Nos quedamos un rato en silencio, pero no estamos incómodos.

—Hoy es el día —dice. No puedo evitar ponerme tensa y él lo nota, porque cambia de postura para rodearme los hombros con el brazo—. Mañana podremos irnos.

—Yo no me iré, he pensado que aquí estaremos bien; a Clara le gusta la

playa y yo no podría elegir otro lugar mejor. No quiero estar en casa encerrada todo el día, no podría soportarlo y no quiero ver a mamá. ¿Te puedes creer que no me he acordado de ella en ningún momento?

—En cambio, yo no he dejado de pensar en ella desde que llegamos. He intentado buscar un motivo para entenderla, porque perdonarla es imposible; no lo he encontrado.

—No hay nada que justifique lo que hizo. Vamos dentro, quiero estar con Clara.

Pasamos las horas de más calor haciendo un puzle de un cachorro que está dentro una caja; después, nos vamos a la playa los tres y durante un rato soy feliz porque Clara está encantada con estas vacaciones. Doy gracias de que no haga preguntas de por qué ahora puede comer lo que le apetezca y no haya horarios ni normas; además, hoy no le duele la cabeza ni el oído y tampoco se le duerme el brazo, y eso me hace dudar del diagnóstico de las pruebas, aunque ese momento dura solo una milésima de segundo; sé lo que hay y sé que nadie se ha equivocado.

Cenamos en la terraza y entro a buscar unos helados. Desde la ventana de la cocina puedo ver a Clara y a Jaime de espaldas; este le dice algo y ella se ríe a carcajadas mientras lo golpea en la pierna, como si quisiera reñirlo por lo que le ha dicho. Ahí fuera están las dos personas que más quiero y la vida me las arrebatara de una u otra manera, porque sea lo que sea lo que pase esta noche pienso que Jaime no volverá a ser el mismo; dudo que a partir de mañana pueda vivir con esa carga a sus espaldas.

Cuando Clara se acuesta, nosotros nos quedamos fuera. Hace aire, pero se está bien. Hablamos de cosas sin importancia, como si dentro de un rato él no fuera a matar a un hombre y como si yo no lo supiera. Ya de madrugada, Jaime entra en casa y al salir veo que se ha cambiado de ropa: una camiseta y un pantalón de chándal negros que no le había visto nunca. Me pongo de pie; él se acerca y me abraza. Es un abrazo de despedida, de «por si acaso las

cosas no salen bien».

—Jaime, no vayas. No solucionarás nada y no puedo dejar de pensar en que te va a pasar algo. Ya ha pasado mucho tiempo, hay que olvidar. ¿Crees que después serás más feliz? Yo pienso que no. ¿Por qué no nos vamos? Ahora mismo despierto a Clara y nos vamos, será lo mejor —suplico.

—Son las dos. Si a las seis no he vuelto, es que las cosas no han salido bien. No llames a nadie, no salgas a buscarme y no hagas preguntas.

—No me digas eso; si has decidido ir, no se te ocurra no volver, porque entonces iré a buscarte. Por favor, ten cuidado. Vete ya o no dejaré que te marches.

Jaime me besa en la frente y se pierde en la oscuridad de la noche.

Enciendo unas velas y hago lo que nunca he hecho: rezo y le pido a ese Dios en el que no creo que por favor proteja a mi hermano; no se merece que le pase nada malo.

No puedo estar quieta. Ando por la orilla, me siento, me levanto y no paro de mirar la hora para ver cómo el tiempo no avanza. Cojo la chaqueta de Clara que está en el sofá y me la pongo. Me siento en los escalones y me tumbo en el suelo bocarriba. Miro el cielo y contemplo las estrellas. ¿Sería verdad lo que me decía mi padre cuando era una niña, que cuando alguien muere aparece una estrella nueva y que si miramos al cielo con detenimiento veremos que hay una que brilla más que las otras, y que esa estrella no dejará de brillar mientras haya una persona que la busque por las noches? En cambio, si nadie la busca, la estrella irá apagándose irremediamente. Por eso, en el cielo hay noches que no hay casi ninguna y otras está lleno de ellas.

Miro al cielo y busco a mi padre, pero no encuentro ninguna estrella que brille por encima de las demás; entonces, lloro. Lloro por haber dejado de buscar a mi padre en las estrellas hace tiempo; lloro por Jaime, porque lleva una carga encima que no podrá superar nunca; pero sobre todo lloro por mí y por Clara; por mí, porque hay muchas formas de soledad y a pesar de tener mucha gente que me quiere me siento terriblemente sola y sé que no voy a

poder recuperarme de tantas pérdidas. Y lloro por Clara, por todas las cosas que va a perderse y porque no debería tener que pasar por un calvario para más pronto que tarde terminar brillando en el cielo una noche de verano en que alguien se acuerde de ella.

Cierro los ojos, inspiro profundamente para intentar tranquilizarme y vuelvo atrás treinta años en el tiempo.

Me veo con la ropa que llevaba ese día como si fuera ayer, un pantalón tejano corto y una blusa atada a la cintura con un nudo que deja al descubierto mi barriga de niña, una barriga plana y morena. Si me concentro, puedo ver hasta la línea de vello rubio que baja por mi ombligo hasta llegar a la cinturilla del pantalón. Voy camino de la caravana, empujando la bicicleta por el manillar, porque ya es tarde y está prohibido montar. Camino deprisa, porque oigo la voz de mi madre a través de los altavoces y sé que es la última canción de la noche. Tengo que estar allí antes de que llegue ella. Un poco antes de llegar, me cruzo al hombre de la gorra de marinero; ese hombre me da miedo; a pesar de ser una cría, percibo que es peligroso. Me dan asco los caramelos que nos da a Jaime y a mí cuando vamos a su despacho con mis padres, nunca me los como. Lo saludo por educación, pero creo que ni siquiera me ha visto. Subo los dos escalones de golpe y me asusto cuando veo a Jaime en el suelo, llorando. Tiene los ojos rojos y la nariz llena de mocos, que se limpia con las manos cuando me ve. Al principio pienso que se ha caído o se ha dado un golpe; es al acercarme a él para preguntarle qué le ha pasado cuando me doy cuenta de que tiene los pantalones y los calzoncillos bajados. Cuando me acerco para ayudarlo, me da un empujón con tanta fuerza que me tira al suelo. Se sube el pantalón y se tumba en la litera mientras me dice que si se lo cuento a alguien no me hablará nunca más y ya no será mi hermano. Me tumbo en mi litera, aterrorizada por lo que he descubierto, porque a pesar de ser una niña, la escena no deja lugar a dudas.

Oigo pasos y cierro los ojos bien fuerte, como si el hecho de no ver me hiciera ser invisible. No me hace falta abrirlos para saber que es mi madre.

Siempre llega ella primero. Mi padre se queda recogiendo el equipo para después tomarse una cerveza bien fría en una copa grande con el dueño del bar; es un ritual que repite después de cada actuación. Al llegar, nos pregunta qué demonios hacemos en la cama. Jaime se levanta como si no hubiera pasado nada y yo lo imito, pero a ella no le pasa inadvertida la tensión que hay en el ambiente ni la cara de Jaime, y nos interroga pensando que hemos hecho alguna trastada. Nos dice que hasta que no le digamos lo que ha pasado no nos moveremos de allí, que a qué vienen esas caras. Permanecemos mudos los dos, mirando al suelo y sin abrir la boca. No sé cuánto tiempo estamos allí de pie, pero tiene que ser mucho. Cuando llega mi padre, cenan juntos mientras nosotros permanecemos quietos como dos estatuas de piedra. Después se sienta enfrente de nosotros con los brazos cruzados a esperar, hasta que mi padre le dice que nos deje tranquilos, que sea lo que sea lo que hayamos hecho no será para tanto.

Nos deja irnos a la cama no sin antes amenazarnos con el dedo, diciendo que como pierda su trabajo porque alguien venga a quejarse de que hemos hecho algo que no debemos, nos dará una tunda tan grande que no podremos sentarnos durante mucho tiempo.

Aunque esto es terrible, no es lo peor; lo peor llega a la mañana siguiente, cuando mi madre descubre una mancha de sangre en los calzoncillos de Jaime. Me pide que vaya con ella a la lavandería del *camping* y coge el cubo con la ropa sucia. Pero no es allí adonde vamos. Entramos en los baños, abre todas las puertas para asegurarse de que no hay nadie y me pide que le cuente lo que ha pasado. No quiero hacerlo y cuando acerca su cara a la mía y me mira con ojos de loca, amenazándome con raparme la cabeza con la máquina de afeitar de mi padre, siento pavor; pero me da igual que lo haga, le he prometido a Jaime que no diré nada y no lo hago. Cuando se da cuenta de que no hablaré, sale furiosa y olvida el cubo con la ropa sucia. Pasamos el día encerrados en la caravana, Jaime metido en la cama y yo con él. Al principio, me tira al suelo a empujones, pero yo vuelvo a tumbarme a su lado una y otra

vez hasta que se cansa de hacerlo. Al entrar mi madre, nos volvemos de cara a la pared; por el ruido que hace, sé que está cambiándose de ropa. Nos da un grito para ordenarnos que salgamos de la cama y vayamos con ella. La seguimos, y cuando entramos en la recepción, empiezo a sudar. Agarro a Jaime de la mano y él no se suelta; en cualquier otro momento, se hubiera dejado matar antes de que lo vieran cogido de mi mano. El dueño del *camping* está sentado detrás de una mesa llena de papeles y folletos con la gorra en la cabeza y el palillo entre los dientes. Nos hace esperar antes de decirnos que pasemos a su despacho. Le ofrece asiento a mi madre y a nosotros nos da unos caramelos que coge de un cesto de mimbre que hay encima de la mesa y que no cogemos. Vuelve a dejarlos en el cesto y se dirige a mi madre para saber qué se le ofrece. Esas son sus palabras: «¿Qué se le ofrece?». Y siento una repugnancia tan grande cuando la oigo negociar con él más días de trabajo a cambio de su silencio que me dan ganas de levantarme y escupirle en la cara. Por supuesto, no lo hago, solo soy una cría, así que tengo que quedarme allí escuchando que cantará tres días allí y el resto de la semana en dos hoteles que hay en el paseo marítimo y de los que es el propietario. ¿Cómo ha sido capaz de hacer algo así?

Cuando está satisfecha con las negociaciones y lo ha dejado todo bien atado, se levanta y estrecha su mano. Nos dice que nos despedamos y Jaime se suelta de mi mano y sale corriendo. Salgo tras él, lo sigo por la carretera y tengo miedo de perderlo de vista, porque llevo unas sandalias que se me salen, así que me las quito y corro descalza con ellas en la mano. Se detiene al llegar a un mirador que hay al final de un bosque de pinos. A esa hora no hay nadie, el sol da de lleno y es imposible estar allí. Se tapa la cara con las manos y no deja de llorar. Le paso la mano por los hombros y él los sacude para deshacerse de mí como había hecho esa mañana en la cama. Tengo los pies llenos de heridas que me duelen y me escuecen, pero estoy segura de que el dolor que debe de sentir mi hermano es mucho más grande, así que por eso no lloro, porque soy la mayor y Jaime tiene que saber que no soy una llorona

que no hará nada para ayudarlo. Al cabo de un rato, consigo que me acompañe a la sombra, debajo de los pinos, y allí hablamos de lo que vamos a hacer.

Todavía después de tantos años me resulta doloroso pensar por lo que tuvo que pasar; tener que ver durante un verano entero al hombre que lo había violado debió de ser horrible. A eso había que añadir el odio que debía de sentir por nuestra madre. A partir de ese día, se acabaron la playa y las noches de pesca con mi padre, se acabó el verano y a él se le acabó la infancia. Creo que mi padre nunca supo lo que pasó. Me preguntaba si yo sabía lo que le pasaba a Jaime, si se había enfadado con algún amigo, pero yo mentía y le decía que no. Cuando fui más mayor, estuve a punto de contárselo más de una vez, sobre todo cuando me enfadaba con mi madre por algo, pero pensaba que era innecesario añadir más dolor, así que opté por guardar silencio.

La relación entre mi madre y mi hermano nunca se arregló; a pesar de que él era solo un niño no fue capaz de perdonarla. Se ignoraban y él hacía todo lo que sabía que a ella le molestaba. En cuanto pudo, se independizó; y al morir mi padre dejó de ir a casa de mi madre. Se veían en las celebraciones familiares. Él era educado con ella, le preguntaba cómo estaba y poco más. Nunca lo vi darle un beso al llegar ni tampoco al despedirse. Se merece todo su desprecio; lo que hizo es lo más sucio que se me ocurre que puede hacer una madre, y todo por tener más tardes de gloria en unos hoteles de tercera, donde daba pena verla cantar el mismo repertorio anticuado y caduco, para unos jubilados tan pasados de moda como la ropa que ella llevaba.

Algo me roza las piernas y doy un grito a la vez que me incorporo deprisa; es un gato negro que me acaricia con el lomo. No debe de ser un gato callejero, porque no se asusta cuando le rasco la cabeza. No soy supersticiosa, pero el gato dispara todas mis alarmas. Miro la hora. Son las cuatro y media y Jaime no ha vuelto.

Le pongo al gato un plato de leche que ni siquiera mira; debe de estar

harto.

Cojo el móvil para pasar el rato y releo las conversaciones con Mario, y aunque quisiera odiarlo por la manera tan cobarde de desaparecer, no puedo. Al leer las cosas que nos dijimos todavía lo quiero más y encima lo compadezco por estar viviendo una vida de mentira con una mujer de la que ya no está enamorado y con la que no tiene nada en común.

Oigo pasos y me levanto de un salto. El gato se asusta y se aparta de mi lado. Es Jaime. A pesar de la oscuridad, reconozco su silueta y su forma de caminar. No salgo a su encuentro, espero a que llegue a la entrada, donde hay luz y puedo verlo bien. Lo inspecciono buscando alguna pista de lo que ha pasado, pero no encuentro nada y tampoco veo nada en su mirada; aparentemente, el hombre que tengo delante es el mismo que se fue hace tres horas. Lo abrazo largo rato, noto que tiembla; lo empujo dentro y cierro con llave.

Otra noche sin dormir y ya he perdido la cuenta de las que llevo así. Durante el día el dolor es más soportable, pero cuando el insomnio se mete conmigo en la cama empeñado en acompañarme durante las horas eternas de oscuridad, se hace insoportable. La memoria trae con ella retales de cosas pasadas y de las que no soy capaz de deshacerme por más que lo intente. Tarareo alguna canción para no pensar, abro un libro que no leo, me levanto, salgo fuera y camino un rato para volver a meterme en la cama con la misma inquietud que llevo dentro desde hace días y que no logro sacudirme.

No son ni las seis cuando Jaime sale y se sienta a mi lado en la terraza; solo se escucha el rumor de las olas y el graznido de alguna gaviota. A estas horas, son las reinas de la arena. Lo miro intentando saber cómo está; él me mira y sonrío.

—Esta tarde me iré, aquí ya no tengo nada que hacer.

Me acaba de decir que ya ha resuelto lo que había venido a hacer y me da un escalofrío. Me abrazo con el pareo que tengo en los hombros.

—¿Y ahora qué?

—Ahora seré un poco más libre.

—Ojalá sea así, aunque no estoy tan segura como tú.

—Tú, a pesar de la enfermedad de Clara, has tenido momentos en los que has sido muy feliz; lo sé porque eso no se puede esconder y porque no tienes secretos conmigo. ¿Imaginas lo terrible que es vivir sin haber sido feliz ni un solo día? Ni uno solo. No he podido disfrutar de ninguna de las cosas buenas que la vida me ha puesto por delante. A lo mejor nuestra madre tiene razón y soy un cobarde para enfrentarme a las cosas.

—No digas eso, no eres ningún cobarde —digo con rabia, aborreciendo a mi madre por decir eso.

—Al menos ahora siento alivio; es como si me hubiera vaciado.

—Eres muy joven, te quedan muchos años por delante. Tienes que hacer un esfuerzo. La mejor vacuna para olvidar es el tiempo, y eso pasó hace mucho. Aunque nunca lo olvides del todo, puedes esconderlo en un rincón de la memoria, por tu bien y porque te mereces ser feliz.

—Pasó más de una vez.

Me lo cuenta todo e intento obviar que el que habla es mi hermano; es la primera vez que se sincera conmigo sin estar a oscuras y no puedo mirarlo a la cara por miedo a que deje de hablar y porque no quiero ver tanto dolor acumulado en sus ojos.

Hasta que no se queda en silencio no me atrevo a mirarlo; está llorando y en su expresión no veo más que el vacío del que hablaba hace un momento. Nunca me había dicho que había sufrido abusos más de una vez. Su confesión me pilla desprevenida y no tengo ni idea de cómo reaccionar ni de qué decir, solo se me ocurre levantarme para ponerme detrás de él y agacharme para abrazarlo por la espalda.

Ya hace dos días que Jaime se fue. Ha pasado una semana sin darme cuenta. Los dolores de cabeza de Clara han aumentado y me parece que arrastra la pierna izquierda cuando camina. No hacemos nada especial: vagamos por la playa buscando conchas y piedras, leo en voz alta porque Clara dice que se le juntan las letras y parecen hormigas, y cuando se va el sol paseamos por el acantilado. Ayer por la tarde vino una señora mayor preguntando si había visto a un hombre de unos setenta y cinco años, corpulento, con el pelo blanco y una gorra de marinero. Le digo que no, que por allí no pasa nunca nadie, y aunque el corazón me late tan fuerte que lo noto en la garganta, muestro indiferencia. Me hace más preguntas, que contesto de modo automático. Que cómo hemos llegado si no hay ningún vehículo, que cuándo pensamos irnos, que por qué hemos elegido este pueblo para veranear, que no le parece el sitio más indicado para que una adolescente se divierta; supongo que mis respuestas le parecerán bien, porque se marcha diciéndome que si lo veo que llame a la policía, porque es posible que se haya perdido y ande desorientado.

Por eso, cuando llaman a la puerta, pienso que vuelve para preguntar de nuevo. Abro y me sorprendo al ver a dos mujeres. La mayor debe de tener mi edad, más o menos, y la más joven no tendrá más de veinte.

—Hola.

—Hola.

No tengo ni idea de a quién esperaba encontrar, pero a mí desde luego que no; debe de haberse equivocado, no puede ocultar la decepción.

—Busco a su marido, por lo de la fianza.

—No tengo marido, te habrás confundido —contesto tuteándola; no me sale hablarle de usted a una persona de mi edad.

Abre una carpeta que lleva en las manos y lee para luego preguntar:

—¿Jaime Montero no es su marido?

—No. Es mi hermano.

—Qué bien. Perdón, no quería decir eso, me he expresado mal...

Igual que hace un momento pude ver la decepción escrita en su cara, ahora veo el alivio y sonrío porque no sé quién es, pero me gusta esta mujer; por eso no le dejo terminar la frase, estoy segura de que será peor la explicación que se invente. La más joven pone los ojos en blanco en un gesto cómico.

—Imagino lo que querías decir; pasad, por favor, hace calor.

Me hago a un lado, entran y saludan a Clara, que está pintando.

—¿Conoces a Jaime?

—No; bueno, sí. Qué lío. Lo he visto un par de veces, soy la propietaria de la casa y él llamó para preguntar el precio, llegamos a un acuerdo y aquí estáis. He perdido su teléfono y no quería quedarme con el dinero de la fianza; tenía que hacer un reportaje de fotos para el trabajo y pensé que viniendo mataba dos pájaros de un tiro.

—Jaime se marchó hace dos días, vendrá el sábado que viene a recogernos, pero te daré su teléfono, no hay problema. Así que esta es tu casa. Sentaos, por favor.

Voy a la cocina, saco unos refrescos, una bolsa de patatas y otra de frutos secos; tengo a montones. Oigo hablar a Clara con ellas y me pregunto si habremos hecho bien quedándonos aquí las dos solas. Enseguida me respondo que sí; en Barcelona no quedaba ninguna de sus amigas, están de vacaciones. Para estar solas, mejor aquí, en la playa y al aire libre, y no encerradas. Lo único que echo de menos son mis libros, montones de ellos por todos sitios, el placer de ir a las estanterías y coger alguno para releerlo, aunque ahora no tenga ganas.

Cuando vuelvo al comedor, la más joven ayuda a Clara a pintar; la otra mira a través de la ventana. Al oírme, se acerca a la mesa y se sienta.

—Me llamo Lucía y ella es Candela —dice mirando a la chica, que no sé si será su hija.

—Irene, y mi hija, Clara.

—Clara es muy guapa, podrías hacerle unas fotos —dice la joven.

—Si ella quiere, que venga; así podrá ayudarnos con la ropa y las pantallas

reflectoras.

Clara me mira pidiendo permiso y le digo que sí, porque después de muchos días, por primera vez la veo ilusionada por algo.

Las dos mujeres salen de la casa y entran con una bolsa de viaje que sacan del maletero, una cámara de fotos que parece profesional, un maletín de maquillaje enorme y una bolsa con sombreros, collares, sandalias y complementos de lo más variado.

Lucía prepara la cámara mientras Candela peina a Clara, que se deja hacer encantada; lo hace con cariño, como si en vez de haberla conocido hace un rato fueran amigas o hermanas. Le dice que no la maquillará, porque es tan guapa que no lo necesita, y siento gratitud hacia esa chica a la que acabo de conocer.

Salen a la playa y las observo desde el porche. Cuando la fotógrafa encuentra el sitio adecuado, empieza a disparar. Candela le dice a Clara cómo tiene que posar. Cada vez que se cambia de vestido, eligen los complementos con cuidado, prueban y descartan hasta dar con el adecuado, como si estuvieran haciendo un reportaje de verdad para una revista. Le hace fotos en la orilla sin importarle que se mojen los vestidos, sentada en la arena y en las rocas. Tienen infinita paciencia con ella, sin desesperarse por la tardanza en cada cambio de *look*; yo, como siempre, me mantengo alerta por si mi ayuda fuera indispensable, aunque de momento no ha sido precisa.

Hace fotografías de las dos juntas, pero ni una de Candela sola; eso confirma mis sospechas. Lo del reportaje no era más que una excusa para ver a Jaime.

Candela es muy guapa, debe de ser modelo. Me hace gracia ver cómo posa para que Clara la vea y cómo esta imita sus gestos como una alumna aplicada. Cuando ya no queda ni un solo vestido que no se hayan puesto, dan por terminada la sesión. Vuelven a casa y las invito a comer; es lo menos que puedo hacer, y Clara está divirtiéndose. Le digo que vaya a cambiarse mientras ellas me ayudan a preparar la mesa. No estoy incómoda con ellas,

aunque haga solo unas horas que las conozco. Me resultan cercanas, como si nos hubiéramos conocido antes. Candela es mal hablada sin llegar a ser ordinaria y Lucía la riñe todo el tiempo. Antes de comer, Lucía me dice que le gustaría hacerme una foto con Clara, las dos juntas; le digo que no estoy arreglada tirando de mi camiseta de algodón y señalando el pantalón corto, aunque ella insiste diciendo que no importa.

Salimos fuera y ella nos dice dónde tenemos que ponernos: en el porche, de cara a la casa y de espaldas al mar. Nos hace movernos hasta que está satisfecha, nos pide que nos quitemos las sandalias y que posemos como queramos. Rodeo a Clara por la cintura con los brazos, entrelazando los dedos como si quisiera retenerla para que no se marchara nunca de mi lado; ella me pasa un brazo por la espalda y ladea la cabeza para apoyarla en mi hombro. Dispara unas cuantas veces y mira el resultado antes de decirnos que ya está. Nos enseña las fotos, que a mí me parecen todas iguales; las hizo tan seguidas que no nos movimos, y siento como un nudo me aprieta la garganta. Estoy mareada y tengo ganas de vomitar. La foto es preciosa, la luz es perfecta y a pesar de ir vestida como una mendiga no lo parece. Lo que menos llama la atención es la ropa; no sé cómo lo ha conseguido, pero la foto habla. La cara de Clara es la viva imagen de la felicidad, y la mía, si no miras los ojos con detenimiento, refleja una paz que no tengo.

Después de comer recogen sus cosas y se despiden. Me acerco al coche y asomo la cabeza por la ventanilla para darles las gracias por haber hecho que el día fuera diferente para Clara, especial, y le pido a la fotógrafa que por favor le dé las fotos a Jaime. Me asegura que lo hará y sé que no miente; de manera indirecta ha estado preguntando sobre él todo el tiempo.

Ya por la tarde salimos a caminar para cansarnos un poco. Procuro llegar a la noche un poco agotada, a ver si así el sueño se digna a visitarme de una vez.

Al volver, la luz del móvil que dejé encima de la mesa parpadea haciéndome saber que ha entrado un correo nuevo. Lo abro y me sorprende al

ver que es de Lucía; ya ha debido de hablar con Jaime, porque yo no le di mi correo. Me alegro de haber servido de excusa para que se pongan en contacto. Son las fotos que hizo esta mañana. Llamo a Clara y nos sentamos juntas para verlas. La mayoría son en color sepia y, aun así, se adivina el azul del mar y el blanco de las nubes en el cielo. Clara las mira una y otra vez, pasando de una a otra deslizando el dedo por la pantalla del móvil, como si no se reconociera en ellas. La que más me gusta es la que nos hizo a las dos juntas; se intuyen tantas cosas si la miras con detenimiento...

Ha hecho un trabajo estupendo; a lo mejor no soy objetiva, porque es mi hija, pero estas fotos transmiten; no porque nos haya sacado favorecidas, sino porque ha sabido captar la esencia del momento. Es como si hubiera fotografiado emociones en vez de a personas, y así se lo hago saber. Le envió un *e-mail* dándole las gracias de nuevo y diciéndole que me parece increíble lo que ha conseguido. Hacer que una foto exprese tanto me parece una cosa imposible. Enseguida me llega un correo de respuesta:

«No hay nada de Photoshop, lo que se ve es lo que hay, aunque quizá debería haberlo utilizado para maquillar la tristeza de tus ojos».

Y una vez más una simple frase escrita por una desconocida consigue romperme de nuevo y vuelvo a llorar. Clara viene con la lata de galletas de mantequilla, que deja encima de la mesa; acerca su silla a la mía y me quita el móvil de las manos para volver a mirar las fotos. Cuando ve que ya no lloro, me dice:

—Qué bien me lo he pasado hoy.

—Me alegro, estarás aquí aburrida conmigo.

—No, que no es eso. Es que no sé explicarte lo que quiero decir.

—Ya sé lo que quieres decir, ¿no ves que soy tu madre? Las madres lo sabemos todo.

—La tuya no.

A pesar de que acabo de decirle que las madres lo sabemos todo, no tengo ni idea de por qué me ha dicho eso, pero tampoco quiero preguntarle; no

quiero ni imaginar que nos haya oído hablar a Jaime y a mí de lo que pasó. Por eso me meto una galleta en la boca, dejando que sea ella la que siga hablando.

—Estoy segura de que la abuela no sabe que lloras tanto, aunque sea tu madre.

Vuelvo a respirar al saber que no se refería a lo que le ocurrió a Jaime.

—A veces es bueno tener secretos, una cosa que nunca le cuentes a nadie, ni siquiera a tu madre.

—¿Aunque ese secreto te haga llorar todos los días? —pregunta.

—Aunque ese secreto te haga llorar todos los días —contesto repitiendo su frase.

—Entonces prefiero no tener ninguno.

Clara lo simplifica todo; ojalá las cosas fueran tan sencillas.

Estamos tumbadas en la cama y noto que le cuesta expresarse cuando habla, es como si se le hubieran olvidado algunas palabras, aunque ella parece no darse cuenta. Espero a que se duerma y me levanto para llamar a Jaime. Dentro de la casa hace calor, salgo a tomar el aire, y apago la luz del porche. Cuando la oscuridad es total, lo llamo.

—¿Qué pasa? Es muy tarde. ¿Clara está peor?

—No pasa nada, me apetecía llamarte. Apaga la luz.

Hay un instante de silencio mientras imagino cómo se levanta y le da al interruptor, aunque yo no pueda verlo, para sentarse después a oscuras, como hizo montones de veces cuando quería contarme alguna cosa que le daba pudor.

—Ya está.

—Clara está peor, tiene el ojo izquierdo hinchado y arrastra la pierna al andar; esta noche le costaba expresarse, confundía las palabras y ni siquiera se daba cuenta. He llamado a su doctora y lo que me ha dicho es horrible; no voy a poder superarlo. No podré vivir si ella no está, no tendrá sentido levantarme por las mañanas. ¿Para qué? ¿Por qué pierdo todo lo que quiero?

Primero a papá, después a Mario, que aunque no está muerto es como si lo estuviera, y ahora a Clara.

Como me quedo en silencio, él entiende que puede hablar.

—¿Quieres que vaya?

—No, no te he llamado por eso, quiero estar con ella, las dos solas. Hoy hemos tenido visita, pero eso ya lo sabes.

Jaime no contesta; está incómodo a pesar de estar lejos, le cuesta mostrar sus sentimientos, por eso sé que la fotografía le interesa.

—Dale una oportunidad a la fotografía y, lo que es más importante, ¿por qué no te la das tú? Me gusta esa mujer, no te imaginas con qué cariño ha tratado a Clara. —Como veo que no dice nada, cambio de tema—. El sábado, cuando vengas a buscarnos, a lo mejor no estamos; te dejaré la llave escondida en el macetero que hay en la entrada. Iremos a dar un paseo por el acantilado. Le dije a Clara que la llevaría a ver las sirenas.

—¿Y qué inventarás cuando no las vea?

—Algo se me ocurrirá. ¿Tú estás mejor?

—Aunque te parezca un monstruo, sí.

—Nunca pensaría eso de ti y me gustaría que nunca lo pensaras de mí, ni siquiera si alguna vez hago alguna cosa que te parezca horrible.

—No se me ocurre nada peor que matar a un hombre.

—Hoy he visto a un grupo de gente por el acantilado, gente mayor, supongo que del pueblo; estarán buscándolo. Y esta tarde han venido dos policías haciendo preguntas. Ten cuidado, estoy asustada.

—No tienes que preocuparte.

—Jaime.

—Dime.

—Te quiero y siempre estaré cerca.

—Yo también te quiero, rubia.

Después de colgar, me meto en la cama con Clara; no tengo nada de sueño, pero quiero estar a su lado.

Qué pronto pasa el tiempo cuando no quieres que lo haga. Dentro de tres días vendrá Jaime a buscarnos. Se me han pasado las dos semanas volando a pesar de que estos últimos días no han sido fáciles. Clara ha empeorado a pasos agigantados. Los dolores de cabeza son constantes, está cansada y a veces de mal humor; esto es lo que más pena me da, siempre ha tenido buen carácter a pesar de su enfermedad y de sentirse diferente de las otras niñas. Nunca la he oído quejarse ni enfadarse, y cada día que pasa se parece menos a ella.

Me levanto muy temprano y, como cada día, lo primero que hago es mirar el móvil, que escondo en la cocina por la noche para volver a dejarlo en el mismo sitio, desinflada y desilusionada por no hallar lo que espero. Hay muchos mensajes que ni siquiera abro de Elvia y de mis amigas, que deben de estar preocupadas; ni uno solo de Mario. Me pregunto cómo estará, si de verdad me quiere como me dijo supongo que también estará sufriendo.

Voy a la playa antes de que Clara se despierte. Cuando está ella no puedo alejarme, no me quedo tranquila, así que nado un buen rato, descanso unos instantes haciendo el muerto y dejándome mecer por el agua. Al acercarme a la orilla, veo a una mujer de pie mirándome y, a pesar de que he entrado en calor por el esfuerzo, noto que un escalofrío me recorre la nuca y me eriza el pelo. Me viene a la mente el hombre de la gorra, pero lo veo muerto a pesar de no saber de qué manera ocurrió; por eso salgo de prisa del agua y me enrolló en la toalla que dejé en la orilla, ignorando a la mujer que me mira con curiosidad. Me dispongo a irme cuando se acerca a mí. Tiene el pelo blanco recogido en un moño y las cejas tatuadas, es mayor y está muy delgada. Va vestida con una camisa blanca de manga larga, una falda negra estrecha y está descalza; no lleva nada en las manos, ni un móvil ni unas llaves ni los zapatos, solo una libreta y un lápiz; por eso, al principio, pienso que ha venido a dibujar. No sé de dónde ha salido, en la arena no hay ninguna bolsa, ni toalla, ni nada; es muy temprano y no se parece a ninguna de las mujeres que he visto en el pueblo. Me saluda y me dice que si puede hablar conmigo, que es rusa y está aprendiendo *español* y tiene que practicar. Dice

que me ha visto cada día y sabe que estoy sola; es la primera vez que la veo. Si me ha visto, ha debido de ser desde el acantilado, aunque es imposible que no la haya visto subir ni bajar porque desde el otro lado no hay acceso.

Le digo que sí, pero que tengo un poco de prisa. «Prrrrisa —repite ella alargando la erre—. ¿Qué significa *prrrisa*?». Se lo explico como mejor puedo y no sé si me entiende, ella me dice que sí. Hablamos durante un rato en el que me interrumpe a cada momento para preguntarme por el significado de alguna palabra y yo no dejo de mirar a la casa; dejé la puerta abierta y Clara está sola. Entonces me pregunta que por qué estoy nerviosa, le digo que espero a alguien y me tengo que arreglar. «Arrrrreglar, ¿qué significa arrrrreglar?». Apunta todo lo que le digo en una libreta y cuando considero que puedo marcharme sin ser maleducada, le digo que me tengo que ir, que es una pena que no podamos seguir con la clase de *español*. Nos despedimos y me dice «buena suerte»; yo también se la deseo y eso me hace pensar que será verdad que es rusa y está aprendiendo el idioma, porque aquí no nos despedimos de nadie deseándole buena suerte. Me doy la vuelta dispuesta a marcharme y cuando estoy de espaldas le oigo preguntarme:

—Irene, ¿qué significa *cuenta atrrrrás*?

Me giro y la miro con curiosidad. No recuerdo haberle dicho mi nombre; es más, estoy segura de que no lo hice, igual que ella no me ha dicho el suyo, y no sé qué decirle. ¿Cómo explicarle qué es la cuenta atrás a alguien que te interrumpe a cada instante porque no conoce el significado de alguna palabra? Podría decirle que es el tiempo que queda para que pase algo, pero por la forma en que me mira pienso que ella ya sabe lo que significa, por eso le digo que la cuenta atrás son los días que nos quedan.

—Los días que nos quedan —repite mientras escribe en la libreta.

Camino deprisa y noto sus ojos clavados en mi espalda, y sigo oyendo la frase en mi cabeza: «Los días que nos quedan». Entro en casa y cierro sin volverme. Empujo la puerta con el culo, me quedo apoyada en ella unos segundos y echo la llave. Voy a la cocina y corro la cortina con cuidado para

mirar fuera sin ser vista, pero ya no hay nadie. No le ha dado tiempo de ir a ningún sitio, solo hacia el acantilado, pero allí no hay salida. Me asomo a la habitación y cuando veo que Clara sigue dormida me doy una ducha; no me encuentro bien, la conversación con la rusa me ha dejado mal cuerpo.

Pasamos el día tumbadas a ratos en la playa y a ratos en el sofá de casa. Leo en voz alta el libro que empezó Clara y que no puede terminar porque no ve bien; la mayor parte del tiempo la pasa dormitando.

Cuando se va el calor, bajamos al pueblo. Entro en la tienda para ver si averiguo algo, pero igual que la otra vez, no hay nadie. Damos una vuelta rápida y cojo dos bolsas de patatas que no tengo la intención de comer. Las dejo encima del mostrador y grito un saludo. Oigo unos pasos que vienen de la trastienda y el corazón amenaza con salir brincando por la garganta. Hasta que no se abre la cortina y veo aparecer a la mujer que vino a preguntar por él no me relajo. Me mira como si fuera un bicho al que le gustaría aplastar con la suela del zapato. No quiero preguntar por no levantar sospechas, aunque si no lo hago puede que parezca raro.

—¿Han encontrado a su amigo?

Al ver cómo me mira me arrepiento de haber hecho la pregunta; no querría perjudicar a Jaime.

—No es mi amigo, es mi hermano.

La miro con detenimiento y reconozco a la mujer que conocí de niña; ha envejecido muy mal, era muy guapa, siempre impecable, con aquellos vestidos estrechos que moldeaban su cuerpo dejando ver una figura espectacular, y la sonrisa que lucía blanca y perfecta ahora se ve negra.

—Lo siento, no quería molestarla. Si me cobra, nosotras nos vamos ya.

—¿Es su hija? —dice señalando a Clara con la cabeza.

—Sí.

—Eres muy guapa, me recuerdas a alguien que conocí hace muchos años —dice mirando a Clara y después a mí.

Clara no se parece en nada a mí, no podemos ser más diferentes.

De pronto, tengo ganas de salir corriendo; no ha sido buena idea venir, pero cómo iba a imaginar que esta mujer era su hermana. Ahora sé que ella sí que me ha reconocido a mí, sabe quién soy. Dejo un billete de cinco euros encima del mostrador y ella se demora en darme el cambio. Busca las monedas en un cajón y va dejándolas caer de una en una. Cuando termina, las recojo y siento repugnancia al tocarlas, porque acabo de caer en la cuenta de que si me ha reconocido y no ha dicho nada es porque sabe que tienen mucho que ocultar. Si ella sabía lo que hacía su hermano y lo consintió, me parece tan mala como él.

Salimos deprisa. A escasos metros de la tienda hay una papelería. Tiro las bolsas de patatas y las monedas y me limpio las manos en el vestido.

Pasamos el resto de la tarde dentro de casa; desde que estoy aquí, es la primera vez que nos encerramos con llave antes de que se haga de noche. Clara se prueba ropa y me pide que la peine. Cuando se cansa, jugamos a las cartas y me doy cuenta de que no ve bien, aunque no me lo diga; se acerca las cartas demasiado a la cara y tira las que no corresponden. Yo hago ver que todo está bien y no hago preguntas. Dejamos el juego con el pretexto de que me duele la cabeza y veo cómo suspira aliviada. Ponemos una película en el portátil y la vemos mientras comemos helado. La película no me interesa para nada, es una historia de adolescentes, pero se me hace corta por el simple placer de estar sentada al lado de Clara.

Mañana es sábado, hora de volver. Las olas acarician mi cuerpo como las manos de un amante experto, ese amante al que tanto echo de menos, aunque nunca me puso un dedo encima. Estoy tumbada en la orilla, muerta de miedo por lo que va a pasar. Ayer fue un día horrible, Clara estuvo todo el día tumbada con la casa a oscuras porque le molestaba hasta la luz. Le di más ampollas de Nolotil de las que correspondían. Le adelantaba la dosis, porque

no soportaba verla sufrir; ni siquiera se levantó a comer. Ahora está dormida. Me gusta mirarla cuando duerme, porque es como si el maldito tumor también estuviera dormido, distraído, pero sé que no es así; sigue trabajando sin descanso, ocupando un espacio que no le pertenece. Me levanto despacio y salgo del agua para volver a desandar el camino hasta la casa. El cielo se ha oscurecido, parece que va a llover. En la entrada veo a Clara, que me saluda con la mano, y al acercarme y verla todos mis temores se hacen realidad. Tiene la boca torcida en una mueca que le desfigura la cara. La comisura del labio le llega casi hasta la oreja y el ojo está tan hinchado que apenas puede abrirlo. Tengo que hacer un esfuerzo para que mi cara no me delate, aunque creo que no se daría ni cuenta.

—Buenos días, ¿cómo está mi princesa? —le digo al oído mientras la abrazo y cierro los ojos reprimiendo las ganas de llorar.

—Mamá, no soy una princesa, que ya soy mayor.

Su voz suena distinta y pido que ella no se dé cuenta y no haga preguntas.

—¿Hace mucho que estás despierta?

—Qué va, me acabo de levantar. No veo bien por este ojo.

—Te ha picado un mosquito, lo tienes hinchado; ahora te lo limpiaré, ¿no te lo has visto?

—No, todavía no he ido al lavabo, me acabo de levantar.

Doy gracias al cielo de que no se haya mirado al espejo.

—Tumbate en el sofá, que voy a buscar algodones.

Entro al lavabo y busco el paquete de algodón en el neceser sacando las cosas deprisa y dejándolas tiradas de cualquier manera. Me lavo la cara para tranquilizarme y al verme reflejada en el espejo cojo la jabonera y lo golpeo con todas mis fuerzas.

—¿Qué ha pasado? —grita Clara.

—Nada, se ha roto el espejo; no vengas, a ver si te vas a cortar.

Recojo los pedazos con cuidado de no cortarme y los dejo dentro del lavabo. De ninguna manera voy a dejar que Clara se vea así. Además de los

algodones, cojo una toalla para que se lave la cara en la cocina.

Mientras se lava en el fregadero y se viste, busco las mandalas que compramos y las saco del sobre. Me siento fuera, en la terraza, y escribo por la parte de atrás, no tengo otro sitio donde hacerlo. Me da tiempo de sobra. Termino antes que ella. Unas hojas las doblo y las meto dentro del sobre donde nos dieron los folletos de publicidad el primer día que llegamos, tacho el nombre de Jaime y escribo otro. Lo meto dentro del sobre grande, donde venían las mandalas junto con la otra carta, pongo el nombre de Jaime fuera y lo dejo dentro de casa, bien a la vista.

—¿Ya estás?

—Me falta peinarme, pero no hay más espejos.

—Siéntate, que te peino yo.

Me pongo detrás de ella, le paso las manos por el pelo y se lo recojo con una goma.

—¿Te apetece ir a dar un paseo?

—¿Ahora?

—Sí, parece que va a llover; a lo mejor después no podemos salir.

—Bueno, me da igual.

Cruzamos la arena y subimos los escalones de piedra que nos llevan al acantilado. Le doy la mano a Clara para ayudarla; no soporto mirarla a la cara, me parte el corazón verla así. Andamos un buen rato, nunca habíamos llegado tan lejos, y llega un momento en que ya no podemos avanzar más; imposible seguir, sería peligroso. Nos detenemos y nos quedamos mirando al mar, al pie de una roca que sobresale como si fuera un trampolín, y me quedo sin aliento. Nunca había visto nada igual. A lo lejos, las rocas parecen caparzones de tortugas gigantes convertidas en islas. El mar está revuelto, como si estuviera enfadado; las olas golpean las rocas con rabia, formando una espuma blanca que hace que este parezca de merengue. Golpean con tanta fuerza que el agua llega hasta nosotras salpicándonos la cara y el pelo.

A Clara se le resbala un pie y yo la agarro con más fuerza; una piedra cae

desde arriba y desaparece en el agua.

—¿Has visto qué bonito?

—Sí, me encanta.

—Hace unos días conocí a una señora en la playa, vive aquí desde hace muchos años y me dijo que hoy es el día en el que vienen las sirenas; solo lo hacen una vez cada cinco años y hoy es ese día. ¿Te puedes creer la suerte que hemos tenido? —Aprieto la mano de Clara para dar más credibilidad a mis palabras.

—Mamá, no te enfades, pero no me lo creo.

—No puedes decir eso; si te oyen, se irán y no las veremos, solo tienes que mirar con atención.

Estamos un rato en silencio y la veo observar el horizonte con curiosidad.

—No las veo.

—Tienes que tener paciencia; si fuera tan fácil, no tendría gracia. Además, me dijo que no puede verlas cualquiera, solo las personas especiales. ¿Tú crees que eres especial?

—No sé, tú siempre me lo dices, pero eres mi madre.

De repente se levanta un aire que amenaza con empujarnos y hacernos caer, Clara se acerca a mí y me agarra por la cintura; el mar se ha vuelto loco, las olas son enormes y casi llegan hasta donde estamos nosotras, a pesar de la altura. El pelo nos tapa los ojos y se nos mete en la boca. Dura solo unos instantes, desaparece de repente y se va igual que vino, como si hubieran cerrado una puerta o hubieran apagado un ventilador gigante.

—Mira, Clara, allí. —Señalo al horizonte y ella mira hacia donde indico.

—¿Dónde?

—Al lado de la roca grande, ¿las ves?

Se suelta de mi cintura y nos cogemos de la mano otra vez. Se pone de puntillas, mira a lo lejos y después me mira a mí. La veo sonreír con esa sonrisa de medio lado y veo que la boca ha vuelto a su sitio y su ojo, hace un segundo hinchado y cerrado, ahora está como siempre; mi hija ha vuelto a ser

la que era.

—Sí —dice—, las veo, hay dos.

Y miro al mar y yo también las veo, dos sirenas con el pelo largo y de color rojo, que se sumergen para volver a salir enseguida; nos miran como si estuvieran esperándonos. Parece que nos llaman invitándonos a conocer su mundo.

—¿Quieres que vayamos a verlas?

—Si tú quieres.

—No te sueltes de mi mano. —Ella niega con la cabeza—. Dame un abrazo.

Nos abrazamos al borde del acantilado y por última vez hundo la cara en su pelo para llevarme su olor conmigo mientras le repito que la quiero.

—¿Estás preparada? —pregunto sabiendo que si saltamos no habrá vuelta atrás.

—Sí.

—A la de tres, saltamos las dos juntas. —Aprieto su mano con fuerza, no la soltaré por nada del mundo, y abrimos los brazos como si fueran alas—. Una, dos y tres...

Y saltamos para sumergirnos en las aguas furiosas de esta costa brava que tanto me gusta y hoy hace honor a su nombre.

8. SOLA

Sola: Que no tiene quien la ampare, socorra o consuele en sus necesidades o aflicciones.
Dicho de una persona: Sin compañía.

Un fuerte olor sale de la casa cuando abro la puerta; no sé bien a qué huele, pero es desagradable, es un olor agrio. Al entrar, veo a la madre de Irene sentada en su butaca; está inmóvil y no contesta a mi saludo. Me acerco asustada, por si estuviera muerta.

—Hola —digo en voz baja delante de ella. Al oírme, abre los ojos y me da un susto de muerte.

—¿Ya es lunes?

—Para todo el día. —Qué tontería acabo de decir. No le digo nada de las botellas de vino vacías sobre la mesa; por eso, y por su forma de hablar sé que está borracha, aunque es la primera vez que la veo así por mucho que haya bebido. Tiene la bata sucia, como si se hubiera derramado el vino encima—. Vamos, la ayudaré a cambiarse.

—No es necesario —dice dándome un manotazo—, tráeme una botella de vino.

—No creo que sea buena idea, es muy temprano.

—No te pago para que me digas lo que es una buena idea y lo que no, así que trae la maldita botella si no quieres que te despida.

Debería decirle que me paga su hija y que nada me gustaría más que no tener que volver; sin embargo, me callo por respeto, porque es mayor y además no sabe lo que dice; nunca había sido desagradable conmigo.

—Su hija se enfadará conmigo, me contrató para que la cuidara.

—Yo no tengo ninguna hija.

Supongo que se habrán enfadado otra vez. ¿La habrá desheredado como me dijo Irene que había hecho con su hermano? A este paso me quedaré yo con la herencia. Se levanta y se cae de lado sobre la mesa; caen las botellas vacías. La ayudo a sentarse y le digo que no se mueva, que ya voy yo a buscar el vino. El espectáculo en la cocina no es mejor que el que hay en el salón. Ha vaciado la nevera; todo lo que había dentro, está encima del mármol, tirado de cualquier manera. La abro y la encuentro llena de botellas. No hay nada más, es como la sección de vinos de un supermercado. En el suelo, el tique de la compra al lado de dos cajas de cartón; ha debido de pedirlo por teléfono, es imposible que las haya traído ella con el brazo así. De vuelta al salón, abro la ventana para ventilar y ella me tiende el vaso para que se lo llene; lo hago y, cuando voy a retirar la mano, me agarra del brazo con fuerza y me clava las uñas, pintadas de rojo con el esmalte descascarillado.

—Siéntate un momento.

—Hay mucho que hacer, la cocina está hecha un desastre; si termino a tiempo, vendré a hacerle compañía hasta la hora de irme.

Intento soltarme de su mano, pero ella no me suelta; me mira con los ojos brillantes y enrojecidos, y el olor a alcohol que sale de su boca me revuelve el estómago.

—Será solo un momento.

—Está bien —le digo, porque pienso que si no lo hago me arrancará el brazo.

Me siento un poco alejada de ella, al lado de la mesa, y apoyo los brazos en el tapete, pero las retiro enseguida al notarlas pegajosas.

—Pon la silla aquí —dice señalando enfrente de ella.

Hago lo que me dice esperando que se canse pronto y me libere de su compañía. Me tiende de nuevo el vaso haciendo un gesto con la cabeza para que lo llene. Antes de hablar, da un trago largo y después chasquea la lengua.

—Cuando la vida no te da lo que quieres, tienes dos opciones: o conformarte y sonreír tratando de ser feliz y aprovechar lo que te ofrece, o

dejar que el gusano de la rabia se instale dentro de ti y se vaya alimentando y te vaya carcomiendo poco a poco, hasta que ya no seas más que piel y huesos, una carcasa vacía de sentimientos. El gusano crece con la misma rapidez que lo hace tu amargura y se convierte en una serpiente, una serpiente que se enrosca y te aprieta la garganta amenazando con ahogarte. Yo elegí la segunda opción.

Se ríe con una risa histérica que me da un poco de miedo y le da otro trago al vaso. No contesto nada porque no se me ocurre nada qué decir; no sé de qué está hablando.

—Si ya ha terminado, me voy a la cocina...

—No he terminado. Cállate y no me interrumpas, ya tengo una edad y se me mezclan las cosas en la cabeza. Mañana no tendrás que venir y el día de hoy no podré pagártelo, me lo he gastado todo en vino —vuelve a reírse con una risa estridente—, así que si quieres irte ya puedes hacerlo, pero espero que tengas un poco de caridad cristiana porque no me encuentro muy bien.

»Dicen que para triunfar hay que pisar a la gente, pasar por encima de ella; debería haberlo hecho, haberle pisado el cuello a la putita pelirroja. Qué bien lo hizo, ella no tuvo escrúpulos, se deshicieron de mí poco a poco, como si fuera un despojo. Le deseo lo peor, ojalá se pudra en el infierno. ¡Bah! No sé ni por qué pienso en ella, ahora será una vieja como yo y estará sola; no tuvo hijos, no quería dejar su carrera. Qué ridículas, ella y yo; cualquiera diría que algún día cantamos en el Liceo. Hizo bien. En no tener hijos —me aclara, aunque no sé lo que está diciendo. Divaga, y algunas frases no las entiendo, no habla claro a causa del alcohol que ha tomado—. Yo debería haber ahogado a los míos al nacer, a los dos, como hacía mi abuela con los gatos. Si me arrepiento de algo es de no haberlo hecho. Desagradecidos, nunca me quisieron, solo querían a su padre. Trae algo de beber.

Me levanto para ir a la cocina y no puedo creer lo que acabo de oír, ¿cómo puede decir eso de sus hijos? Aunque no lo diga de verdad, el mero hecho de pronunciarlo me parece antinatural. Bebo un vaso de agua y abro una botella

de vino que llevo al comedor. Bebe un trago grande y el vino le resbala por la barbilla. Cierra los ojos, aunque sigue teniendo el vaso en la mano; si se queda dormida, se caerá al suelo. Se lo quito con cuidado y la observo; es la primera vez desde que vengo que la veo sin arreglar y sin maquillar. Tiene unas bolsas enormes debajo de los ojos, llenas de líquido; es como si parte del vino se hubiera depositado ahí. No me siento. No me gusta dejarla así, pero decido irme. Llamaré a Irene, aunque me pidió que no lo hiciera. Esta mujer no está en condiciones de estar sola. Cojo el bolso y, cuando estoy a punto de marcharme, la oigo hablar de nuevo.

—Hace dos días vino mi hijo, hacía un montón de meses que no lo veía. ¿Tú crees que me preguntó qué me había pasado en el brazo? No, ni una pregunta. Vino porque no tuvo más remedio. Cuando me dio la noticia, se fue. No estuvo ni cinco minutos. No le importa nada su madre. Ya se hará mayor y él no tiene hijos; su final será estar solo como un perro, como estoy yo ahora.

—¿Quiere que llame a Irene?

—Sí —se ríe de nuevo, pero esta vez la risa es histérica—, llámala, coge la caracola y pide conferencia.

Señala una caracola de mar que hay encima del mueble; es de esas que hay en las tiendas de recuerdos de los pueblos costeros, esas que de niños nos poníamos en la oreja para escuchar el ruido de las olas.

—Me voy ya; si quiere que avise a alguien...

—Llama a Irene, llama. —No deja de señalar con el dedo la caracola mientras se ríe; parece que ha perdido el juicio.

Al salir, hago una cosa que no he hecho nunca: pego la oreja a la puerta para escuchar. Sigue riendo durante un rato hasta que le da un ataque de tos y espero hasta que se le pasa. La oigo hablar sola, aunque no entiendo lo que dice. Gracias a Dios que mañana no tengo que volver; esta mujer tiene algo que no me gusta.

Al salir me quedo parada un momento. He decidido que hoy hablaré con

Mario. Necesito saberlo todo y ya no tendré excusa para ver a Irene. Tiro las gafas de sol gigantes que compré en los chinos; se acabó esconderse detrás de ellas. No soy yo la que ha hecho algo malo.

—¿Natalia?

Me giro y me encuentro con un hombre joven. Su cara me suena, pero no sé de qué. No me llamo Natalia, es el nombre que inventé para Irene, por eso me pongo en guardia.

—¿Nos conocemos?

—No, pero estaba esperándote. Tengo que darte algo.

Lo miro con curiosidad, tratando de recordar dónde lo he visto. Mete la mano en el bolsillo trasero del tejano, saca un sobre doblado por la mitad y me lo ofrece. Hay algo tachado con bolígrafo; debajo, mi nombre en mayúsculas. No lo cojo.

—Cógelo, por favor, es de Irene.

—Eres su hermano. —Lo vi en fotos en casa de Irene. Él asiente mientras yo cojo el sobre—. Ahora pensaba llamarla, tu madre no está bien.

Se queda en silencio unos instantes mientras se pasa los dedos por los ojos.

—No está.

—Ya sé que está fuera, me dijo que no la molestara, pero pienso que es importante.

—No me has entendido. Irene ya no está, no tendrá posibilidad de cogerte el teléfono. Se ha ido.

—Perdona, pero sigo sin entenderte. ¿Se ha ido a vivir fuera?

—Se podría decir que sí; ahora estará paseando por las nubes, con Clara. Supongo que a Irene le importaría un pito lo que pensaras de ella, pero mi hermana era una buena persona.

¿Me está diciendo que Irene está muerta? No quiero preguntar por si no ha querido decir eso, aunque no encuentro otra interpretación; de todas maneras, estoy impactada. Era una persona joven y aparentemente sana, y aunque he llegado a pensar que la odiaba, me doy cuenta de que no era así. ¿Qué habrá

pasado? ¿Y por qué ha dicho que estará con Clara? ¿Les habrá pasado algo a las dos?

—Nunca he pensado eso —miento, porque creo que no hay necesidad de ser cruel y decirle lo que pienso de ella.

—La misa será el martes, por si tenéis algún conocido en común y se lo quieres decir.

Sigue hablando, me dice dónde será el sepelio y que ha sido un terrible accidente, pero casi no escucho lo que me dice; están muertas las dos, no puede ser. Me pregunto si sabe quién soy; si no, a qué ha venido decirme que si quiero avisar a algún conocido. Se supone que solo cuidaba a su madre y que nos conocimos por casualidad. La camisa se me pega al cuerpo a causa del sudor que se me está quedando frío; no me encuentro bien.

—Tengo que irme, siento mucho lo de tu hermana.

—Gracias.

Lo veo alejarse con unos andares cansados y lentos, y al perderlo de vista me siento en la terraza de un bar. Cuando viene el camarero, le pido que por favor llame a un taxi, que no me encuentro muy bien.

Lo primero que hago al llegar a casa es darme una ducha; todavía no he abierto el sobre, aunque lo haré. Podría haberlo tirado a una papelera y haberme olvidado de todo para siempre, pero cuando fui a conocerla lo hice buscando respuestas y presiento que las tendré. Por fortuna estoy sola, Sara no vendrá a comer y Mario tardará en llegar. Paso la mano por el sobre antes de abrirlo; está cerrado con celo, no sé si lo habrá leído su hermano o lo puso ella. El sobre no es nuevo. ¿Qué importancia tiene eso? Lo importante es lo que hay dentro. Estoy tan confusa y tengo tanto miedo de lo que voy a leer que no me doy cuenta de que me he mordido el labio con tanta fuerza hasta que noto el sabor metálico de la sangre en la boca. Voy a la cocina a prepararme unas hierbas; tengo el cuerpo destemplado. Pongo unos cojines en el cabecero de la cama y me siento con las piernas estiradas. Por fin, después de darle muchas vueltas, abro el sobre. Hay unas hojas con un dibujo

coloreado y la parte de atrás está escrita; también hay una llave sin llavero ni nada que haga saber de dónde es. La sostengo en la mano mientras leo.

Hola, Natalia ¿o debería llamarte Ana?:

Me di cuenta enseguida de que escondías algo, no pudiste engañarme. La ropa que llevabas no casaba con tus gafas compradas en cualquier mercadillo, y una mujer que lleva unos tejanos que valen lo que me cuestan a mí diez vestidos no cuida ancianas. Y esa forma de mirarme... Unas veces parecía que quisieras vaciarme para saber lo que escondía; otras, miradas cargada de odio. ¿Sabes que mi madre me dijo que eras lesbiana y que te habías enamorado de mí? No parabas de preguntarle por mi vida sentimental. Ahí empecé a atar cabos, y el reloj y la colonia vinieron a asegurarme lo que sospechaba.

Voy a sacarte de dudas, creo que te lo debo. Pienso que si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias podríamos haber sido amigas.

Me gustaba hablar contigo, esa visión tan cuadrículada de la vida me parecía increíble en una persona tan joven, y escucharte afirmar tan segura que jamás harías según qué cosas me daba risa. «Nunca digas nunca». Es un consejo que probablemente te sobre y más viniendo de mí, pero no puede ser más cierto. A veces no tienes elección y a veces sí la tienes, pero te equivocas; deberías dejarte llevar un poco más por el corazón, aunque eso no te garantiza ser más feliz, te lo digo por experiencia.

Me enamoré de Mario sin querer y sin buscarlo, entró un día a la tienda, hablamos de libros y de poco más. Se dejó olvidada una carpeta. Yo en esa época tenía pareja; sin embargo, no podía apartar la vista de la puerta para ver si regresaba. Lo hizo al día siguiente, y desde ese instante supe que estaba perdida. Era la hora de cerrar y le propuse tomar un café, y así empezó todo, entre cafés y conversaciones. Probablemente no te gustará leer lo que voy a escribir, pero quiero ser honesta.

Quiero a Mario como nunca quise a ningún hombre; aparte de haber

tenido a mi hija, conocerlo y compartir un tiempo con él es lo mejor que me ha pasado. No sé qué me dio, pero me desbarató el alma de una manera como nunca lo habían hecho antes, desordenó mi vida y me dio igual. Pensarás que exagero y que estoy loca. Dejé a mi pareja porque no quería serle infiel; sin embargo, no me importaba nada que él estuviera casado, eso era cosa suya y de su ética. Durante un tiempo jugamos a provocarnos por WhatsApp, no pasábamos de ahí; cuando nos veíamos éramos dos amigos que se contaban sus cosas, aunque nuestras miradas dijeran otra cosa. Nos dábamos un abrazo al despedirnos, abrazo que a mí se me quedaba corto. ¡Cómo me gustaba refugiarme en sus brazos y oler su cuello para recordarlo luego cuando estaba sola!

Un día me dijo que no iba a engañarte nunca, y a mí me dio igual, solo quería estar con él, aunque fuera para vernos un rato y hablar; quizá con el tiempo no hubiera tenido suficiente, pero no podía pensar que no lo vería más, porque me volvía loca. Sin embargo, el que no tenía suficiente era él. Cuando me dijo que no vendría más a verme para evitar la tentación, quise morirme. Al principio pensé que volvería a llamarme, que al menos hablaríamos, pero desapareció para siempre. Pienso que en el amor nunca se pierde la dignidad, aunque si hubiera un listón, desde luego yo lo rebasé con creces. Le supliqué una conversación, le escribí mil mensajes que no contestó, hasta que desistí y enfermé, porque sí se puede enfermar de amor.

No debería decirte esto a ti, pero el único consuelo que me quedó fue saber que él también me quería, porque esas cosas se notan, y si cierro los ojos todavía puedo ver cómo me miraba. Qué mala suerte de que lo nuestro no haya podido ser, maldita mala suerte de no haberlo conocido antes.

Puedes creerme o no, pero no tengo ninguna necesidad de engañarte; no hubo nada entre nosotros, y me refiero a lo físico. Nunca pasamos del abrazo de despedida, cosa de la que me he arrepentido cada día; qué tonta

fui, ni un beso para llevarme su sabor conmigo. No sé cómo me encontraste, ni siquiera imagino por qué me buscaste, qué te hizo sospechar; quizá su actitud. Puedo imaginármelo nervioso intentando ocultar no sé qué, porque no pasó nada; bueno, sí pasó: pasó el amor como un huracán arrasándolo todo para dejarme hecha un trapo cuando se fue.

Mario decidió serte fiel. No tengo ni idea de cómo es vuestra relación, pero no quiero que te envenenes suponiendo cosas que nunca ocurrieron. No seas dura con él. En los sentimientos no se puede mandar; sin embargo, eso solo lo entenderías si te hubiera pasado lo que nos pasó a nosotros. Es imposible luchar contra lo que te ordena el corazón, aunque sepas que no es lo correcto, y aun así él lo hizo.

Quiero pedirte un favor, aunque hay que ser muy generosa para hacer lo que voy a pedirte. Te habrás preguntado de dónde es la llave que hay dentro del sobre. Es de mi casa, y me gustaría que fueras a buscar un libro y se lo dieras a Mario. El que quieras, le gustará cualquiera de los que tengo. Puedes decirle que te lo has encontrado en la calle o que lo has comprado en una librería de segunda mano, tú verás lo que te parece mejor; no pretendo que le digas que es mío. Nunca sabré si lo has hecho, quiero pensar que sí; para mí será una forma de estar cerca de él. Después, puedes dejar la llave en el buzón, mi hermano ya está avisado.

Si has leído hasta aquí, supongo que ya no te importará hacer un pequeño esfuerzo y seguir con la lectura.

Clara ha vuelto a enfermar, no hay nada que hacer más que esperar lo peor, pero yo no tengo paciencia, así que he decidido que no vamos a quedarnos sentadas, vamos a volar bien alto, como cuando ella era pequeña y andaba dando bandazos con unas alas de hada, pero esa es otra historia.

Siento haberte causado dolor y que tu vida sea más difícil por mi culpa; no fue mi intención, aunque si naciera mil veces, todas ellas volvería a buscar a Mario para estar con él.

Irene

Leo la carta dos veces seguidas y aun después de muerta sigo envidiando a Irene; nunca he sentido ese amor por mi marido. Y lo que más me duele, es que sé que él, por mí, tampoco. La creo cuando me dice que no se han acostado, pero de qué sirve que no se haya dado un revolcón con ella; el solo hecho de planteárselo ya es un indicador de que algo entre nosotros no va bien. Hasta ahora no caigo en la cuenta de que no ha sido un accidente, como dijo su hermano; si hubiera sido así, no habría dejado nada escrito. No he derramado ni una lágrima, aunque siento pena. Estoy bloqueada, esto no puede haber pasado; habría preferido no saber, no haber conocido nunca a Irene para no tener que llorar por ella y por su hija y no tener que llorar por mí porque mi marido quiere a otra mujer aunque viva conmigo.

Me quedo en la cama toda la tarde hasta un rato antes de que llegue Mario. Me visto y lo espero en el salón.

Cuando oigo que deja las llaves en el plato de cristal que hay en el mueble del recibidor, me da un vuelco el estómago y el discurso que tenía preparado desaparece por arte de magia.

—Hola. ¿Qué haces vestida? ¿Vas a salir?

Mi vida es tan monótona que le extraña verme vestida a las siete de la tarde; a esta hora estoy siempre con la bata y las zapatillas.

Se extraña cuando le pongo el sobre en una mano y la llave en la otra, pregunta que qué es mientras mira con curiosidad ambas cosas y después me mira a mí. No contesto, le acaricio la mejilla y salgo dejándolo solo.

Camino sin saber adónde ir; no importa, cualquier sitio donde pueda estar sola me vale. Al meter la mano en el bolso para coger un pañuelo, mis dedos tropiezan con las llaves de la madre de Irene y me digo que no será peor que otro sitio, así que voy a su casa. Cuando entro la encuentro igual que la dejé por la mañana, sentada en el sillón con la misma bata sucia. Cojo una botella fría de la nevera, lleno un vaso para cada una y bebo en silencio con ella, una mujer a la que no entiendo.

9. Nostalgia

Nostalgia: Tristeza melancólica originada por una pérdida.

—Irene, ten cuidado.

—Déjala, no hay peligro, solo está mojándose los pies.

Lucía no me hace caso y se acerca a ella; la deja seguir jugando, pero ahora está cerca, por si fuera preciso socorrerla.

Miro a Irene a lo lejos y cuando la veo corriendo para que no la atrapen las olas, recuerdo mis veranos de niño en la playa, los de antes del *suceso*, y sobre todo recuerdo a la otra Irene, mi hermana, mi otra mitad, mi amiga y confidente. Dios, cuánto la echo de menos. No me acostumbro a su ausencia, quizá porque mi hija es un calco de ella. Son idénticas. No se parecería más si hubiera sido hija suya.

Ando unos pasos y me detengo al lado de Lucía. Le paso un brazo por los hombros morenos y pecosos a causa del sol y la atraigo hacia mí. Está tensa, lo noto por la postura rígida.

—No me gusta que sea tan atrevida, no le da miedo nada —dice.

—Estamos aquí al lado, ¿qué va a pasarle?

—No sé, pienso que no se puede tener todo y que es imposible ser tan feliz, por eso creo que ocurrirá algo malo; es una sensación que tengo desde que nació Irene.

Se estremece a causa de un escalofrío y se acerca más a mí. Me gusta cómo huele y cómo su cuerpo se amolda al mío.

—No podemos controlar todo lo que pasa, deja de preocuparte sin motivo y disfruta de lo que tenemos.

Irene se deja caer en la orilla, cansada, para volver a levantarse cuando la

espuma de las olas moja sus pies regordetes, y viene hacia donde estamos nosotros. Su madre se adelanta y abre los brazos, pero ella pasa de largo, retándola con la mirada; corre hacia mí, la levanto y la hago dar vueltas en el aire, provocando su risa. Es tan pequeña...

No me gusta la playa y mucho menos este sitio, aquí vi a Irene y a Clara por última vez y aquí me reconcilié con mi pasado de un modo brutal. No me gusta que mi hija se bañe en estas aguas porque en algún lugar, en el fondo, se esconde una parte oscura de lo que hice, y hay días en que me cuesta convivir con mi otra mitad, la que no se arrepiente.

Lucía no sabe nada de lo que me sucedió, no se explica cómo puede ser que no tenga relación con mi madre, pero no hace preguntas, es discreta. Cuando nació Irene, me propuso que se la lleváramos para que la conociera, que al fin y al cabo era su familia; me negué y le hice prometerme que nunca iría ella sola. No quiero que mi madre la contamine. Le he dicho que cuando esté preparado se lo contaré todo; me temo que ese día no llegará nunca. No he podido verbalizar lo ocurrido; ni siquiera mi terapeuta, al que fui durante muchos años y al que dejé de ir después de casarme, escuchó de mi boca el motivo por el que iba cada semana. Al final dejó de cobrarme la visita, decía que sentía que estaba engañándome, porque no podía ayudarme si no le contaba lo que me pasaba. Con el paso del tiempo, llegó a decirme que esas charlas le servían a él más que a mí.

Dejo en el suelo a Irene, que ahora corre hacia la casa. Lucía entra detrás de ella y yo me siento en una de las sillas de mimbre que hay debajo de la buganvilla. Desde aquí oigo hablar a Lucía con Irene.

Saco el móvil del bolsillo y lo dejo encima de la mesa, del bolsillo trasero del tejanero saco otro móvil. Las esquinas de la carcasa están desgastadas por el roce, y una pegatina en forma de flor está a punto de desengancharse del todo. Deslizo el dedo por la pantalla para desbloquearlo. Enseguida veo la imagen de Irene con Clara; esta última sonríe mientras abraza a su madre por la cintura. Irene también sonríe, aunque sus ojos son los más tristes que he

visto jamás. Irene, la muchacha de la risa que sonaba a cascabeles, la que no se rendía nunca o eso pensaba yo. ¿Por qué?, le pregunto en voz baja a una Irene que me mira impasible. ¿Por qué esta vez tiraste la toalla? Toco encima del icono de los contactos y busco a Mario. Rozo su nombre con el dedo y aparece su número de teléfono. Lo observo durante un rato, como hago cada día, aunque sé que hoy tampoco lo llamaré; lo haré porque necesito saber si de verdad quiso a mi hermana, pero hoy no, me digo a mí mismo. En realidad ese argumento es una excusa; debería haberme bastado que se presentara el día del funeral.

Supuse que era él cuando lo vi entrar solo y perdido, sin saludar a nadie, con las manos en los bolsillos y los hombros caídos. Estuvo un rato y se fue igual que vino, en silencio. No me acerqué a él, aunque me dio un poco de lástima, pero era mucho mayor la que sentía por mi hermana y mi sobrina. Él seguía vivo. Aunque tuviera que expiar su parte de culpa, con el tiempo se olvidaría. Pero yo había perdido a las dos únicas personas que sentía mías.

Miro las rayas que indican la batería que queda. Es una obsesión. No puedo dejar que se agote, tenerlo encendido me hace parecer que estoy un poco más cerca de ellas.

Alguna noche, cuando Irene y Lucía ya están durmiendo, me levanto de la cama de madrugada y me siento a oscuras en el suelo, marco el número de Irene y descuelgo. Entonces le hablo desde el mío. «¿Quién empieza?», pregunto siguiendo el ritual y sabiendo que ahora siempre empezaré yo; entonces, hablo como si ella me escuchara. Ahora ya soy capaz de contarle mis cosas, al principio no hacía más que llorar. Siempre espero un poco antes de colgar, esperando oír su voz; por supuesto, eso nunca pasa.

—¿Qué piensas?

Me recuesto en la silla y guardo el teléfono en el bolsillo de mi camisa, cojo a Lucía de la mano para sentarla en mi regazo. Ella me abraza mientras me da pequeños besos en el cuello.

—Nada.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—¿Mi deportivo? ¿El ático con terraza? —bromeo.

—Lo misterioso que eres.

—Misterioso, qué bonito.

—Jaime —me dice muy bajito, a pesar de que estamos solos, ya que Irene duerme.

—Dime.

—No me dejes nunca, no podría soportarlo.

No se refiere al hecho de que la deje por otra mujer, Lucía está convencida de que la depresión es una cosa genética y que si tienes un familiar que se ha quitado la vida tienes todas las papeletas para ser el siguiente.

La abrazo más fuerte sin decir nada. ¿Cómo explicarle que por fin, después de muchos años, he conocido lo que es ser feliz? A lo grande, con mayúsculas, y que no hay un solo día que no dé gracias por haberla conocido.

—Espera un momento, ahora vengo.

Salta de mis piernas y entra en casa deprisa. Sale enseguida con un pareo gigante que a veces usa como si fuera un vestido en una mano y con una botella de vino en la otra.

—Hoy es el día en que se ven las lágrimas de San Lorenzo, vamos.

Tira de mí, me arrastra a la playa, extiende el pareo y nos sentamos encima. Da un trago largo de la botella y me la pasa. El vino está frío, nos tumbamos; pego mi cabeza a la suya y miro al cielo esperando ver las famosas Perseidas.

—Tengo que decirte una cosa.

Una alarma se dispara en mi interior. Lucía no es de dar rodeos, es directa, y cada vez que me dice «tengo que decirte una cosa» se trata de algo que le cuesta decir.

—Dispara —digo preparándome para lo peor.

—Todavía no, cuando empiece la lluvia de estrellas. Acuérdate de pedir un deseo.

—Tengo todo lo que deseo, no pienso pedir nada —digo. Y sin mirarla sé que está sonriendo, porque siempre me dice que nunca le digo que la quiero, que no hago más que dar rodeos para acabar diciéndoselo de otra manera.

—Tú verás, yo no perdería la oportunidad.

El cielo está cuajado de estrellas que permanecen inmóviles, dudo mucho que veamos nada. Todavía me sorprende la calma que hay y que el turismo no haya llegado hasta aquí; es pleno verano y no hay más que dos o tres forasteros alojados en alguna de las pocas casas que alquilan.

Estamos un rato en silencio, cogidos de la mano, y entonces las estrellas se vuelven locas en el cielo, caen como si estuvieran lanzándose al vacío.

Y me acuerdo de lo que nos contaba mi padre cuando éramos niños y nos llevaba a pescar, y busco en el cielo dos estrellas que brillen más que las otras. Busco en el cielo a Clara y a Irene, porque es mi manera de que sepan, allí donde estén, que no las he olvidado.

—Me han propuesto ser directora de la revista. He dicho que no.

Lucía me aprieta la mano con fuerza; sé lo importante que es eso para ella, su sueño, por el que ha trabajado sin descanso. Me incorporo y ella hace lo mismo.

—Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

—No lo he sabido hasta hoy.

—¿Y qué es eso de que has dicho que no?

—Sabes lo que implicaría si acepto: no pienso renunciar a pasar tiempo con Irene por tener un puesto mejor o una nómina más abultada, no me compensaría, y tampoco quiero verte solo una hora por la noche antes de irnos a dormir. No formé una familia para renunciar a ella tan pronto. Eres lo mejor que me ha pasado.

Esto último lo dice en voz baja, como si le diera vergüenza, cosa que me extraña, porque es todo lo contrario a mí; es la persona más abierta que he conocido.

Le cojo la cara entre las manos y la beso mil veces en la cara, en los ojos,

en los labios; montones de besos que ella recibe encantada.

—Te quiero, Lucía; te quiero como nunca he querido a nadie.

—Pero bueno, ¿el señor misterioso se ha vuelto loco? ¿Te has dado cuenta de que es la primera vez que me dices que me quieres?

Y comprendo que mi hermana tenía razón cuando me decía que había que decirle «te quiero» a la gente que querías de verdad; era como una especie de obsesión. La recuerdo persiguiéndome cuando éramos adolescentes pegada a mí repitiendo: «Te quiero. Dime tú que me quieres; venga, dilo». No paraba de repetirlo hasta que yo se lo gritaba por no oírla más y para que me dejara tranquilo.

No pude salvarla a ella a pesar de conocerla tan bien porque no supe ver más allá de lo que ella quiso mostrarme, pero todavía puedo salvarme yo. Así que, como ella hacía conmigo, le repito a Lucía que la quiero mientras le prometo a mi hermana que no me cansaré de decirle a Lucía que la quiero; no valdrá escribirlo en una nota ni disfrazarlo en una frase, eso sería hacer trampas.

Y mientras las estrellas siguen cayendo, entramos en casa cogidos de la mano, y ahora sé que sí es posible soltar lastre antes de dejar que te arrastre hasta el fondo, y que a pesar de todo la felicidad existe; no sé si será posible que dure para siempre, lo dudo, pero esta noche voy a pensar que sí que lo es, a pesar de las heridas, a pesar de las cicatrices, a pesar del dolor.

10. RESILIENCIA

Resiliencia: Capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos.

Al meter la llave en la cerradura, me pregunto cuántas veces me habré repetido que era la última vez que venía. En realidad, ya hace tiempo que no me hago esa pregunta; ahora me limito a venir sin plantearme por qué lo hago, si está bien o mal o si me apetece o no. Vengo una vez por semana y no sé de esta mujer más de lo que sabía el primer día que crucé esta misma puerta. Averigüé su nombre por las cartas del banco que saco del buzón; es curioso, no se me ocurrió preguntárselo a Irene, ella siempre decía *mi madre*.

Cada semana seguimos el mismo ritual: llego, saludo, abro las ventanas, subo las persianas y pongo la radio. Desde que una de las cintas se enganchó en el reproductor de vídeo, las reservamos para después de comer. Una diferente cada semana mientras tomamos una copa de vino.

Recuerdo ese día con horror: cuando sacó la cinta y vio que estaba enganchada en el cabezal se volvió loca, le dio por gritar y golpear con ella todo lo que encontraba a su paso. Me daba miedo acercarme por si me hacía daño. Intenté quitársela e hizo ademán de golpearme; entonces hice una cosa que nunca pensé que sería capaz de hacer: le di un bofetón con tanta fuerza que un pendiente salió despedido de la oreja. Me sorprendí yo más que ella, era la primera vez que le pegaba a alguien. Se quedó quieta y callada, le quité la cinta y salí dejándola allí plantada con cara de no saber qué había pasado.

La llevé a reparar. Me costó encontrar un sitio donde hicieran este tipo de arreglos. Tuvieron que cortar el trozo que estaba dañado, así que ahora está incompleta. No parece que a ella le importe demasiado, como no habla,

tampoco protesta. No he vuelto a oír su voz desde el día en que murieron Irene y Clara.

Al mirarla la veo envejecida, como si en vez de cuatro años hubieran pasado diez. Ya no se arregla ni se maquilla, se ha dejado el pelo largo, que recoge en una cola de la que escapan los mechones porque no se peina cuando se levanta de la cama, solo lo hace cuando se lava el pelo.

Entro en la cocina, donde reina el caos, y me pongo manos a la obra; me gusta limpiar, me relaja y así no pienso en nada. Es mucho mejor así, hacer como si nunca hubieran pasado según qué cosas y seguir como siempre.

Al principio pensé que no podríamos superarlo, que no podríamos seguir juntos, porque cada vez que discutiera con Mario le echaría en cara lo que había ocurrido; después pensé que no podía reprocharle nada, lo creí cuando me dijo que no me había sido infiel. Esa conversación es lo más duro que hemos pasado juntos. Fui una cobarde, porque no quise preguntarle si la quería; no habría soportado escucharle decir que sí. Hay preguntas que es mejor no formular porque ya se sabe la respuesta.

Ahora nos hemos adaptado a la situación, vivimos juntos, pero no somos una pareja. Durante el día somos los mismos que éramos antes de Irene, podemos estar juntos sin que haya tirantez entre nosotros, pero al caer la noche la piel nos recuerda que no somos los mismos. No hemos vuelto a hacer el amor, dormimos dándonos la espalda y ni estando dormidos nos rozamos, es como si nuestros cuerpos supieran que no tienen que acercarse. No sé hasta cuándo estaremos así ni si alguno de los dos será valiente para dar el paso y romper con todo.

Llevo la comida a la mesa y ella se sienta en su sitio. Por su forma de andar, sé que ha bebido más que otros días. Comemos, yo hablando de cosas triviales, ella en silencio; de vez en cuando, me mira con curiosidad, como si de verdad le interesara lo que le cuento. Al terminar, quito la mesa y traigo el vino, lleno las copas y ella vacía la suya de un trago. Vuelvo a llenársela; de todas maneras, si no lo hago yo, lo hará ella cuando me vaya. Está sentada en

el sillón, con los ojos cerrados, aunque no está dormida; lo noto por la forma de respirar.

Cojo el mando de la tele, pero no llego a encenderla; desde la calle, a través de la ventana, llegan las notas enlatadas de una canción que tocan unos músicos callejeros, de los que luego pasan el platillo para recaudar unas monedas. Dejo el mando y me siento a escuchar. Me suena la música, es una de las canciones que cantaba la madre de Irene en las cintas. Al oírla, esta abre los ojos como si hubiera sonado un despertador. La música del principio es triste y ya antes de que empiece la letra se intuye el desgarró y la pena. Se sienta muy tiesa en el sillón y empieza a cantar a la par que la mujer que hay en la calle. Mientras lo hace, mueve el brazo al compás, derramando el vino en el suelo. A pesar de lo borracha que está, cuando canta lo hace bien, nada de la voz pastosa que se supone debería tener por el estado en que se encuentra. Lo hace en un tono bajo y me gusta escucharla, a pesar de que parece que tenga arena en la garganta; por eso cierro los ojos y me recuesto en la silla, intentando dejarme llevar por la música y no pensar en nada.

Y aunque la letra no tiene nada que ver conmigo, no puedo evitar llorar, porque hay canciones que son tristes porque sí:

Yo quiero luz de luna para mis noches tristes
para sentir divina la ilusión que me trajiste
para sentirte mía, mía tú como ninguna
pues desde que te fuiste no he tenido luz de luna.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a las personas que me han acompañado durante el proceso de escritura.

A mi hijo Daniel, el motor de mi vida, por escuchar mil veces los cambios en la trama y por creer en mí más que yo misma. A mis hermanos y a mis cuñadas por estar siempre; si la familia se pudiera elegir yo los elegiría a ellos sin dudar. A mis lectoras cero, y en especial, a Rosa María, la más entregada, por enviarme unas críticas tan bonitas y tan largas que darían para escribir otro libro. A Javi y a Judit, por ser tan cómplices y por saber guardar secretos. A Mónica por venir a rescatarme cuando me estaba ahogando y llevarme lejos de todo y de todos. A mis amigas, las de verdad, las de siempre, Juani, Marisol y Tere, gracias por tanto, por la paciencia, por saber escuchar, por los consejos, por las risas, por las tardes de confianzas, por los abrazos... Me faltan palabras para expresar mi gratitud hacia ellas. A mis compañeros de trabajo, por alegrarse de mis logros como si fueran suyos. A mi editora, Eva, por hacerme el camino tan fácil y por haber apostado por mí.

A mis padres, por tanto amor y entrega.

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

